

Grupo Editorial Portal

 Segredo

EL
ABOGADO
que Me
Rechazó

♥ SERIE CARTAS A LOS CORAZONES ROTOS ♥

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

EL
ABOGADO
que me
RECHAZÓ

—  —
♥ SERIE CARTAS A LOS ♥
CORAZONES ROTOS

Best seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

 **Segredo**

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra — ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor constituye un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[**Capítulo 1**](#)

[**Capítulo 2**](#)

[**Capítulo 3**](#)

[**Capítulo 4**](#)

[**Capítulo 5**](#)

[**Capítulo 6**](#)

[**Capítulo 7**](#)

[**Capítulo 8**](#)

[**Capítulo 9**](#)

[**Capítulo 10**](#)

[**Capítulo 11**](#)

[**Capítulo 12**](#)

[**Capítulo 13**](#)

[**Capítulo 14**](#)

[**Capítulo 15**](#)

[**Capítulo 16**](#)

[**Capítulo 17**](#)

[**Capítulo 18**](#)

[**Capítulo 19**](#)

[**Capítulo 20**](#)

[**Capítulo 21**](#)

[**Capítulo 22**](#)

[**Capítulo 23**](#)

[**Capítulo 24**](#)

[**Capítulo 25**](#)

[**Capítulo 26**](#)

[**Capítulo 27**](#)

[**Capítulo 28**](#)

[**Epílogo**](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Lee también

Sinopsis

«Ocúpate de ese bebé. Nadie puede enterarse, no vamos a convertir esto en un escándalo».

Con esas crueles palabras, el rey de los tribunales destruyó su propio imperio y expulsó a la única mujer a la que había amado.

Henrique era conocido en Curitiba como un abogado implacable, frío y arrogante, que vivía para el poder, el control y su posición como socio en el bufete de abogados más prestigioso del sur del país. No tenía debilidades... hasta que se involucró en secreto con Aline, la hija de dieciocho años de su jefe y mentor. Pero cuando un embarazo inesperado amenazó con manchar su impecable reputación y su ego, Henrique tomó la decisión más cobarde de su vida: echó a la chica a la calle en plena madrugada, exigiéndole que resolviera el «problema».

Criada en una jaula de oro y moldeada para ser la marioneta perfecta de su padre, Aline vio cómo se derrumbaba su mundo. Expulsada, aterrorizada y decidida a proteger a su bebé, huyó en medio de una tormenta.

Meses después, el muro de hielo se derrumbó. El remordimiento aplastó al abogado al darse cuenta de que su reinado no era más que cenizas sin ella. Aquel abogado implacable no quería arrastrar a Aline de vuelta a su mundo; estaba dispuesto a arrastrarse, suplicar y vivir de rodillas solo para respirar el mismo aire que ella.

Pero Aline ya no era la chica asustada de la estación de autobuses. Era dueña de sí misma y, ahora, todo el poder del juego estaba en sus manos.



ALINE
Ferraz

Capítulo 1

El silencio en el comedor de nuestra casa no era habitual. No era la tranquilidad de un hogar apacible ni la quietud de un atardecer otoñal en Curitiba. Era una ausencia de sonido pesada, densa, casi palpable, que parecía acumularse en los rincones del alto techo de yeso labrado y descender como un humo invisible y asfixiante sobre nuestras cabezas. El único ruido que rompía aquella monotonía fúnebre era el tintineo, espaciado milimétricamente, de los cubiertos de plata contra los platos de porcelana auténtica.

Mantén la mirada fija en mi plato, cortando el trozo de carne con una precisión quirúrgica que me había visto obligada a desarrollar a lo largo de dieciocho años. No tenía hambre. Mi estómago, en realidad, era un nudo apretado de ansiedad crónica, una reacción física y automática que mi cuerpo desencadenaba cada vez que me sentaba a aquella mesa cuadrada de jacarandá macizo.

Frente a mí estaba el doctor Roberto, mi padre, aunque la palabra «padre» siempre me sonaba demasiado formal y distante para el hombre que dirigía nuestra vida como si fuéramos acusados en un tribunal perpetuo. Se limpió los labios con la servilleta de lino blanco. El movimiento fue lento, deliberado. Cuando dejó el paño sobre la mesa, alineándolo perfectamente junto al tenedor, mi corazón dio un vuelco. Conocía ese protocolo. El juicio de la noche estaba a punto de comenzar.

—¿Qué tal han ido hoy las clases en la universidad, Aline? — Su voz resonó en la sala, grave, marcada por la misma dicción impecable que utilizaba para aplastar a testigos y fiscales en las vistas más complejas del estado.

Tragué saliva, sintiendo cómo se me irritaba la garganta. Esboqué una sonrisa forzada que ni siquiera llegó a mis ojos y enderecé la espalda en la silla tapizada, adoptando la postura que mi madre me había corregido mil veces.

—Han ido muy bien, papá. El profesor de Introducción al Estudio del Derecho ha empezado a desentrañar la teoría de Hans Kelsen. Es fascinante.

Mentí con una fluidez que me daba asco. La verdad era que me había pasado las cuatro horas de clase mirando fijamente la pizarra de la facultad con una neblina de desesperación flotando ante mis ojos. El Derecho no me fascinaba. El dogmatismo jurídico, los pesados códigos que me veía obligada a llevar en la mochila y las interminables discusiones sobre hermenéutica me provocaban un profundo vacío, la sensación de que llevaba puesta una prenda tres tallas más pequeña que mi cuerpo. Estaba allí solo para encajar en el molde que él había diseñado para mi futuro. Estudiaba el primer curso de Derecho para ganarme el derecho a respirar dentro de aquella casa. Para arrancarle apenas un gesto de asentimiento al hombre que consideraba cualquier otra profesión como un certificado de mediocridad.

Mi padre asintió levemente, con sus ojos castaños y analíticos observándome con intensidad tras las lentes de sus gafas de montura fina.

—Kelsen es la base de todo. La pirámide normativa exige una mente geométrica, Aline. No hay lugar para sentimentalismos ni interpretaciones laxas en la aplicación de la ley. Espero que estés leyendo los comentarios que te dejé en tu escritorio. El mercado de Curitiba no tolera a abogados mediocres, y el apellido que llevas exige que seas la mejor de tu promoción. Sin excepciones.

—Sí que los estoy leyendo, papá. Dos horas todas las noches, tal y como me recomendaste.

En un extremo de la mesa, mi madre, la señora Arlete, esbozó una sonrisa discreta, una mezcla de alivio por mi respuesta correcta y de su habitual sumisión. Era el retrato perfecto de la esposa de la alta sociedad de Curitiba: el pelo rubio cortado en un impecable bob, joyas discretas, pero carísimas, que brillaban en sus muñecas, y una capacidad casi sobrehumana para pasar desapercibida en el entorno y no llamar la atención ni provocar el descontento de su marido. Llevaba décadas renunciando a sí misma para convertirse en el marco del cuadro del éxito del doctor Roberto. Y mi mayor temor era mirarme al espejo dentro de veinte años y ver la misma mirada opaca y sin vida que ella lucía cuando mi padre dictaba las reglas del mundo.

—Excelente —concluyó mi padre, cogiendo el vaso de cristal y bebiendo un sorbo de agua mineral—. El bufete está ampliando el área de cumplimiento normativo internacional. Henrique y yo estábamos revisando los contratos esta tarde. Si mantienes un alto rendimiento, en segundo curso podrás empezar como becaria en nuestro equipo de contratos.

El sonido de ese nombre. *Henrique...*

En la milésima de segundo en que la palabra «Henrique» salió de la boca de mi padre, el nudo que tenía en el estómago se deshizo en una violenta oleada de calor que me subió por el pecho y me hizo

arder las mejillas. Contuve la respiración, clavándome las uñas en la palma de la mano bajo la mesa para reprimir cualquier reacción física que pudiera delatarme.

Henrique. El socio principal de mi padre. Su mejor amigo. El hombre que frecuentaba nuestra casa desde que tengo uso de razón y que, sin que nadie en el mundo lo sospechara, era el dueño absoluto de cada latido de mi corazón.

Mi pasión por él no era un simple flechazo adolescente. Era una construcción silenciosa, una obsesión secreta que había echado raíces profundas en mi alma a lo largo de los últimos cinco años. Henrique tenía treinta y cuatro años. Dieciséis años más que yo. Un hombre hecho y derecho, en la cima de su poder, con una presencia magnética que eclipsaba a cualquier otra persona cuando entraba en una habitación. Era el sol alrededor del cual orbitaba la oficina. Un soltero codiciado, con una vida plena, que desprendía un aura de misterio y seguridad en sí mismo que me dejaba completamente sin aliento cada vez que sus ojos oscuros se cruzaban con los míos.

Mientras mi padre seguía hablando de demandas judiciales, recursos y jurisprudencia del Tribunal de Justicia, mi mente se escapó de aquella fría sala y viajó a los momentos en los que Henrique había estado allí. Recordé el sonido de su risa, profunda y ronca, que contrastaba brutalmente con las sonrisas contenidas de mi padre. Recordé su olor: un perfume amaderado y caro, mezclado con notas de tabaco y cuero, que permanecía suspendido en el aire de la biblioteca de nuestra casa mucho tiempo después de que él se hubiera marchado.

Cada vez que el ambiente en casa se volvía demasiado asfixiante, cada vez que las exigencias de mi padre me daban ganas de llorar encerrada en el baño, pensaba en Henrique. Él era mi único refugio. La fantasía secreta de que, en algún momento, él me miraría no como la «hija de Roberto», sino como una mujer.

—¿Aline? —La voz de mi madre me devolvió a la realidad, suave, pero alerta—. Tu padre te ha hecho una pregunta.

Parpadeé, sintiendo el sudor frío en las sienes.

—Lo siento, papá. Me he distraído pensando en un caso práctico que mencionó el profesor. ¿Qué has dicho?

Mi padre frunció el ceño, y se le formó una profunda arruga entre las cejas canosas. La falta de atención era un pecado capital bajo su techo.

—Te pregunté si habías revisado los artículos sobre responsabilidad civil que te pedí. Henrique vendrá a cenar con nosotros el jueves y quiero que participes en la discusión técnica en el despacho de casa. Es una oportunidad para que demuestres que la inversión que hago en tu educación está dando sus frutos.

—Sí, papá. Lo revisaré todo esta noche —le aseguré con firmeza, aunque por dentro estaba eufórica.

Jueves. Vendría el jueves.

El resto de la cena transcurrió bajo la misma atmósfera de formalidad. En cuanto el personal de servicio sirvió y retiró el postre, mi padre se levantó, cogió su maletín de cuero y se dirigió al despacho, donde pasaría las siguientes cuatro horas trabajando a puerta cerrada. Mi madre suspiró, y su cuerpo se relajó visiblemente en cuanto sus pasos se desvanecieron por el pasillo de suelo de ipé.

—Has comido poco, Aline. ¿Quieres que pida que te preparen un bocadillo para llevarte a la habitación? —preguntó en voz baja, casi como si temiera que las paredes le contaran a mi padre que estaba siendo condescendiente.

—No hace falta, mamá. Gracias. Es solo que estoy cansada de la rutina de la universidad. Voy a subir a estudiar.

—Hazlo, cariño. Tu padre tiene grandes expectativas puestas en ti. No le decepciones.

«No le decepciones». Esa frase era el lema de nuestra familia. Subí las escaleras de mármol sintiendo el peso de cada peldaño. La planta superior de la mansión estaba decorada con alfombras persas

y cuadros de artistas locales, todo impecable... y frío. Entré en mi habitación y cerré la puerta con un clic sonoro que me dio una ilusión momentánea de libertad.

Mi habitación era grande, con una ventana inmensa que daba a las luces de la ciudad de Curitiba. El aire acondicionado estaba encendido, manteniendo una temperatura agradable, pero me sentía asfixiada. Contemplaba mi escritorio de laca blanca, donde un pesado vademécum y gruesos tomos de doctrina jurídica me esperaban bajo la fría luz de la lámpara.

Me acerqué a la ventana y apoyé la frente contra el cristal helado. Afuera, la noche de Curitiba era clara, con el viento meciendo las copas de las araucarias en el jardín de la plaza situada frente a la casa. Una lágrima solitaria y cálida resbaló por mi rostro, pero me la sequé rápidamente con el dorso de la mano. Tenía dieciocho años, una vida que todas mis compañeras de la facultad consideraban un cuento de hadas: ropa de marca, chófer privado, un apellido de peso y un futuro asegurado en uno de los bufetes más importantes del estado, pero la verdad era que me sentía atrapada en un acuario de cristal, asfixiándome por no poder respirar de verdad.

Abrí el cajón secreto de mi escritorio, debajo de una pila de fichas de derecho constitucional. En el fondo, escondido en un sobre marrón, había un pequeño trozo de papel que había guardado como si fuera un tesoro nacional. Era una nota sencilla, escrita a mano con una caligrafía firme, imponente e inclinada.

«Felicidades por tus dieciocho años, Aline. El mundo espera tus victorias. Con cariño, Henrique».

Me había dejado esa nota junto con un discreto collar de perlas el día de mi cumpleaños, hacía unos meses. A mi padre le había parecido un regalo «adecuado y profesional», pero para mí, cada curva de aquellas letras era combustible para el fuego

prohibido que ardía en mi pecho. Recorrí con la yema de mis dedos temblorosos su firma, sintiendo el relieve de la tinta seca sobre el papel poroso.

Henrique era un hombre soltero y sibarita. Sabía, por los rumores que susurraban las secretarias de la oficina cuando iba a visitar a mi padre, que coleccionaba conquistas en la alta sociedad de Curitiba. Actrices, modelos, mujeres de renombre de la alta sociedad... Mujeres maduras y deslumbrantes que sabían exactamente cómo comportarse en su mundo. El socio de mi padre era el tipo de hombre que desprendía una masculinidad intocable, que creía firmemente que ninguna mujer del planeta sería capaz de dominarlo o de atarlo a una relación seria. Le gustaba el juego, la caza, el control.

Y yo... solo era la hija de su mejor amigo y socio. La chica de dieciocho años que llevaba vestidos discretos, que sacaba buenas notas en la universidad y a la que él conocía desde que llevaba trenzas en el pelo.

—Nunca me mirará de otra manera —murmuré en la habitación vacía, sintiendo una punzada de dolor desgarrador justo en el centro de mi pecho—. Para él, solo soy una niña.

Guardé la nota de nuevo en su escondite con un suspiro doloroso. Me senté en la silla y abrí el libro de responsabilidad civil. Tenía que estudiar. Tenía que dominar cada artículo, cada párrafo, cada excepción de la ley. No para complacer a mi padre. No para asegurarme un futuro profesional. Sino porque el jueves, cuando Henrique estuviera sentado en la biblioteca, bebiendo whisky y debatiendo complejas tesis jurídicas, quería que me escuchara hablar, que viera que la niña había crecido. Anhelaba arrancar de esos ojos castaños y misteriosos una mirada de sincera admiración.

El tiempo se me hacía eterno durante las noches siguientes. La Facultad de Derecho de la UFPR parecía un castigo diario. Caminaba por los pasillos históricos del edificio de Santos Andrade, sintiéndome como un pez fuera del agua. Mientras mis compañeros

discutían con entusiasmo sobre política, centros académicos y prácticas en organismos públicos, yo permanecía callada, aislada en mi propia burbuja de silencio y expectativas abrumadoras. No pertenecía a aquel lugar, no encajaba en el plan que mi padre había trazado, y el peso de no tener una identidad propia me estaba convirtiendo en un caparazón vacío.

Hasta que por fin llegó el jueves.

El día amaneció gris, con el frío típico de Curitiba. Una niebla tenue cubría las calles y obligaba a ponerse abrigos gruesos. Pasé toda la tarde en mi habitación, inclinada sobre los apuntes, pero mi mente solo estaba pendiente del reloj de pared. Cuando las manecillas marcaron las diecinueve horas, me levanté y fui al baño. Me di una larga ducha, dejando que el agua caliente relajara los músculos tensos de mi cuello.

Me acerqué a mi armario y examiné las opciones de ropa. No podía ponerme nada demasiado extravagante ni sensual; si lo hacía, mi padre me obligaría a cambiarme antes incluso de bajar el primer escalón, acusándome de vulgaridad. Elegí un vestido de punto entallado, de color azul marino, con cuello alto y mangas largas, que se ajustaba discretamente a las curvas de mi cuerpo sin resultar vulgar. Dejé sueltos mis cabellos oscuros, que caían en suaves ondas sobre mis hombros, y me apliqué un maquillaje ligero, lo justo para ocultar las ojeras de mis noches de estudio.

Cuando oí el sonido del timbre resonando en la planta baja, mi corazón dio un vuelco tan fuerte que tuve que apoyarme en la encimera del lavabo.

Había llegado.

Respiré hondo, llenando mis pulmones de un valor que no tenía, y abrí la puerta de mi habitación. Caminé por el pasillo y empecé a bajar las escaleras de mármol.

A medida que me acercaba a la planta baja, su aroma me invadió. Ese perfume amaderado, intenso y masculino, que sería

capaz de reconocer en medio de una multitud.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta, dejando escapar la luz dorada y cálida de las lámparas de lectura. La voz de mi padre sonaba firme, pero fue la voz de Henrique la que me puso la piel de gallina por completo. Una voz grave y aterciopelada que parecía vibrar en el aire.

—Roberto, el recurso ante el Tribunal Superior de Justicia está listo. La argumentación sobre la violación del artículo mil veintidós del Código de Procedimiento Civil está redactada de forma impecable. Si el magistrado ponente tiene un mínimo de honestidad intelectual, la sentencia del tribunal de primera instancia será anulada.

Me acerqué a la puerta y di dos ligeros golpes en la madera maciza.

—Disculpa —dije, con la voz un poco más temblorosa de lo que me hubiera gustado.

Mi padre levantó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio de cuero y asintió con la cabeza.

—Pasa, Aline. Justo estábamos hablando del caso de la distribuidora de combustibles.

Giré lentamente la cabeza hacia un lado y mis ojos finalmente se encontraron con los suyos.

Henrique estaba sentado en uno de los sillones de cuero, con sus largas piernas cruzadas con elegancia. Llevaba una camisa de vestir gris plomo con los primeros botones desabrochados, sin corbata, y las mangas remangadas hasta la mitad de los antebrazos, dejando al descubierto sus fuertes músculos y un robusto reloj de pulsera. Sostenía un vaso de cristal con whisky y hielo.

En el instante en que me vio, una sonrisa de medio lado, lenta y devastadora, se dibujó en sus labios bien definidos. Esos ojos castaños, profundos y cargados de una experiencia del mundo que

me fascinaba y aterrorizaba al mismo tiempo, recorrieron mi cuerpo, deteniéndose en mi rostro.

—Buenas noches, Aline —dijo, con su voz llenando el espacio entre nosotros con una vibración que me hizo flaquear las piernas. Descruzó las piernas e hizo un sutil gesto con el vaso de cristal—. Cada vez que vengo aquí, tengo la impresión de que estás más alta. Y más parecida a una abogada de verdad.

Ese sutil cumplido bastó para que se me hinchara el pecho. Caminé hasta el sillón de enfrente, intentando mantener una postura impecable, y me senté, cruzando las manos sobre el regazo.

—Buenas noches, Henrique. Es un placer volver a verte.

—Henrique me estaba contando que el nivel de exigencia en la UFPR sigue siendo alto —intervino mi padre, volviendo la atención hacia los expedientes ordenados sobre la mesa—. Le he dicho que te estás esforzando. Enséñale el resumen que has hecho sobre los artículos de responsabilidad civil.

Henrique se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y sosteniendo el vaso de whisky entre sus dedos largos y fuertes. Su mirada se clavaba en mí con una intensidad que parecía leer mis pensamientos más oscuros y prohibidos. Había un destello de diversión en aquellos ojos oscuros, el magnetismo de un hombre que sabía exactamente el poder que ejercía sobre las personas que le rodeaban.

—Tengo curiosidad, Aline —murmuró Henrique, con una voz suave, pero que llenaba todo el silencio de la biblioteca—. Roberto me ha dicho que te has pasado toda la semana estudiando para este debate. Veamos si estás preparada para los tribunales o si sigues siendo la niña que se escondía detrás de los libros en la biblioteca.

El tono desafiante de su voz encendió en mí una chispa de audacia que ni siquiera sabía que poseía. Levanté la barbilla y miré directamente a esos ojos castaños, sin retroceder. El ambiente asfixiante de aquella casa, el peso de la opresión de mi padre y el

miedo al futuro desaparecieron por completo. En aquel momento, bajo la luz dorada de la biblioteca, solo existían mi deseo desesperado de que me vieran y el hombre que tenía las llaves de mi libertad.

—Ya no soy una niña, Henrique —respondí con firmeza; mis palabras sonaron claras y tajantes en el silencio de la sala—. Y estoy más que preparada. Puedes preguntarme lo que quieras.

La sonrisa de Henrique se amplió, dejando al descubierto unos dientes blancos y un destello de sorpresa e interés genuino que hizo que mi corazón se acelerara. El soltero empedernido, el hombre intocable de Curitiba, parecía haber encontrado una rival a su altura. Yo estaba dispuesta a jugar hasta el final, aunque eso significara quemar todo mi mundo para estar cerca de él.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 2

El techo abovedado de la sala de plenos del Tribunal de Justicia del Estado de Paraná parecía amplificar el sonido de cada respiración escéptica. El aire olía a papel viejo, barniz de imbuia y a ese perfume caro que compartían los hombres que encarnaban la élite del Derecho de Curitiba. Para la mayoría de los abogados, aquel ambiente de luces pálidas y sobriedad fúnebre era un purgatorio de nerviosismo; para mí, era mi hábitat natural. Era el tablero en el que mejor jugaba.

Me ajusté los gemelos de plata en los puños de mi camisa de vestir, sin apartar la mirada del magistrado ponente, que terminaba de leer su voto con una monotonía casi hipnótica. A mi lado, en el estrado de la defensa, el Dr. Roberto, mi socio principal y el hombre cuyas arrugas en la frente parecían talladas por el propio peso del Código Civil, mantenía una postura rígida, pero su propia naturaleza

controladora le impedía relajarse, incluso cuando la victoria estaba a un párrafo de distancia.

—... A la vista de lo expuesto, estimo el recurso de apelación y revoco la sentencia de primera instancia al apreciar la falta de legitimación pasiva alegada por la defensa —dictaminó el ponente, con la voz resonando por el obsoleto sistema de megafonía de la sala plenaria.

El sonido del martillo de madera golpeando la mesa puso punto final a una batalla jurídica que había durado dieciocho meses. Cuarenta y dos millones de reales salvados de las arcas de la mayor distribuidora de combustibles del sur del país.

Ordené los gruesos legajos de escritos dentro de mi maletín de cuero auténtico con movimientos lentos, precisos y sin ninguna prisa. No lo celebraba en público. La sutil arrogancia de mi silencio era mi tarjeta de visita. Tenía treinta y cuatro años, una cuenta bancaria que crecía a un ritmo más rápido que la inflación y la reputación de ser el abogado más implacable y certero de la capital de Paraná. El mercado me conocía como el hombre que encontraba resquicios donde los demás veían muros.

—Excelente alegato oral, Henrique —murmuró Roberto mientras caminábamos por el pasillo de mármol del tribunal—. La referencia a la jurisprudencia del Tribunal Superior de Justicia fue el golpe de gracia. El ponente no tuvo más remedio que ceder.

—El secreto nunca fue la ley en sí, Roberto, sino la debilidad de quien la interpreta —respondí, con una media sonrisa en la comisura de los labios que las mujeres de Curitiba solían calificar de peligrosa—. El magistrado valora su propia reputación profesional. No se arriesgaría a que le revocaran la sentencia en Brasilia por pura terquedad.

Roberto asintió, ajustándose las gafas de montura fina. Irradiaba el peso de la tradición. Era el tipo de hombre que regía su vida por la moralidad pública, el conservadurismo entre bastidores y la imagen de una familia tradicional perfecta. Se enorgullecía de

nuestra sociedad porque yo aportaba el dinero y la agresividad que su postura conservadora a veces atemperaba.

—¡Henrique! ¡Roberto! —Una voz ronca y relajada rompió el tono solemne del pasillo.

Me giré y vi a Maurício caminando hacia nosotros, con la chaqueta abierta y las manos en los bolsillos del pantalón. Maurício era nuestro principal aliado en el sector financiero, un director de un banco de inversión que conocía Curitiba tan bien como yo y que compartía conmigo las mesas de póquer y los palcos más exclusivos de la ciudad los viernes por la noche.

—He visto la recta final del juicio —dijo Maurício, dándome una palmada en el hombro con entusiasmo—. Henrique, prácticamente has conseguido que el ponente se disculpara por no estar de acuerdo contigo en un primer momento. Tenemos que celebrarlo esta noche. Jack tiene una reserva especial en el Batel. Whisky de dieciocho años y cotilleos de la élite de Curitiba.

—Hoy no puedo, Maurício —respondí sin dudar, manteniendo la voz tranquila mientras seguíamos caminando hacia la salida del edificio administrativo—. Tengo una cena en casa de Roberto. Vamos a revisar el cumplimiento normativo de la expansión internacional del bufete.

Maurício arqueó las cejas y me lanzó una mirada cargada de una diversión maliciosa que yo conocía bien. Conocía mi rutina, sabía que era un soltero convencido y un maestro absoluto a la hora de evitar ataduras, compromisos o cualquier situación que amenazara mi total y absoluta libertad. En mi mente, ninguna mujer del planeta había nacido con la capacidad de dominarme o de hacerme firmar un contrato de exclusividad emocional. Me gustaba el juego, la caza, las noches intensas en mi ático que terminaban antes del amanecer, sin desayunos compartidos ni exigencias de pasar juntos el fin de semana. Yo controlaba las reglas de todas las relaciones que se cruzaban en mi camino.

—¿Una cena de negocios un jueves por la noche, Roberto? —bromeó Maurício con una leve risa—. Estás esclavizando a tu socio más brillante.

—El éxito no tiene horario comercial, Maurício —respondió Roberto, serio, aunque había un atisbo de satisfacción en su actitud—. Y mi hija, Aline, participará en la reunión de hoy. Quiero que empiece a empaparse del ambiente del bufete desde su primer curso de Derecho.

Al oír ese nombre, algo extraño e incómodo se produjo bajo mi coraza de hielo.

Aline...

Mi mandíbula se tensó unos milímetros en una reacción puramente instintiva que me esforcé por ocultar a los dos hombres que tenía a mi lado. Apreté los dedos alrededor del asa de mi maletín de cuero.

Aline había dejado de ser solo la hijita de mi socio. Ya no era aquella niña de pelo recogido y mirada asustada a la que años atrás veía de pasada. En los últimos meses, un cambio inquietante se había producido ante mis ojos. La niña había desaparecido y, en su lugar, había surgido una mujer deslumbrante, de rasgos finos, piel pálida y un par de ojos castaños tan intensos que parecían desafiar mi propia estabilidad cada vez que se cruzaban con los míos en la oficina.

El gran problema era que la creciente atracción que sentía por ella estaba poniendo a prueba mi autocontrol hasta límites que me irritaban profundamente. Yo era un hombre de treinta y cuatro años, con experiencia en la vida, curtido por las trampas de la alta sociedad y experto en descifrar las intenciones femeninas. Pero Aline... era territorio prohibido. Intocable. Enredarme con la hija de mi socio principal no solo sería un error profesional catastrófico; destruiría los cimientos del imperio que había construido junto a Roberto. El hecho de que mi cuerpo y mi mente reaccionaran con tanto vigor ante la mera mención de su nombre me enfurecía

conmigo mismo. No era un chaval sin experiencia como para dejar que una novata de dieciocho años me desestabilizara.

—Nos vemos el lunes para cerrar esa cartera de fondos, Maurício —dije, cambiando de tema con brusquedad antes de que la mirada analítica de mi amigo empezara a descifrar el silencio que se había apoderado de mí.

—Trato hecho, señor. Que disfruten de la cena —Maurício saludó con la mano y se dirigió hacia los ascensores.

Roberto y yo nos dirigimos al aparcamiento subterráneo. Mi descapotable deportivo negro brillaba bajo las luces fluorescentes del sótano, un monstruo de acero que encajaba a la perfección con la imagen de éxito que me empeñaba en exhibir.

—Nos vemos a las ocho de la tarde en mi casa, Henrique —dijo Roberto, deteniéndose junto a su berlina de lujo—. No llegues tarde. A Arlete le gusta servir la cena puntualmente.

—Allí estaré, Roberto.

Me subí al coche, tiré el maletín en el asiento del copiloto y arranqué el motor. El rugido pesado y agresivo resonó en las paredes de hormigón del aparcamiento. Salí a las calles de Curitiba, sintiendo cómo el viento frío del atardecer me azotaba la cara.

El tráfico era denso, como era habitual en la hora punta de la capital, y aproveché el aislamiento de la cabina para intentar ordenar mis pensamientos. Tenía que mantener la cabeza fría. La cena de hoy era puramente profesional. Tenía que centrarme en los informes de cumplimiento normativo, en los gráficos de expansión y en la estrategia corporativa para el próximo trimestre. No podía permitirme el lujo de fijar la mirada en la silueta de Aline, ni de perderme en los contornos de su boca cuando ella nos estuviera observando.

Llegué a mi ático con vistas a la Plaza de Japón poco antes de las dieciocho y media. El piso era el reflejo exacto de mi personalidad: minimalista, decorado con muebles de diseño

moderno en tonos grises, negros y de cuero oscuro. Allí no había ningún toque de calidez. No tenía plantas que exigieran cuidados diarios, ni marcos con recuerdos afectivos. Era la trinchera de un hombre que valoraba la soledad y que consideraba su independencia como su bien máspreciado.

Me quité la chaqueta, la dejé tirada sobre el respaldo del sofá y me dirigí directamente al baño. Me di una ducha helada, dejando que el agua fría arrastrara el agotamiento del juzgado mientras yo intentaba reprimir la extraña agitación que empezaba a hormiguearme bajo la piel. Salí de la ducha, me afeité con precisión frente al espejo y caminé hasta el vestidor.

Elegí una camisa de vestir gris plomo, hecha a medida, y unos pantalones de vestir oscuros. Me desabroché los dos primeros botones del cuello y prescindí de la corbata; el ambiente en casa de Roberto era formal, pero yo tenía el privilegio de alternar entre la sofisticación y la sencillez con la naturalidad de quien era dueño de sí mismo. Me ajusté el robusto reloj de pulsera, me perfumé con mi intensa fragancia amaderada y cogí las llaves del coche.

A las ocho en punto, aparqué el descapotable frente a las verjas de hierro fundido de la mansión de Roberto.

Su casa era un bastión del tradicionalismo. Paredes de ladrillo visto, ventanas inmensas con marcos de madera noble y un jardín impecable que desprendía el aroma húmedo de las plantas en el invierno de Curitiba. El chófer de la familia me abrió la puerta, saludándome con la deferencia habitual, y yo caminé hasta la entrada principal, sintiendo el peso de esa estructura social que Roberto tanto veneraba.

La señora Arlete me recibió en el vestíbulo con su sonrisa educada y comedida de siempre.

—Henrique, bienvenido. Roberto está en la biblioteca revisando los últimos detalles antes de la cena. Puedes subir.

—Gracias, Arlete. Con permiso.

Subí los escalones de mármol con paso firme. Conocía aquella casa como la palma de mi mano. Entré en la biblioteca, una sala inmensa con las paredes revestidas de libros hasta el alto techo, iluminada por lámparas de lectura rústicas que proyectaban una luz dorada y acogedora sobre los sillones de cuero. Roberto estaba detrás de su escritorio de jacarandá, rodeado de gruesos tomos de informes.

—Henrique, pasa —dijo, sin levantar la cabeza de inmediato—. Sírrete un whisky. Tenemos que ultimar los términos de la fusión antes de que Arlete nos llame a la mesa.

Me acerqué al aparador de madera, cogí el pesado vaso de cristal y serví dos dedos de whisky escocés de malta. Dejé uno de los vasos sobre su mesa y me acomodé en el sillón de cuero de enfrente, cruzando las largas piernas con la naturalidad de siempre.

Pasamos los cuarenta minutos siguientes inmersos en cláusulas contractuales, previsiones de riesgos y estrategias fiscales. El trabajo era lo único capaz de hacerme olvidar el resto del mundo. Discutimos con vehemencia, ajustamos párrafos y armamos el esqueleto de lo que sería la mayor operación de nuestro despacho aquel año.

Aline entró en la sala con pasos silenciosos. Llevaba un vestido de punto ajustado de color azul marino, con cuello alto y mangas largas. Era un atuendo sobrio, pero la tela se amoldaba a los delicados contornos de su cintura de tal manera que sentí un nudo en el estómago. Noté cómo se aceleraba mi pulso bajo el reloj de oro. El autocontrol que había cultivado durante el baño helado comenzó a derretirse como cera al fuego.

Me acomodé de nuevo en el sillón, haciendo girar el hielo dentro de mi vaso de whisky, y aproveché la primera pausa que hizo mi socio para respirar y tomar el control de la sala.

—Tu padre habla de ti como si fueras la nueva arma secreta...

Me quedé observándola mientras respondía, citando la teoría del Derecho con una precisión impecable. Había una inteligencia aguda en aquella chica, algo que iba mucho más allá de la belleza física que florecía cada día. Cuando cometió un pequeño descuido y Roberto la reprendió sutilmente, vi pasar una chispa de frustración por aquellos ojos amables. Una debilidad humana que me provocó unas ganas insanas de intervenir y romper aquella seriedad opresiva.

Una vez terminada la cena, Roberto nos condujo de vuelta a la biblioteca para el debate técnico que había planeado. Me acomodé de nuevo en el sillón, haciendo girar el hielo dentro de mi vaso de whisky, sin apartar la mirada de la puerta.

Cuando Aline entró, el aire de la biblioteca pareció volverse más enrarecido. Caminó con pasos medidos y se sentó en el sillón frente a mí.

—Aline —dije, en un tono más grave de lo habitual, llenando el espacio entre nosotros con una densidad que hizo que su mirada vacilara por un segundo. Incliné ligeramente el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y sosteniendo el vaso de whisky entre los dedos. Mantuve la mirada fija en esos ojos castaños y tormentosos.

Vi el instante en que mis palabras la alcanzaron. Su pecho se elevó con una leve inspiración y sus mejillas pálidas adquirieron un sutil tono rosado. Roberto empezó a hablar sobre el expediente de responsabilidad civil que le había pedido a ella, y aproveché la oportunidad para poner a prueba los límites del autocontrol de aquella chica que, en secreto, me estaba volviendo loco.

—La teoría que estudias en la facultad es una guardería acogedora. En el mundo real, la abogacía es un matadero. Quiero saber si tienes agallas para enfrentarte a los lobos, o si correrás a refugiarte en las faldas de tu madre al primer grito de un juez.

Lancé el cebo, apostando fuerte a que ella daría marcha atrás. A que esa postura de porcelana, perfectamente ensayada para

complacer a Roberto, se resquebrajaría bajo la presión de mi escrutinio. Era lo que hacían las presas ante un depredador.

Pero Aline no retrocedió ni un milímetro.

Su respiración se entrecortó durante una milésima de segundo, y vi cómo el rubor le subía por las mejillas pálidas. No por vergüenza ni intimidación, sino por puro desafío. Enderezó la espalda, y sus ojos —tormentosos, profundos y cargados de un valor reprimido durante años— brillaron bajo la tenue luz de la biblioteca. El brillo de esa rebeldía me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

—Los lobos del tribunal pueden intentar gritar todo lo que quieran, Henrique —replicó ella. Su voz rompió la solemnidad de la sala con una firmeza letal, revelando una confianza en sí misma que nos había estado ocultando a todos—. Pero pronto descubrirán que no me asusto ante los dientes al descubierto. Puedes hacer tus preguntas. Estoy lista para analizar a fondo vuestro caso.

Un silencio eléctrico se apoderó de la biblioteca.

Roberto parpadeó, visiblemente sorprendido por la audacia de su propia hija. ¿Y yo? Se me tensó la mandíbula. El cristal de mi vaso tintineó cuando mis dedos lo apretaron con una fuerza brutal.

Una sonrisa lenta, sombría y peligrosa se dibujó en mis labios.

Por primera vez en treinta y cuatro años, el implacable abogado, el hombre que juraba tener el control absoluto sobre las mujeres y sobre su propia vida, sintió que el suelo se desvanecía bajo sus botas. Aline no solo había aceptado el reto; había cambiado las reglas del juego y me había dejado sin defensa. Mientras abría la boca para formular la primera cuestión jurídica de la noche, un único pensamiento devastador martilleaba en mi cabeza: me estaba dirigiendo directamente hacia el borde de un abismo, y lo único que quería era saltar.



ALINE
Ferraz

Capítulo 3

El silencio eléctrico que se apoderó de la biblioteca tras mi respuesta parecía tan denso que se podía cortar con un cuchillo. Henrique me miraba fijamente con una sonrisa sombría y peligrosa que le marcaba los labios, y habría jurado que la temperatura a nuestro alrededor había subido diez grados. Le había devuelto el golpe. No había dado un paso atrás.

La tensión, sin embargo, se hizo añicos brutalmente con el sonido de mi padre carraspeando, ajeno a la corriente invisible que fluía entre mí y su socio.

—Ya que tienes tantas ganas de demostrar tu valía en el «matadero», Aline —intervino Roberto, con una voz seca que atravesó la penumbra de la sala—, vamos a comprobarlo en la práctica. Te he reservado el expediente de ese caso pro bono de

reintegración de la posesión. Quiero tu dictamen preliminar ahora mismo.

Me quedé paralizada. El destello de audacia que acababa de mostrar se desvaneció. Había pasado las últimas tres noches inclinada sobre ese expediente, investigando a fondo y buscando doctrinas modernas que pudieran humanizar la ley.

—He analizado el expediente, papá —comencé, obligando a mi voz a mantenerse firme, aunque mis manos ya sudaban frío y la mirada de Henrique estaba clavada en mí—. La ocupación tuvo lugar hace más de cinco años. He construido el argumento basándome en la función social de la propiedad y en la vulnerabilidad de la familia ocupante. El terreno estaba abandonado y...

—Para. —La voz de mi padre resonó en el aire como el chasquido de un látigo.

Se me hizo un nudo en el estómago. La tensión se convirtió en una trampa.

—Papá, la jurisprudencia reciente permite que...

—¡Te he dicho que pares, Aline! —Golpeó con la mano abierta sobre el escritorio de jacarandá, haciendo que los papeles saltaran. El ruido me hizo encogerme instintivamente en el sillón—. ¡Tu dictamen es un montón de sentimentalismos patéticos! El Derecho no es un escenario para la caridad emocional. El Derecho es la aplicación implacable de la norma. ¡La ley garantiza la restitución de la posesión al propietario legítimo y punto!

Tragué saliva, sintiendo cómo las lágrimas calientes empezaban a arderme detrás de los ojos. Odiaba llorar, odiaba mostrarme frágil, pero la brutalidad de la reprimenda era un peso aplastante.

—Roberto, está en primer curso... —comenzó Henrique, con su voz grave adoptando un tono de alerta, pero mi padre lo ignoró por completo.

—Si eres demasiado frágil para soportar una crítica dentro de tu propia casa, ¿cómo vas a sobrevivir en una sala de vistas? — Roberto se levantó, apoyando ambas manos en la mesa y proyectando su sombra autoritaria sobre mí—. Llevas mi apellido, Aline. Mi apellido es una institución en esta ciudad. No tolero la mediocridad. Si tu cerebro no es capaz de distinguir entre la ley y la compasión, entonces estás malgastando mi tiempo y mi dinero en la universidad. Eres una vergüenza para el linaje de este bufete si sigues pensando como una trabajadora social.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Cada una de sus palabras fue un golpe directo a mi autoestima. Me ardía la cara de humillación. Que me regañaran de esa manera ya era devastador; que me humillaran delante de Henrique, minutos después de intentar demostrar que era una mujer fuerte, era una tortura insoportable.

No me atreví a mirar al hombre que tenía delante. No quería ver la lástima en los ojos de Henrique. No quería que el soltero intocable y brillante me viera como la niña inútil que mi padre acababa de describir.

—Disculpa —susurré, con la voz entrecortada.

Me levanté bruscamente y casi salí corriendo de la biblioteca. Necesitaba aire. Me temblaban las piernas y, antes de que pudiera llegar a las escaleras que llevaban a mi habitación, la necesidad de esconderme pudo más. Entré en la pequeña sala contigua al pasillo principal y cerré la puerta tras de mí, sumergiéndome en la oscuridad.

Apoyé la espalda contra la madera fría y me dejé deslizar hasta el suelo. Me abracé las rodillas y, por fin, me derrumbé.

Los sollozos me desgarraban la garganta, fuertes y dolorosos. Lloraba por la humillación, por la sensación asfixiante de que nunca sería amada por ser quien era, y por sentirme atrapada en una existencia que me asfixiaba. El tiempo perdió todo sentido mientras me desmoronaba entre lágrimas en la oscuridad.

De repente, la puerta detrás de mí se entreabrió, dejando entrar un haz de luz del pasillo.

Contuve la respiración, temiendo que mi padre hubiera venido a terminar el sermón. Apreté la cara contra las rodillas, encogiéndome todo lo que pude.

Pero los pasos no eran los de mi padre. Eran firmes y denotaban una urgencia peligrosa.

—Aline.

Oír mi nombre en aquella voz grave y aterciopelada hizo que se me parara el corazón. Levanté la cabeza lentamente. La imponente silueta de Henrique bloqueaba la luz. Cerró la puerta con un clic sordo, sumiéndonos de nuevo en la penumbra, y se acercó a mí. Sin prestar atención al pliegue perfecto de sus pantalones a medida, se arrodilló en el suelo.

—No me mires, por favor —le pedí, apartando la cara, con la vergüenza quemándome de dentro hacia fuera—. No quiero que me veas así.

—Mírame, Aline.

La orden no fue dura; fue un susurro denso, cargado de una intensidad que no me dejó otra opción. Sus manos grandes y cálidas alcanzaron las mías, apartándolas de mi rostro con una gentileza que contrastaba brutalmente con el implacable abogado del tribunal. Sus pulgares me secaron las lágrimas, y su tacto me quemó la piel, enviándome descargas eléctricas directamente a la columna vertebral.

—Tiene razón —balbuceé, con los hombros temblando—. Soy un fraude. Nunca seré la abogada fría que él espera... Odio todo esto, Henrique.

—Basta ya. Ahora mismo. —Su voz se endureció, pero su tacto siguió siendo suave—. Roberto es un dinosaurio amargado que ha olvidado lo que es ser humano. Lo dejé hablando solo en la

biblioteca y le advertí de que, si volvía a utilizar ese tono contigo delante de mí, nuestra sociedad se disolvería.

Abrí mucho los ojos, y la sorpresa detuvo momentáneamente mi llanto.

—¿Tú... te has peleado con él por mi culpa?

—Mataría y moriría antes de permitir que nadie destruyera tu luz, Aline —confesó, y las palabras le salieron con una fuerza ronca. El aire a nuestro alrededor se volvió denso—. Has leído la ley y has visto a las personas. Tienes una humanidad de la que carece ese nido de ratas en el que trabajamos. Eres brillante, valiente y la mujer más increíblemente fascinante que he conocido jamás.

La palabra «mujer» me golpeó como un rayo. No «hija del socio». Mujer.

—Henrique... —susurré, embriagada por su cercanía.

—Me he pasado los últimos meses intentando convencerme de que eras intocable —murmuró, con su aliento cálido rozándome los labios. El aroma a whisky y a perfume amaderado se apoderó de mis sentidos—. Intenté fingir que no me volvía loco cada vez que te cruzabas en mi camino. Pero verte llorar por un hombre que no merece ni un tercio de lo que tú vales... acabó con mi último atisbo de cordura.

La barrera se derrumbó. La línea invisible que separaba al socio de mi padre del hombre que tenía delante se desvaneció. Impulsada por un deseo silenciado durante años, llevé mis manos temblorosas hasta sus anchos hombros. Sus dedos se hundieron en mi cabello, sujetándome la nuca con una firmeza posesiva y desesperada.

—Eres más que suficiente —gruñó contra mi boca.

Y entonces, me besó.

El impacto fue abrumador, una colisión que me dejó mareada. No hubo delicadeza casta; fue una reivindicación cruda, feroz. Su

boca se amoldó a la mía con una experiencia que me desarmó, mientras su lengua exploraba mis labios con una intensidad que arrancó un gemido sordo de mi garganta. Le agarré por el cuello de la camisa, atrayéndolo hacia mí. Sus manos bajaron por mi espalda, levantándome del suelo helado y llevándome a su regazo sin romper nunca el beso. El roce de nuestros cuerpos pegados en la oscuridad me hizo sentir viva por primera vez.

Pero, con la misma violencia que la explosión que nos unió, la realidad nos golpeó.

Sentí cómo se tensaban los músculos de Henrique. Con un movimiento brusco, rompió el beso y se apartó, devolviéndome al suelo. Se puso de pie de un salto, con la respiración agitada resonando en el silencio de la pequeña sala. La sombra de la culpa cruzó sus ojos oscuros que, segundos antes, me contemplaban como si me veneraran. El abogado calculador acababa de recordar quién era yo.

—¿Henrique...? —susurré, extendiendo la mano.

Él dio un paso atrás, pasándose las manos nerviosamente por el pelo, completamente desorientado.

—Ha sido un error —soltó. Su voz sonaba áspera, cortante—. Un error estúpido. Lo siento, Aline. He perdido la cabeza. Esto no volverá a pasar.

Ese tono tajante fue como un puñetazo en el estómago. Antes de que pudiera responder, me dio la espalda y desapareció, dejándome de rodillas en la oscuridad.

Con las manos temblorosas, me toqué los labios, aún calientes e hinchados por su beso. El rechazo había sido como un chorro de agua helada, pero, mientras mi corazón latía con fuerza en el pecho, una única certeza se clavó en mi mente: a pesar de su huida, yo nunca volvería a ser la misma.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 4

La lluvia fina y cortante, típica del invierno de Curitiba, azotaba los ventanales panorámicos de mi despacho en la planta veinticinco. Allí abajo, las luces rojas y blancas del tráfico de la Avenida Cândido de Abreu formaban ríos lentos y difuminados por la niebla, pero mi atención no estaba puesta en la ciudad que había conquistado. Estaba peligrosamente atrapado en el fantasma de un roce que había tenido lugar cuarenta y ocho horas antes.

Hice girar el vaso de cristal entre los dedos, escuchando el sonido hueco del cubito de hielo al golpear contra sus paredes, y di un largo trago al whisky añejo. El líquido bajó quemándome la garganta, pero el calor del alcohol no era absolutamente nada comparado con el fuego que ardía en mis venas desde la noche del viernes.

Aline...

Cerré los ojos con fuerza, recostando la cabeza contra el respaldo de cuero de mi silla ergonómica. Bastaba un segundo de silencio para que mi traicionera mente me arrastrara de vuelta a la penumbra de aquella habitación. Aún podía sentir el sabor salado de sus lágrimas mezclado con mi aliento cálido, y la textura del vestido de punto bajo mis manos, y la forma en que aquel cuerpo pequeño, pero perfectamente curvilíneo y receptivo, se había amoldado al mío. Su entrega no había sido la de una chica asustada, sino la rendición absoluta de una mujer hambrienta, que había guardado ese deseo bajo llave y que, al ser liberada, me golpeó con la fuerza de un huracán.

Abrí los ojos y fijé la mirada en el techo de yeso de mi despacho.

Yo era un hombre lógico. Toda mi vida, mi fortuna y mi prestigio en la alta sociedad de Paraná se habían construido sobre la roca sólida del autocontrol. No cometía errores de novato, ni me dejaba dominar por emociones baratas. Para mí, las mujeres siempre habían sido un complemento placentero de una rutina de poder; acompañantes deslumbrantes para noches de insomnio, cenas en restaurantes galardonados y viajes cortos. Pero siempre según mis reglas. Cuando el juego se ponía demasiado serio y surgía la exigencia emocional, cortaba los lazos con la precisión de un cirujano. Yo era el cazador, el que dictaba las condiciones. Ninguna mujer tenía la llave de mi juicio.

Hasta que besé a la hija de mi socio.

Me levanté bruscamente y empecé a pasear de un lado a otro por la amplia sala.

Involucrarme con Aline equivalía a atarme una granada al pecho y entregar la anilla al destino. No era solo un coqueteo peligroso; era un suicidio corporativo y social. Roberto no era solo un compañero de trabajo. Era el pilar conservador de nuestro bufete, un hombre cuya brújula moral, por muy hipócrita que fuera en casa, dictaba las reglas de nuestro éxito ante los clientes millonarios y la

magistratura tradicional del estado. Si Roberto descubriera que su socio de treinta y cuatro años se estaba llevando a la cama a su hija de dieciocho años, recién llegada a la universidad, la implosión sería catastrófica. Nuestra sociedad se disolvería en medio de un baño de sangre judicial. Los clientes darían marcha atrás ante el escándalo. El Colegio de Abogados se convertiría en un escenario de chismes. Y el imperio que me había llevado más de una década construir corría el riesgo de resquebrajarse desde sus cimientos.

Es un error, argumentaba mi mente jurídica, fría y analítica. Es un cliché patético. Eres el hombre más codiciado de la ciudad, puedes tener a la mujer que quieras, cuando quieras. Olvida lo que pasó. Vuelve a ponerte la máscara. Finge que fue un desliz provocado por el whisky y la pena.

Entonces, el recuerdo de su cuerpo pegado al mío aniquilaba la razón.

¿Pena? No había ni una pizca de pena en lo que hice. Había furia, sí, al ver a un hombre mediocre como Roberto intentar apagar el brillo de una chica extraordinaria. Sin embargo, lo que me hizo cruzar la sala y besarla no fue un instinto de protección. Fue codicia, posesión, el deseo oscuro y primitivo de arrancarle esa fachada de obediencia que lucía y poseer a la feroz leona que vi brillar en esos ojos castaños cuando me desafió.

En ese momento, en la oscuridad, cuando sus manos temblorosas se aferraron a mi camisa y ella susurró mi nombre contra mi boca, se había sellado entre nosotros un pacto silencioso y letal. Y la cruel e innegable verdad era que preferiría ver el bufete reducido a cenizas antes que permitir que otro hombre tocara su piel.

El sonido del intercomunicador de mi escritorio rompió el denso silencio de la sala. Pulsé el botón, aclarándome la garganta para asegurarme de que mi voz sonara con la gélida indiferencia de siempre.

—Sí, Cláudia.

—Doctor Henrique, el doctor Roberto le está esperando en la sala de reuniones principal. La junta directiva de la constructora ya ha llegado para la firma del acuerdo de colaboración. —La voz profesional de mi secretaria llenó la estancia.

—Diles que voy para allá. Sírveles café colombiano, sin azúcar.

—De inmediato, señor.

Me arreglé el cuello de mi camisa blanca de algodón egipcio, me puse el chaleco y la chaqueta de mi traje italiano oscuro y revisé el nudo de la corbata en el reflejo de la ventana. La armadura había vuelto. El implacable depredador de los tribunales había tomado el control.

Recorrí los pasillos de la oficina. El ambiente era un homenaje al poder y a la intimidación: mármol de Carrara en el suelo, paredes de cristal acústico, obras de arte contemporáneo iluminadas por luces indirectas y un equipo de decenas de abogados júnior que inclinaban la cabeza en señal de respeto cuando pasaba.

Entré en la sala de reuniones. Roberto estaba al frente, con una postura impecable, conversando con tres ejecutivos trajeados. Al verme, los hombres se levantaron en una mezcla de deferencia y temor. Yo era el artífice de su salvación, el hombre que les mantendría fuera de una celda de la Policía Federal. Dirigí la reunión con mi eficiencia habitual: tajante, directo y sin margen para debates. En menos de cuarenta minutos, los contratos millonarios estaban firmados, los honorarios exorbitantes de nuestro bufete estaban garantizados y los ejecutivos fueron despedidos con apretones de manos calculados.

Cuando la pesada puerta de cristal se cerró, dejando solo a Roberto y a mí en la sala, me acerqué al mueble-bar empotrado en la esquina y me serví un vaso de agua con gas para limpiar el paladar del café fuerte.

—Un trabajo impecable, Henrique —elogió Roberto, guardando su copia del contrato en el maletín. Parecía exultante—.

La facturación de este trimestre batirá nuestros propios récords.

—Solo ha sido un día más en la oficina, Roberto —respondí, sin darme la vuelta, observando el contorno de mi rostro en el espejo.

—Ah, antes de que se me olvide —dijo con despreocupación mientras cerraba el broche dorado del maletín—. Quería darte las gracias por lo del viernes.

Mi espalda se tensó bajo la fría lana del traje. Giré el cuerpo lentamente, con la expresión de mi rostro debidamente congelada en una máscara de cortesía indiferente.

—¿El viernes?

—Sí. Por cómo te comportaste con Aline. —Roberto suspiró, sacudiendo la cabeza con una indulgencia paternalista que me provocó ganas de vomitar—. Arlete me ha dicho que fuiste a esa habitación a calmarla después de que saliera corriendo. Las mujeres de esa edad son terriblemente inestables. Tienen las hormonas a flor de piel. Todavía no tiene la madurez necesaria para lidiar con la presión que exige la abogacía de alto nivel. Hiciste bien en intervenir y darle unas palabras de ánimo profesional.

Unas palabras de ánimo profesional...

El recuerdo de mí mismo apretando el cuerpo de su hija contra las estanterías, mi lengua invadiendo su boca, mientras la chica gemía en la oscuridad, pasó por mi mente como un relámpago profano. La ironía de la situación era tan absurda, tan sombríamente cómica, que tuve que morderme el interior de la mejilla para no soltar una risa diabólica allí mismo. El hombre que tenía delante confiaba en mí con los ojos cerrados, sin tener ni idea de que el lobo no solo estaba dentro de casa, sino que ya había probado la sangre de su oveja más preciada.

—Aline tiene un potencial tremendo, Roberto —dije, con una voz mortalmente controlada, cada palabra cargada de un doble sentido que solo yo conocía—. Solo tienes que entender que ella no

funciona a base de fuerza bruta. Requiere... un enfoque más refinado. Un control más sutil. No la acorrales demasiado, o se derrumbará. Y no queremos que eso ocurra, ¿verdad?

Roberto se ajustó las gafas, reflexionando sobre mis palabras con la seriedad de quien recibe el consejo de un oráculo.

—Tienes razón, Henrique. Quizá me haya pasado un poco con el tono. Esta semana le daré un poco de respiro.

—Es la decisión más sensata.

En cuanto mi socio salió de la sala, se me cayó la máscara.

Mi corazón latía a toda velocidad, pero la adrenalina que corría por mis venas ahora competía por el espacio con un peso frío en el estómago. El peligro de encontrarme cara a cara con el padre de la chica a la que había besado no era solo un afrodisíaco; era una alarma roja que resonaba en mi cerebro.

Volví a mi despacho, cerré la puerta y la bloqueé con la llave electrónica. Me senté en la silla y exhalé profundamente, pasándome la mano por el pelo.

Durante todo el fin de semana, no habíamos intercambiado ni una sola palabra. Sabía que Aline debía de estar presa del pánico, asimilando el terremoto que aquel beso había provocado en su rutina ensayada al milímetro. El silencio era una táctica, sí, pero también era mi escudo. La verdad era que estaba sopesando el alcance de la locura que estaba a punto de cometer.

Ella tenía dieciocho años. Yo, treinta y cuatro. Dieciséis años de un abismo generacional nos separaban, por no hablar del precipicio moral y profesional que suponía acostarme con la hija única de Roberto, mi socio principal. La racionalidad, el instinto de supervivencia y la ética profesional exigían que borrara su número y enterrara lo ocurrido como un desliz imperdonable provocado por el whisky. Enredarme con ella no era solo orquestar una mentira bajo el techo de mi imperio; era coquetear con la destrucción total de todo lo que había construido.

Saqué mi móvil personal del bolsillo y lo tiré sobre el cristal del escritorio. Iba a dejarla en paz. Tenía que hacerlo.

Entonces, la pantalla del móvil se encendió en silencio.

Se me paró el corazón.

El nombre «*Aline*» parpadeaba en la pantalla, desafiando todo mi supuesto autocontrol. Me quedé mirando la notificación durante minutos interminables, con la respiración contenida, antes de deslizar finalmente el pulgar por la pantalla y abrir el mensaje.

Aline:

Tenemos que hablar. Lo que pasó el viernes... no puede quedarse así. No puedo fingir que nada ha cambiado.

Su audacia me dejó fascinado y aterrorizado a partes iguales. No iba a dar marcha atrás. La sumisa hija de mi socio no se estaba escondiendo; estaba exigiendo una explicación al hombre que la había dejado de rodillas y temblando.

Me froté la cara con ambas manos, sintiendo cómo la batalla interna me desgarraba. Si respondía, si abría esa puerta, ya no habría vuelta atrás. Sería el punto de no retorno. Sin embargo, la imagen de sus labios ligeramente hinchados por los míos, el recuerdo de su cuerpo amoldándose al mío en la oscuridad, borró cualquier atisbo de moralidad que me quedara.

Mi pulgar se cernió sobre el teclado de la pantalla luminosa. La vacilación se desvaneció en el instante en que el deseo primitivo tomó el control. Escribí la respuesta, sucinta y decisiva, el tipo de orden que no admitía un no por respuesta:

Henrique:

El viernes. A las ocho de la tarde. He dejado tu nombre en conserjería. No llegues tarde. Ven sola.

Pulsé el botón de enviar.

El aviso de entrega brilló en la pantalla un segundo después. Dejé caer el teléfono sobre la superficie de cristal y solté un largo suspiro. La suerte estaba echada. La ruleta rusa había empezado a girar.

Los días que siguieron fueron una tortura lenta y sádica. La semana laboral pareció prolongarse durante siglos. Asistí a vistas, almorcé con magistrados, firmé voluminosos escritos de defensa y escuché los monólogos de Roberto sobre los planes de sucesión del bufete, mientras mi cerebro funcionaba en dos frecuencias: la del abogado infalible y la del depredador que espera el anochecer.

El viernes llegó acompañado de un brusco descenso de la temperatura. El cielo de Curitiba se oscureció con una paleta de tonos grises y pesados.

A las diecinueve horas, despedí a mi equipo. Fui el último en abandonar la planta del bufete. Conduje hasta casa sorteando el tráfico con una agresividad sutil, con el motor de mi deportivo rugiendo en respuesta a la urgencia física que tensaba mis hombros y me bloqueaba la mandíbula.

Subí por el ascensor privado que daba acceso directo a mi ático. El piso, que siempre me había parecido un santuario de paz y frialdad, de pronto parecía demasiado grande y silencioso, esperándola a ella.

Dejé las luces principales apagadas, encendiendo solo las tiras de LED amarillentos que bordeaban el yeso del techo y la iluminación rústica de la encimera de la cocina gourmet. Me acerqué al sistema domótico y puse un suave jazz instrumental, a un volumen suficiente para romper el peso del silencio. Caminé hasta la barra, cogí una botella de mi vino tinto más caro y la abrí.

Me dirigí a la suite principal, me di un largo baño y me vestí con algo informal, pero implacablemente sofisticado: unos pantalones de sarga negros de corte italiano y un jersey fino de

cuello alto de color grafito, que se ceñía a las líneas de mis hombros. Mi reflejo en el espejo del vestidor revelaba a un hombre tenso, con los ojos oscuros ardiendo con una expectación depredadora que hacía tiempo que no experimentaba.

Faltaban diez minutos para las ocho de la tarde.

Me quedé de pie frente a los enormes ventanales del salón, observando la ciudad iluminada allá abajo. La Plaza de Japón era una mancha verde atravesada por la luz de las farolas; sin embargo, mi atención se centraba únicamente en los sonidos del pasillo. Había dado instrucciones a mi portero de confianza, un exmilitar al que pagaba una fortuna para que mantuviera la boca cerrada, para que le permitiera subir sin llamar por el interfono. Quería que su llegada fuera inmediata, íntima y sin restricciones.

El reloj digital del panel del horno marcaba las veinte horas.

La precisión de la hora me hizo esbozar una sonrisa. Aline no solo era valiente; era puntual. Una alumna aplicada en el arte de acatar órdenes.

Un minuto después, el chasquido metálico e inconfundible de la puerta del ascensor privado al desbloquearse interrumpió el jazz.

Giré el cuerpo lentamente sobre mis talones. Mi corazón dio un golpe brutal contra mis costillas, como si un mazo invisible me hubiera golpeado en el pecho. Se me cortó la respiración.

La puerta de caoba maciza se abrió lentamente y ella entró.

El pasillo, escasamente iluminado, proyectaba sombras sobre su rostro, pero cuando Aline dio un paso adelante y entró en el haz de luz del vestíbulo, mi mundo dejó de dar vueltas. Llevaba un abrigo largo de lana (que enseguida me di cuenta de que ocultaba las curvas de su cuerpo de forma tentadora) y sostenía un pequeño bolso de cuero apretado contra el pecho. Llevaba el pelo oscuro suelto, los labios rojos y ligeramente húmedos, y los ojos castaños muy abiertos, recorriendo con la mirada el lujoso ambiente de mi ático antes de, inevitablemente, encontrarse con los míos.

Estaba aterrorizada y... maravillosa.

Caminé hacia ella, acortando la distancia que nos separaba con pasos lentos y medidos, como un lobo que acorrala a su presa. Con cada paso mío, la respiración de Aline se volvía más superficial, con el pecho subiendo y bajando aceleradamente bajo la lana del abrigo.

Me detuve a apenas unos centímetros de ella. El aroma dulce y embriagador de su perfume invadió mis sentidos, pero, durante un instante ensordecedor, el peso de la realidad se abatió sobre mis hombros. La alarma roja de mi cordura resonó con fuerza.

¿Qué coño estoy haciendo?

Contemplé sus rasgos delicados, la vibrante juventud que irradiaba. Aline era joven y la única heredera de mi socio. El instinto de autoconservación, agudizado por años de frialdad y cálculo en los tribunales, me gritó que retrocediera. *«Despídela ahora mismo»*, ordenó mi razón. *Abre la puerta, llama al ascensor y entierra esta locura antes de que el daño sea irreversible.*

Abrí la boca. La orden tajante para expulsarla ya estaba en la punta de mi lengua.

Entonces, mi mirada descendió desde los ojos asustados de Aline hasta la curva de su cuello pálido, sutilmente al descubierto bajo el cuello de la chaqueta. Su respiración cálida y entrecortada rozó mi pecho, y la vulnerabilidad de esa entrega ciega aniquiló mi lógica. En un abrir y cerrar de ojos, la moralidad y el miedo a las consecuencias quedaron aplastados por un deseo tan primitivo, posesivo y oscuro que me dejó aturdido.

Prefería la ruina, ver mi bufete ardiendo en llamas antes que renunciar a la mujer que estaba allí, temblando, pero dispuesta a quemarse conmigo. El instinto de conservación perdió la batalla.

—Has venido —murmuré; mi voz salió como un susurro áspero y grave, cargado con la intensidad de mi rendición al caos.

Ella no retrocedió. A pesar de temblar, con el pánico por la familia, la sociedad y las consecuencias palpitando en sus venas, Aline levantó la barbilla, repitiendo el mismo gesto audaz que me había desarmado en la biblioteca.

—Me dijiste que no llegara tarde, Henrique.

Una sonrisa depredadora se dibujó por fin en mi rostro. La farsa había terminado. El abismo de la edad, la racionalidad, la oficina, las convenciones sociales y la ira de Roberto... que todo eso se fuera al mismísimo infierno. Levanté la mano derecha y recorrí el contorno de su mandíbula con el dorso de los dedos, sintiendo cómo la suave piel ardía bajo mi tacto.

—Bienvenida a mi mundo, Aline —murmuré, clavando la mirada en sus labios—. Aquí dentro, la única ley que vas a respetar es la mía.



ALINE
Ferraz

Capítulo 5

La frase que él acababa de pronunciar flotaba en el aire entre nosotros, densa y peligrosa. «Aquí dentro, la única ley que vas a respetar es la mía».

El sonido de aquella orden, pronunciada con la voz grave y embriagadora de Henrique, fue el detonante definitivo. La chica sumisa, que se había pasado toda la vida inclinando la cabeza ante las normas dictadas por mi padre, murió en ese mismo instante en el vestíbulo de aquel ático. El miedo a ser descubierta, el pavor al escándalo y la sombra de la deshonra se evaporaron. En lugar de la chica asustada, una mujer hambrienta, impulsada por años de deseo reprimido, abrió por fin los ojos.

No dudé. No retrocedí. Levanté las manos temblorosas y, sin apartar la mirada de sus ojos oscuros y depredadores, me desabroché el abrigo de lana. Dejé que la pesada prenda se deslizara por mis hombros y cayera con un golpe sordo sobre el suelo de madera pulida. Mi pequeño bolso de cuero corrió la misma suerte.

Allí estaba yo, completamente despojada de mis defensas, ofreciendo mi vulnerabilidad al hombre que dominaba mis sueños.

La mirada de Henrique recorrió mi cuerpo, deteniéndose en las sutiles curvas que marcaba el vestido blanco. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, la cortesía que mostraba en los tribunales había desaparecido por completo. Lo que quedaba era un hambre primitiva, cruda y arrolladora.

Acortó los pocos milímetros que nos separaban. Sus manos grandes y firmes me agarraron por la cintura con una posesividad que me dejó sin aliento. Me atrajo hacia su cuerpo duro; el impacto me hizo jadear. Henrique no pidió permiso, solo inclinó la cabeza y se apoderó de mi boca con una urgencia brutal.

El beso fue una colisión de estrellas. Sus labios abrieron los míos con autoridad, y su lengua caliente invadió mi boca en un beso profundo y desesperado. Nunca me habían besado así. Era una invasión deliciosa, una danza salvaje que me dejó mareada al instante. Mis manos, movidas por un instinto recién despertado, volaron hacia su cabello oscuro, enredando mis dedos en sus gruesos mechones, atrayéndolo hacia mí, deseando fundir nuestros cuerpos en uno solo.

Gemí en voz baja contra su boca, correspondiendo al beso con una ferocidad que lo sorprendió. Noté una sonrisa contra mis labios antes de que me levantara del suelo con una facilidad aterradora. Enrosqué las piernas alrededor de su cadera, presionando mi intimidad contra la dura evidencia de su excitación bajo los pantalones a medida.

Henrique me llevó en brazos por el pasillo, avanzando a grandes zancadas sin dejar de besarme. Su piso era una mancha difusa de luces indirectas y tonos fríos, pero el calor que irradiábamos los dos era capaz de incendiar todo el edificio.

Cuando mi espalda tocó la suavidad de las sábanas de hilo egipcio en la inmensa cama, la realidad de lo que estaba a punto de suceder me golpeó, pero no con pánico. Fue con una euforia deslumbrante. Estaba en la cama de Henrique. El amor de mi vida. Mi secreto absoluto.

Se apartó lo justo para quitarse el jersey y lanzarlo lejos. Su pecho ancho, esculpido y ligeramente bronceado jadeaba ante mí. Sus ojos eran un abismo de lujuria cuando se inclinó sobre mi cuerpo. Sus ágiles dedos subieron por el dobladillo de mi vestido, tirando de él por encima de mi cabeza con una urgencia febril.

Me quedé sola en lencería de encaje de color claro bajo la mirada escrutadora del hombre más poderoso que conocía. Sentí cómo se me sonrojaban las mejillas. Era inexperta. Mi cuerpo, aunque curvilíneo, carecía de la sofisticación de las mujeres a las que él estaba acostumbrado. Intenté cruzar los brazos sobre el pecho en un gesto de pudor, pero él fue más rápido. Henrique me sujetó las muñecas con una mano y me las inmovilizó por encima de la cabeza contra el colchón.

—No te atrevas a esconderte de mí, Aline —susurró con voz ronca, que me hizo estremecer—. Eres la visión más espectacular que ha habido jamás en esta cama.

El cumplido hizo que mi corazón latiera tan fuerte que creí que me iba a partir el pecho. Me soltó las muñecas y bajó la boca hacia mi cuello. Su aliento cálido rozaba mi piel sensible, provocándome una oleada de escalofríos incontrolables. Sus labios dejaron un rastro húmedo y ardiente por mi cuello, descendiendo hasta mi clavícula, hasta que desabrochó mi sujetador con un movimiento hábil.

Cuando mis pechos quedaron al descubierto, Henrique soltó un suspiro profundo, casi reverente. Su boca caliente encontró mi piel y empezó a besar, lamer y chupar mis pezones con una dedicación que me arrancó el primer grito audible de la noche. Arquee la espalda, ofreciéndome a él, con las manos extendidas sobre sus anchos hombros, sintiendo la textura de su piel bajo mis uñas. La sensación de su lengua estimulándome los pechos enviaba descargas eléctricas directamente a mi bajo vientre, creando una humedad dolorosa y una necesidad que no sabía cómo saciar.

Estaba descubriendo mi cuerpo bajo la adoración de Henrique. Dejaba de ser la chica callada y me convertía en un cuerpo vibrando de deseo, exigiendo más, queriendo más...

Henrique fue bajando con sus besos por mi abdomen, con los labios calientes rodeando mi ombligo, hasta que sus grandes manos alcanzaron el borde de mis bragas. Me las bajó por las piernas y las tiró al suelo. El aire acondicionado de la habitación rozó mi intimidad al descubierto, pero la sensación de frío duró solo un segundo.

Me separó los muslos y se arrodilló entre ellos. Cuando me di cuenta de su intención, un rubor intenso se apoderó de mi rostro e intenté cerrar las piernas en un instinto primitivo de protección.

—Henrique, no... yo... no sé... —balbuceé, con la respiración entrecortada.

—Confía en mí. Solo siente —me ordenó, con esa mirada oscura que brillaba con una posesividad que me desarmó por completo.

Sus manos me sujetaron con firmeza por las caderas, anclándome al colchón, y entonces Henrique bajó la cabeza. El tacto húmedo y cálido de su lengua contra mi punto más sensible fue una explosión nuclear. Grité, hundiendo los dedos en las sábanas, con todo mi cuerpo tensándose como la cuerda de un arco. Su lengua exploraba, provocaba y adoraba mi intimidad con una maestría letal. Con cada movimiento rítmico y profundo de su boca, sentía cómo la cordura se me escapaba.

El placer era abrumador, agudo, ciego. Me retorció, con las manos volando hacia su cabello oscuro, sin saber si quería atraerlo más hacia mí o suplicarle que parara antes de que muriera por tanta intensidad. No me dejó elección. Henrique chupaba y succionaba con un apetito inagotable, llevándome al borde de un precipicio. La tensión se acumuló en mi vientre en una espiral incontrolable, hasta que todo estalló a mi alrededor.

Un grito largo y ronco brotó de mi garganta con mi primer orgasmo. Mi cuerpo tembló violentamente, dominado por espasmos de puro éxtasis, mientras él seguía venerándome durante el clímax, bebiendo mis suspiros como si fueran su salvación.

Me quedé tendida sobre las sábanas, jadeando, con lágrimas de alivio y pura emoción resbalando por las comisuras de mis ojos. Nunca había sentido nada tan trascendental.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Henrique se deslizó por mi cuerpo. Se quitó los pantalones y los calzoncillos con una agilidad depredadora. Su miembro, caliente y rígido, rozó mi muslo. Se colocó sobre mí, el peso de su fuerte cuerpo sostenido por sus brazos esculpidos. Su rostro maduro y deslumbrante estaba a centímetros del mío, su respiración entrecortada mezclándose con la mía.

Henrique presionó su pene contra mi entrada, con su calor buscando el mío. Sentí el primer contacto de su intimidad y mi cuerpo se tensó instintivamente. El miedo a lo desconocido volvió a brillar en mis ojos.

Henrique se detuvo de inmediato. Su mirada depredadora vaciló durante una fracción de segundo, sustituida por la sorpresa al percibir la tensión de mi cuerpo.

—Aline... —susurró, con una voz ronca por la excitación, pero teñida de una claridad repentina—. Tú... tú nunca...

No pude hablar. Solo asentí con la cabeza, confirmándolo. Era virgen. La «hija de Roberto», protegida del mundo, estaba

entregando su pureza en la cama del soltero más implacable de Curitiba.

Vi cómo el conflicto se reflejaba en el rostro de Henrique. El peso de lo que aquello significaba. Quitarle la virginidad a la hija de su socio era un pecado capital, una condena sin vuelta atrás. La parte lógica y fría de su cerebro debió de gritarle que diera marcha atrás, que se vistiera y me echara antes de que el daño fuera irreparable. Sin embargo, el brillo que apareció en sus ojos oscuros justo después no era de arrepentimiento.

Era de una posesión letal e indomable.

Saber que él sería el primero, el único, encendió en él una hoguera de orgullo sombrío. Apretó la mandíbula. Henrique no iba a dar marcha atrás.

—Mírame —exigió, con la voz entrecortada, con los ojos clavados en mi alma—. No cierres los ojos. Quiero que veas quién te está haciendo mía.

Obedecí, hipnotizada por la autoridad y la adoración de su mirada. Henrique se inclinó, pegando su boca a la mía en un beso dulce, profundo y reconfortante, y entonces, con un movimiento lento e inexorable, empezó a penetrarme.

La presión inicial me provocó una intensa molestia. Aspiré aire entre los dientes, clavándole las uñas en los hombros. El dolor fino y agudo de la penetración me hizo soltar un gemido ahogado contra sus labios. Henrique se detuvo en ese mismo instante, con todo su cuerpo temblando por el colosal esfuerzo de contenerse. Hundió el rostro en la curva de mi cuello, jadeando con fuerza y dándome tiempo para que mi cuerpo inexperto se acostumbrara a su tamaño y a aquella invasión.

—Respira, preciosa. Respira. Estoy aquí. Solo un poco más —susurraba palabras de consuelo contra mi piel, besándome el cuello y la clavícula con una ternura que contrastaba con la fuerza brutal del hombre que era.

Sentí cómo el calor interior de mi cuerpo cedía y se adaptaba a su presencia. El dolor punzante se transformó lentamente en una sensación de plenitud absurda, embriagadora. Estaba conectada a él. Mi corazón rebosaba de una emoción tan pura y gigantesca que creí que iba a estallar.

Moví sutilmente las caderas hacia arriba, una petición muda para que continuara. Henrique gruñó en voz baja y, con un último empujón, se hundió en mí por completo.

Jadeamos al unísono. La sensación de estar completamente llena de él era indescriptible.

El hombre al que amaba empezó a moverse. Al principio lo hizo despacio y con reverencia, asegurándose de que no sintiera más dolor. Sin embargo, la fricción de piel contra piel, el calor abrumador y el deseo reprimido no tardaron en tomar las riendas. Su ritmo se aceleró. Cada embestida era profunda, calculada para volverme loca. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el silencio de la habitación.

Para mí, cada beso que nos dábamos entre aquellas sábanas, cada gemido jadeante y cada entrelazamiento de dedos era la consumación de un amor eterno. Lo amaba con la pureza y la intensidad de quien ve su propia alma en el otro. Sin embargo, mientras yo me entregaba a aquel romance épico, la forma en que las manos de Henrique se clavaban en mis caderas, apretando mi piel con fuerza posesiva, susurrando palabras obscenas e imperativas contra mis labios, revelaba su otra cara. Para Henrique, aquello era la posesión definitiva. Estaba marcando su propio territorio. Yo no era solo la chica a la que amaba; era el secreto inconfesable, la joya prohibida que había robado ante las narices de su propio socio y que jamás devolvería.

Su ritmo se volvió frenético. Mi respiración estaba descoordinada, el sudor cubría nuestra piel. El placer volvió a acumularse, irradiándose desde el centro de mi cuerpo hasta la punta de mis dedos. Le arañaba la espalda, atrayéndolo hacia mí,

gritando su nombre como una plegaria en medio de la oscuridad de la habitación.

Henrique se tensó. Arqueó la espalda, con la respiración entrecortada, y tras unas últimas y profundas embestidas, su cuerpo se vio sacudido por un espasmo violento. El gemido grave y gutural que se le escapó de la garganta, mientras se corría dentro de mí, fue el sonido más maravilloso que jamás había oído.

Segundos después, mi propio clímax me arrolló de nuevo, arrastrado por las olas del suyo. Abracé su cuerpo pesado y caliente contra el mío, con nuestros corazones latiendo desacompanados y los pechos pegados, jadeando en busca de aire.

Henrique se derrumbó sobre mí, escondiendo el rostro en la curva de mi cuello, con sus brazos envolviéndome como un escudo infranqueable. Su peso era mi manta, mi ancla.

Cerré los ojos, sintiendo cómo las lágrimas me mojaban el rostro; sin embargo, esta vez eran lágrimas de pura felicidad. El abismo social, mi padre, las normas de la oficina... nada importaba.

—Te quiero —susurré en voz baja en la oscuridad, casi como un pensamiento que se me escapó por los labios, mi verdad más desnuda.

Sentí cómo los músculos de Henrique se tensaban ligeramente bajo mis manos al escuchar la confesión. No me respondió «te quiero». En cambio, aquel hombre maduro, quebrantado y reacio a los lazos emocionales, se limitó a levantar la cara y me besó en los labios con una dulzura poco habitual.

En aquella habitación oscura del ático, me había convertido en mujer. Mientras él me abrazaba con aire posesivo entre las sábanas desordenadas, supe que acababa de cerrar el trato más peligroso de mi vida. Era suya y, aunque sabía que aquel amor tendría que vivir recluido en las sombras y los secretos, no cambiaría el maravilloso infierno en el que acababa de entrar por ningún paraíso del mundo.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 6

El café expreso doble me bajaba amargo y caliente por la garganta, pero ni toda la cafeína del mundo habría sido capaz de disipar la espesa niebla que dominaba mi mente aquella mañana de lunes. De pie frente a la pared acristalada de mi despacho, observaba cómo fluía abajo el caótico tráfico de Curitiba, indiferente al hecho de que mi universo se hubiera descarrilado por completo.

Llevaba un traje italiano azul marino, hecho a medida, con la corbata de seda perfectamente alineada y la máscara de abogado implacable debidamente abrochada en el rostro. A los ojos de los abogados júnior y de las secretarias que circulaban por los pasillos de mármol de la planta, yo era el mismo Henrique de siempre: el engranaje frío, intocable y agresivo que hacía que la máquina de aquel bufete triturara a la competencia.

Sin embargo, la verdad, oscura y punzante, era que aún podía sentir su aroma en mi piel.

Cerré los ojos un segundo y el perfume dulzón de Aline invadió mis sentidos, mezclado con el recuerdo visual de las sábanas desordenadas de mi cama y de la sangre en la sábana. Sangre que atestiguaba mi condena definitiva. Le había quitado la virginidad a la chica a la que había visto crecer desde la distancia, que había estado bajo la protección del hombre que compartía conmigo las ganancias y los secretos de aquel imperio.

La racionalidad, esa misma voz fría que utilizaba para destrozar a los fiscales en las vistas, gritaba que había cometido la mayor cagada de mi vida. Lo que había hecho no era solo un coqueteo peligroso; era una ruleta rusa con el tambor cargado. Si la sociedad de Curitiba lo descubriera, el escándalo sería estratosférico. Si Roberto se lo imaginara siquiera... nuestra alianza corporativa implosionaría en una guerra civil que haría que las acciones de nuestro bufete se desplomaran de la noche a la mañana. Había cruzado la línea roja más imperdonable del código de honor masculino.

—¿Henrique?

El sonido de la pesada puerta de roble al abrirse interrumpió mis pensamientos. Giré el cuerpo lentamente, ajustándome el botón de la chaqueta con una calma ensayada, y miré de frente al hombre que acababa de entrar en mi despacho.

Roberto caminaba con su postura rígida de siempre, sujetando un maletín de cuero y luciendo esa expresión de patriarca severo e inquebrantable. El hombre al que, hacía menos de cuarenta y ocho horas, había traicionado de la forma más íntima posible.

—Buenos días, Roberto —lo saludé, con mi tono grave y monótono de siempre. Me acerqué a mi sillón de cuero y me senté, cruzando las piernas e indicándole la silla frente a la mesa—. Supongo que has traído la contestación de la constructora.

—Buenos días. Sí, la he traído —respondió, acomodándose y abriendo el maletín—. Me he pasado el fin de semana revisando los argumentos. La tesis de la prescripción es sólida, pero quiero que eches un vistazo a la alegación preliminar de incompetencia. El juez del Juzgado n.º 3 es un conservador nato, tenemos que jugar a su juego.

—Déjame a mí. Reescribiré la alegación preliminar antes de comer y me aseguraré de que no encuentre ningún resquicio para rechazarla.

Roberto asintió, visiblemente satisfecho. Se recostó en la silla, se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz en un raro gesto de cansancio.

—Sabes, Henrique... —comenzó, con un tono de voz que perdía un poco de esa aspereza forense y adquiría un matiz casi paternal que me provocó un nudo en el estómago—. Tener un socio como tú es lo que me permite dormir tranquilo por las noches. Sé que este bufete está en buenas manos. La lealtad que hemos forjado a lo largo de estos años es poco común en este ámbito.

Mantuve su mirada. No aparté los ojos, no parpadeé con más frecuencia, no permití que ningún músculo de mi rostro delatara la tormenta depredadora y culpable que aullaba en mi interior. Era un maestro en el arte del disimulo.

—La lealtad es la base de cualquier contrato que se precie, Roberto —respondí, sin titubear. El sabor de la mentira era ácido, pero me lo tragué sin inmutarme.

Mientras él se volvía a poner las gafas y disertaba sobre plazos procesales y beneficios trimestrales, yo lo observaba. Allí estaba el pilar de la moralidad de Curitiba, el defensor de las buenas costumbres y de la familia tradicional. Sin embargo, yo conocía las maniobras ilícitas que ya había aprobado para salvar a clientes ricos. Conocía las hipocresías que sustentaban aquel traje caro. La élite estaba sumida en secretos sórdidos, y yo no iba a ser el mártir que se pusiera la corona de espinas.

«El que nunca haya cometido un pecado, que tire la primera piedra», pensé, sintiendo cómo una sonrisa cínica amenazaba con rasgarme los labios.

La culpa que había intentado atormentarme hacía un rato quedó rápidamente ahogada por una constatación mucho más sombría y letal: no me arrepentía. Ni por asomo. El peligro no me asustaba; me estimulaba. La idea de orquestar la mayor transgresión de mi vida justo delante de las narices de Roberto, sonriéndole durante el día, mientras poseía a su hija por la noche, inyectaba en mis venas un nivel de adrenalina que ninguna victoria en los tribunales había logrado jamás.

Aline no era solo un error. Era mi adicción más peligrosa.

El recuerdo de cómo había gritado mi nombre, arañándome la espalda, mientras se derretía debajo de mí, hizo que mi cuerpo reaccionara al instante. La tensión se acumuló en mi entrepierna de forma casi dolorosa. La quería de nuevo: quería la audacia que ocultaba a su padre y la entrega absoluta que reservaba solo para mí.

—... Entonces, le pediré a la secretaria que fije la reunión con los acreedores para el miércoles —concluyó Roberto, recogiendo sus documentos.

—Perfecto. Estaré en la sala de reuniones a las diez —confirmé, levantándome para acompañarle hasta la puerta, interpretando a la perfección mi papel de socio impecable.

—Hasta luego, Henrique. Ah, y Aline te manda saludos. Hoy, durante el desayuno, comentó que tenías razón sobre el nivel de exigencia de los tribunales. Parece que tu «charla» de la semana pasada realmente la puso en su sitio.

La brutal ironía de aquella declaración fue una puñalada deliciosa.

—Me alegro de haber ayudado, Roberto. Dile que el aprendizaje... solo acaba de empezar.

En cuanto salió y el clic de la cerradura electrónica resonó en la sala vacía, apoyé ambas manos sobre la mesa de cristal. Mi reflejo me devolvía la mirada. El hombre que se reflejaba allí no era un santo, ni lo sería jamás. Yo era un depredador que había encontrado el premio más valioso de su vida. El juego había cambiado por completo y, mientras la sociedad pensaba que yo no era más que el lobo que cuidaba del dinero, nadie imaginaba que ya me había devorado a la heredera.

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y desbloqueé la pantalla rápidamente. Abrí la conversación cifrada que se había convertido en mi vía directa hacia la perdición.

Henrique:

Prepárate. Mi chófer te recogerá a dos manzanas de la facultad a las diecinueve horas. No le hagas esperar. Y hoy no te pongas bragas debajo del vestido.

Envié el mensaje, sintiendo cómo la oscura y embriagadora expectación se apoderaba de todo mi cuerpo. El pecado nunca había sabido tan bien.



ALINE *Ferraz*

Capítulo 7

Cuatro meses...

Ciento veintidós días viviendo al límite, equilibrándome entre el cielo y el infierno, entre la fría luz de la casa de mi padre y la oscuridad incandescente del ático de Henrique.

Mi vida se había convertido en una peligrosa y embriagadora obra de ficción. Para el doctor Roberto y para la sociedad de Curitiba, yo seguía siendo la misma Aline de siempre: la impecable estudiante de primer curso de Derecho, la hija callada y obediente que pasaba los fines de semana absorta en los pesados manuales de jurisprudencia, vestida con ropa en tonos pastel y sonriendo cordialmente en las cenas de la alta sociedad. Pero, bajo esa coraza de porcelana, yo era una mujer que había descubierto el gusto por el peligro y que pertenecía, en cuerpo y alma, al socio de mi propio padre.

Nuestro romance clandestino era una adicción letal. Henrique no era un hombre de medias tintas. La posesividad con la que me trataba a puerta cerrada contrastaba de forma casi esquizofrénica con la frialdad que manteníamos en público. Había una dosis absurda de adrenalina al sentarme a la mesa del comedor de mi propia casa, escuchando a mi padre disertar sobre estrategias fiscales, mientras, bajo el mantel de lino almidonado, la punta del zapato de cuero de Henrique rozaba mi tobillo, una promesa silenciosa y lasciva de lo que haríamos horas más tarde.

Estaba irremediablemente enamorada. Ciega, embriagada y completamente dependiente de esa pasión. Henrique era mi aire, mi válvula de escape. Las noches en las que conseguía mentir a mi madre, inventándome grupos de estudio o madrugadas en la biblioteca de la universidad, corría a su piso. Allí, entre las sábanas de hilo egipcio, él me despojaba de mis inseguridades, me veneraba, me poseía con un ansia que me hacía sentir la criatura más preciosa del universo. Creía, con la ingenuidad típica de quien nunca había sido amada de verdad, que éramos invencibles. Que aquel secreto no era más que una fase provisional antes de que él, el hombre poderoso e intocable, decidiera por fin enfrentarse al mundo para reconocermé.

Pero la biología no entiende de secretos, y el destino no respeta los plazos.

Todo empezó un martes gris, típico del invierno de Curitiba. El viento aullaba contra las enormes ventanas del Edificio Histórico de la Universidad Federal de Paraná, en la plaza Santos Andrade. Estaba sentada en la segunda fila del aula, intentando concentrarme en la voz monótona del profesor de Derecho Penal, cuando una repentina oleada de calor me subió por la nuca.

El olor a café fuerte, que emanaba del termo de un compañero sentado delante de mí, llegó a mis fosas nasales no con el aroma reconfortante de siempre, sino como un puñetazo en el estómago. Una náusea violenta, ácida e inmediata me revolvió las entrañas.

Contuve la respiración, tragando saliva en seco, mientras mi piel se cubría de un sudor frío y pegajoso. Intenté ignorarlo, pero el mareo hizo que las letras de mi cuaderno se volvieran borrosas. Mi corazón se aceleró. Me levanté bruscamente, haciendo que la silla de madera crujiera contra el suelo antiguo, lo que atrajo la mirada de media docena de alumnos y del propio profesor.

—Disculpen... —murmuré con voz entrecortada, agarrando mi bolso antes de salir prácticamente corriendo del aula.

Atravesé los amplios y gélidos pasillos del edificio histórico y empujé la puerta del baño de chicas. Corrí hacia la primera cabina, caí de rodillas sobre el suelo de cerámica fría y me incliné sobre el inodoro, vomitando lo poco que había comido en el desayuno.

Me quedé allí durante largos minutos, jadeando, con las manos temblorosas agarradas a los bordes de la porcelana fría. Cuando mi estómago por fin se calmó, me levanté despacio y caminé hasta los lavabos. Abrí el grifo, me eché agua helada en la cara y me miré en el espejo.

Mi piel tenía una palidez cadavérica. Tenía los ojos muy abiertos, atormentados por una constatación que llevaba más de dos semanas relegando al fondo de mi mente.

Retraso.

Mi menstruación era un reloj suizo. Nunca fallaba. Sin embargo, inmersa en el caos de fin de semestre y en la intensidad de mis escapadas nocturnas a los brazos de Henrique, había ignorado el calendario. Siempre habíamos sido precavidos. Él era un hombre controlador, metódico, que no dejaba margen para el error. Pero la falibilidad de los métodos, ese minúsculo y terrible porcentaje de fallo sobre el que advierte la medicina, de repente parecía haberse materializado para cobrar su precio.

—No. No puede ser. Solo es el estrés. Los exámenes... la presión de mi padre —susurré al espejo, con la voz reducida a un hilo tembloroso.

Sin embargo, la mentira no encontró eco. Mi cuerpo estaba diferente. La hinchazón en los pechos que había atribuido al síndrome premenstrual, el sueño abrumador que me derribaba a media tarde... las señales estaban todas ahí, brillando como luces de emergencia.

Salí de la universidad como un fantasma. No llamé al chófer de mi padre. Caminé por las calles húmedas del centro de Curitiba; la llovizna fina mojaba mi pelo y mi abrigo de lana. Necesitaba una farmacia, pero no podía entrar en ninguna de las farmacias de los barrios acomodados donde los amigos de mis padres pudieran reconocerme. Cogí un taxi en la calle y le pedí al conductor que me llevara a un barrio más alejado, en la zona sur de la ciudad.

El trayecto duró veinte minutos que me parecieron una eternidad. Con cada semáforo en rojo, mi ansiedad aumentaba. Me bajé frente a una farmacia de una cadena, me subí el cuello del abrigo hasta casi taparme la cara y entré. Fui directamente al pasillo de las pruebas de embarazo. Las cajas de colores parecían gritarme. Cogí dos marcas diferentes, con las manos temblando tanto que una de ellas casi se me cae al suelo. Fui a la caja, entregué el dinero y salí sin esperar el cambio.

No volví a casa. No podía hacerlo en el baño de la mansión, sabiendo que mi madre o las empleadas podrían llamar a la puerta. Entré en una pequeña cafetería vacía en la siguiente esquina, pedí un té que no me iba a tomar y me encerré en el baño del local.

La habitación era minúscula y olía a desinfectante de lavanda. Me senté en la tapa cerrada del inodoro, rasgué el envase de cartón con una urgencia desesperada y leí las instrucciones que mi vista borrosa apenas lograba enfocar.

Hice lo que había que hacer con las dos pruebas.

Dejé las varillas de plástico sobre el fregadero blanco. El folleto indicaba que había que esperar tres minutos.

Ciento ochenta segundos.

Apoyé la frente contra el azulejo helado de la pared, con los ojos bien cerrados, los dientes clavados en el labio inferior hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Empecé a rezar. Yo, que nunca había sido devota, imploré a todos los santos, al universo, al destino. Pedí piedad.

Mi mente se vio invadida por la figura de mi padre. El doctor Roberto, el abogado implacable, el hombre cuya imagen de rectitud moral y perfección familiar era la piedra angular de su imperio. Me imaginé la furia en su rostro y el asco en sus ojos al descubrir que su impecable hija, la heredera de su linaje jurídico, estaba embarazada a los dieciocho años. La mera idea de un embarazo no deseado ya habría bastado para que me echaran de casa; pero un embarazo cuyo padre era su mejor amigo, su socio de confianza... eso no era solo un escándalo. Era la aniquilación total del nombre de nuestra familia. Mi padre me destruiría. Me borraría de su existencia con la misma frialdad con la que rescindía un contrato.

Sonó la alarma de mi móvil, que yo había programado.

El sonido agudo resonó en los azulejos del baño como la trompeta del Juicio Final.

Lentamente, como quien camina hacia la horca, abrí los ojos y me incliné sobre el lavabo.

No había lugar para ambigüedades. No había una línea tenue, ni un error de lectura. Las ventanas de resultado de ambas pruebas gritaban la misma sentencia, nítida, oscura e irrefutable.

Dos rayas rojas.

Embarazada.

Se me cortó la respiración. Las rodillas me fallaron al instante y me desplomé sobre el suelo sucio del baño de la cafetería.

Apreté las manos contra mi vientre, aún liso e invisible para el mundo. Un sollozo agudo y animal me rasgó la garganta, y tuve que morderme la manga de la chaqueta para no gritar. El pánico era

glacial, absoluto, una oscuridad tan densa que me cegaba. Mi vida se había acabado. La universidad, mi reputación, mi seguridad... todo se había convertido en polvo.

Lloré hasta el agotamiento, temblando sobre el suelo frío, sintiendo cómo el peso del mundo aplastaba mis hombros. Estaba acorralada, embarazada y aterrorizada.

Entonces, en medio de la tormenta de desesperación que azotaba mi mente, un nombre surgió como un faro en la oscuridad. Un nombre que ahuyentó los fantasmas de mi padre.

Henrique.

Levanté el rostro, bañado en lágrimas, sintiendo cómo se agitaba mi pecho.

Henrique no era un adolescente asustado, ni un chico que huía de las responsabilidades. Henrique era un gigante. Un hombre poderoso, rico e inquebrantable. Era el socio principal que ponía en su sitio al mismísimo Roberto cuando era necesario.

Recordé las noches en la oscuridad del ático, el peso de su cuerpo sobre el mío, sus fuertes manos sujetándome la cara, mientras me decía, con una convicción feroz, que yo era *suya*. Recordé el momento en la biblioteca, cuando juró que mataría y moriría antes de permitir que nadie, ni siquiera mi padre, me destruyera.

Una chispa de esperanza ingenua, ciega y desesperada se encendió en mi pecho.

Él no me abandonaría. Le encantaba tener el control, sí, pero me quería. Yo era su mujer. Henrique sabía qué hacer y se enfrentaría a mi padre. Era un abogado con recursos, influencia y poder para protegernos, y me quitaría de encima el peso de la ira de mi padre. Podríamos ser una familia. La mente de una chica de dieciocho años presa del pánico tejó rápidamente un guion en el que el hombre fuerte y apasionado asumía la culpa, la guerra y la protección de nuestro milagro.

Me levanté de un salto. Metí las pruebas en el fondo de mi bolso, me lavé la cara a toda prisa y salí de la cafetería.

La lluvia se había intensificado ahí fuera, pero no sentía frío. La desesperación había dado paso a una urgencia febril.

Pedí un coche desde una app directamente a su dirección en Batel. El reloj marcaba poco más de las cuatro de la tarde. Sabía que aquel día no estaría en el juzgado; era el día que reservaba para redactar textos complejos en el despacho de su ático.

El coche se abrió paso entre el tráfico de la ciudad, mientras yo repasaba mentalmente las mil formas de darle la noticia. Me imaginaba la sorpresa inicial en su rostro guapo y maduro, seguida de esa determinación práctica y protectora que tanto admiraba. Necesitaba sus brazos. Necesitaba su olor para calmar los temblores que aún sacudían mis manos.

Llegué al lujoso edificio de fachada acristalada. El portero, que ya conocía mi rostro de mis visitas nocturnas clandestinas, asintió discretamente y abrió el torniquete, permitiéndome entrar en el ascensor privado.

El trayecto hasta la planta veinticinco me pareció que duró siglos. El silencio de la cabina espejada reflejaba mi pálida imagen, el pelo húmedo por la lluvia y los ojos enrojecidos y ansiosos.

Él me protegerá. Juró que yo era suya.

El timbre de llegada sonó suavemente. La puerta del ascensor se deslizó en silencio, abriéndose directamente al vestíbulo del ático de Henrique.

El ambiente estaba bañado por la fría luz de la tarde que entraba por los enormes ventanales de cristal del salón. El piso estaba impecable, como siempre, silencioso y majestuoso.

—¿Henrique? —llamé con voz temblorosa, apretándome el bolso con fuerza contra el pecho.

Oí el sonido de unos pasos en el pasillo que conducía a su despacho privado.

Apareció en la sala. Llevaba una camisa blanca de vestir, sin corbata, con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto sus fuertes antebrazos; su cabello oscuro estaba ligeramente despeinado por haber estado trabajando. Al verme, la sorpresa se reflejó en sus ojos castaños. Se detuvo en medio de la sala; su postura relajada se desvaneció en una milésima de segundo, sustituida por el instinto alerta del depredador.

—Aline, ¿qué haces aquí a estas horas? —Su voz sonó baja y cargada de reproche—. Te dije que las citas a plena luz del día son peligrosas. Tu chófer lo sabe...

No terminó la frase. Su mirada penetrante examinó mi rostro, leyendo al instante el pánico absoluto, el agotamiento y las lágrimas contenidas que hacían temblar mi barbilla.

Su irritación se disipó; Henrique cruzó la sala con zancadas largas y rápidas, deteniéndose a unos centímetros de mí. Sus manos grandes y cálidas me sujetaron los hombros con firmeza; el calor de su tacto actuó como un imán que hizo que mi resistencia se viniera abajo.

—¿Qué ha pasado? —Su tono era imperativo, exigiendo la verdad con la autoridad de quien no acepta secretos—. ¿Alguien nos ha descubierto? ¿Ha sido tu padre? ¿Te ha hecho algo Roberto? Háblame, Aline.

Miré el rostro del hombre al que amaba. Mi única salvación.

Abrí la boca, con las palabras atascadas en un nudo asfixiante. La ingenua esperanza ardía en mi pecho, la certeza absoluta de que, en cuanto pronunciara las palabras, él me abrazaría y me diría que lucharíamos juntos.

—No fue mi padre... —susurré, mientras la primera lágrima caliente resbalaba por mi mejilla pálida—. Nadie nos ha descubierto, Henrique.

—Entonces, ¿por qué estás temblando como una hoja, por el amor de Dios?

Respiré hondo. La frase más aterradora de mi vida brotó de mis labios en un suspiro frágil, depositando mi destino, mi vida y la vida que crecía en mi interior en sus manos.

—Henrique... estoy embarazada.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 8

Creía que tenía el control absoluto de todo lo que me rodeaba. Creía, con la arrogancia típica de quien nunca había perdido una batalla, que mi vida y nuestro romance clandestino eran una partida de ajedrez perfecta, en la que solo yo dictaba los movimientos.

Sin embargo, el destino tiene un sentido del humor sádico con los hombres que se creen dioses.

El silencio impecable del piso se rompió con un suave susurro procedente del salón. Me quedé paralizado. No esperaba a nadie, y mucho menos a media tarde de un día laborable.

Caminé con pasos firmes y silenciosos hasta la sala principal. Y entonces, me detuve en seco.

Aline estaba allí. La llave de repuesto que le había dado para emergencias claramente había sido utilizada. Estaba pálida como la cera, apretando el asa de su bolso con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos estaban blancos.

Cuando se percató de mi presencia, levantó la cara. Sus ojos castaños, normalmente tan intensos y llenos de vida, estaban nublados, enrojecidos y reflejaban una angustia profunda, casi palpable.

La sonrisa de sorpresa que amenazó con asomar en mis labios se apagó antes incluso de nacer.

—¿Aline? —Mi tono de voz perdió la formalidad y adquirió un matiz inmediato de alerta. Me acerqué a ella, olvidándome del cansancio del día, y me detuve a unos pocos pasos de distancia—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Ha pasado algo? ¿Se ha enterado tu padre de lo nuestro?

No respondió de inmediato. Su respiración era entrecortada y errática, como si el aire de aquel inmenso ático se hubiera agotado de repente. Tragó saliva, con los labios ligeramente temblorosos, luchando contra una tormenta interna que yo, en mi ceguera arrogante, aún era incapaz de descifrar.

—No ha sido mi padre —susurró, con una voz tan frágil que casi se perdió entre el sonido del jazz que sonaba de fondo.

—Entonces, ¿por qué estás temblando así? —Mi mente de abogado empezó a barajar hipótesis, calculando riesgos, buscando la raíz del problema para neutralizarlo—. Háblame. Sea lo que sea, yo lo resolveré.

Aline levantó la cara. La mirada que me lanzó rebosaba de una esperanza ciega, la ingenuidad desesperada de quien creía que yo era un héroe con armadura reluciente.

—Henrique... —Sus labios temblaron y se llevó las dos manos temblorosas al vientre—. Estoy... estoy embarazada.

La palabra no se pronunció. Se desató.

Embarazada.

El impacto de esa única palabra me golpeó el pecho con la fuerza de un tren descontrolado. El aire se esfumó de mis pulmones. El suelo de madera noble bajo mis pies pareció abrirse en un abismo negro e infinito. Durante un segundo ensordecedor, el mundo entero dejó de girar.

Entonces, el instinto de supervivencia, ese mismo monstruo frío y calculador que me había llevado a levantar un imperio financiero y a aplastar a decenas de oponentes en los tribunales, despertó con un rugido aterrador.

Mi mente se vio bombardeada por terribles imágenes de mi final. Roberto. La furia de mi socio principal al descubrir que había dejado embarazada a su hija de dieciocho años. La ruptura de la sociedad. Los titulares en los periódicos locales. El escándalo ante nuestros clientes millonarios. El Colegio de Abogados. El juicio moral de la élite de Curitiba. Mi libertad hecha añicos por un pañal, una cuna y un matrimonio forzado.

No vi un milagro en aquel vientre. Vi una granada sin pasador, lista para arrasar con todo lo que yo era.

Sentí cómo se me tensaba la mandíbula con tanta fuerza que me dolían los dientes. El pánico ciego que intentó asfixiarme fue rápidamente engullido por un mecanismo de defensa brutal. La empatía, el afecto y la pasión que sentía por ella quedaron encerrados en una caja fuerte, sellados bajo la gruesa e impenetrable capa de mi egoísmo.

Di un paso atrás, alejándome físicamente de ella. El abogado había entrado en la habitación.

—¿Henrique? —llamó Aline, con la voz entrecortada, extrañada por mi retroceso. La esperanza en sus ojos comenzó a vacilar, dando paso a una confusión dolorosa—. Henrique, por favor, di algo...

—No estás pensando con claridad, Aline —le dije.

Mi voz sonó tranquila. Fría. Desprovista de cualquier calidez o humanidad. El tono que utilizaba para desmontar a los testigos hostiles.

Me acerqué a la barra, cogí un vaso de whisky y di un generoso trago, sintiendo cómo el alcohol adormecía el temblor de mis manos. Evité mirarla a la cara, centrándome únicamente en el reflejo distorsionado del espejo de la barra.

—Esto es un error —continué, con las palabras sonando como cuchillas de hielo—. Un error colosal.

Oí cómo se le cortaba la respiración.

—¿Un error? —repitió ella, con la voz quebrada—. Henrique, es un bebé. Nuestro bebé. Podemos arreglarlo, dijiste que me protegerías de mi padre, dijiste...

—¡Dije muchas cosas en un contexto que no implicaba destruir mi vida por culpa de un capricho! —Me giré bruscamente, con la voz cada vez más alta y la racionalidad aplastando cualquier atisbo de romanticismo. Sus ojos se abrieron como platos, sorprendidos por la agresividad que emanaba de mí.

Aline dio un paso atrás, como si le hubiera dado una bofetada.

—Ese bebé no tiene nombre, Aline, y no tiene cabida en mi vida —solté, calculando cada palabra para levantar un muro infranqueable entre nosotros. El pánico a perder mi imperio me había vuelto ciego y cruel—. Siempre hemos tenido cuidado. Hemos sido meticulosos. Debes de haberte confundido con las pruebas, o...

Me detuve. La jugada más cobarde de todas se gestó en mi mente. La negación absoluta. La forma más rápida de eximirme de cualquier responsabilidad y obligarla a dar marcha atrás.

—¿O qué? —susurró ella, paralizada por el horror, con las lágrimas contenidas.

—O, francamente, no es mío —afirmé, sosteniendo su mirada con una frialdad que me provocó náuseas, pero que mantuve intacta—. Soy un hombre público. Un socio de tu padre. No voy a asumir un embarazo irresponsable basándome en la palabra de una chica de dieciocho años.

El silencio que siguió fue lo más violento que había presenciado jamás.

Vi, en tiempo real, cómo el corazón de Aline se hacía añicos dentro de su pecho. Se le fue todo el color de la cara. La ilusión de que vivíamos un amor épico y de que yo era su refugio se derrumbó, aplastada por la bota de mi cinismo. No tenía ante sí al hombre que la veneraba entre las sábanas, sino al implacable abogado que protegía sus propios intereses a cualquier precio.

—Estás mintiendo... —susurró, con una voz que no era más que un soplo de aire, negando la realidad que yo le estaba imponiendo—. Sabes que nunca he estado con nadie más. Fuiste el único. ¡Lo sabes!

—Lo que sé, Aline, es que mi carrera está en su apogeo —la interrumpí, dejando el vaso de cristal sobre la mesa con fuerza, de modo que el sonido seco resonó en la sala—. Tu padre me confía sus finanzas y la alta sociedad nos mira con reverencia. No voy a tirar por la borda nuestra asociación profesional, mi reputación y mi futuro por culpa de un error... Y tú tampoco deberías hacerlo.

Me acerqué de nuevo a ella, pero no la toqué. La miré de arriba abajo, con un aire y una presencia intimidantes para desestabilizarla.

—Tienes que arreglar esto —decreté, con un tono claro y autoritario—. Resuelve el problema, termina lo que has empezado y actúa como la mujer adulta que decías ser. Si tienes un mínimo de consideración por ti misma y por los dos, borrarás eso de tu memoria y te asegurarás de que Roberto nunca se entere.

Aline me miró.

Ya no le caían lágrimas. El shock había anestesiado el dolor, dejando solo una claridad dolorosa y devastadora en aquellos ojos castaños. La chica asustada que había entrado en mi piso hacía unos minutos, buscando refugio, había muerto allí mismo, asesinada por mi cobardía.

No gritó. No me insultó. No intentó pegarme ni suplicarme, como habrían hecho tantas otras mujeres en su lugar.

Aline solo dio un paso atrás, ajustándose la correa del bolso al hombro, con los ojos fijos en los míos con un desprecio tan gélido, tan profundo, que me puso los pelos de punta.

—Tiene razón, doctor Henrique —respondió ella. Su tono de voz era hueco, desprovisto de cualquier sentimiento. Era el tono de una desconocida—. Fue un error colosal. Y yo me encargaré de él. Yo sola.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

El sonido de la puerta del ascensor al abrirse y, acto seguido, al cerrarse, resonó como el golpe del martillo de un juez que dicta una sentencia de muerte.

Me quedé solo en medio del inmenso salón, perfectamente decorado. El jazz seguía sonando. El whisky seguía en el vaso. Mi imperio, mi bufete y mi nombre permanecían intactos, tal y como había exigido mi instinto de supervivencia. Había superado la crisis y sobrevivido.

Pero, mientras miraba el espacio vacío donde Aline había estado hacía unos segundos, un frío cortante comenzó a extenderse por mis venas. La victoria sabía a cenizas. Cogí el vaso de whisky y lo lancé con todas mis fuerzas contra la pared de espejos del bar.

El cristal se hizo añicos en mil pedazos, lloviendo sobre el mármol, pero el estruendo no fue suficiente para ahogar la voz que resonaba en mi cabeza, susurrándome, demasiado tarde, la magnitud imperdonable de la cagada que acababa de cometer.



ALINE
Ferraz

Capítulo 9

El sonido de las puertas metálicas del ascensor cerrándose a mis espaldas no fue solo un ruido mecánico; fue el golpe del martillo del juez dictando mi sentencia de muerte. La lujosa cabina espejada, que decenas de veces antes me había llevado a las nubes en los brazos del hombre al que amaba, ahora parecía un ataúd precipitándose en caída libre hacia el abismo.

No podía respirar. El aire se me había escapado por completo de los pulmones en la milésima de segundo exacta en que se había caído la máscara de Henrique.

«Este bebé no tiene cabida en mi vida».

Sus palabras resonaban en mi mente en un bucle enloquecedor, zumbando en mis oídos más fuerte que la música de fondo del ascensor. Apoyé la frente contra el espejo helado de la

cabina, sintiendo cómo mis piernas cedían bajo el peso aplastante de aquella traición. Mi corazón no solo estaba roto; había sido pulverizado, triturado, reducido a polvo bajo la suela del zapato italiano de mil dólares del hombre al que le había entregado mi alma.

«Debes de haberte confundido con las pruebas... O, francamente, no es mío».

Un sollozo violento, crudo y animal me desgarró la garganta. Apreté las manos contra el estómago, doblando el cuerpo por la mitad, mientras la cabina continuaba su descenso implacable. Henrique me había llamado mentirosa, me trató como a una cualquiera, una oportunista de tres al cuarto que intentaba tenderle una trampa para destruir su sociedad con mi padre. El hombre que besaba cada centímetro de mi piel, que juraba que yo era suya, que prometía protegerme del mundo entero... era el mismo monstruo del que necesitaba protección.

La ilusión de nuestro amor épico me fue arrebatada con la brutalidad de un disparo a quemarropa. Para él, nunca fui el gran amor de su vida. Yo era una aventura de riesgo calculado. Una distracción emocionante que, al convertirse en un inconveniente, debía ser tirada a la basura, borrada de la memoria como un error tipográfico en un contrato.

El ascensor llegó a la planta baja con una suave sacudida.

Alcé la cara. Mi reflejo en el espejo me asustó. Parecía un cadáver. La palidez de mi piel contrastaba con los ojos enrojecidos y desorbitados por el terror. Me sequé las lágrimas con el dorso de las manos temblorosas. No podía derrumbarme allí. El portero, que siempre me veía entrar y salir a escondidas, estaba en el vestíbulo.

Enderecé la espalda, me subí el cuello del abrigo de lana, intentando ocultar el rostro lo máximo posible, y pasé por conserjería con la cabeza gacha. La llovizna que caía sobre Curitiba se había convertido en una lluvia fina y helada.

Salí a caminar sin rumbo por la calle, con la lluvia mojándome el pelo y calándome la lana del abrigo. No sentía frío. Estaba entumecida; mi cuerpo funcionaba en piloto automático, impulsado por el puro impacto. Caminé por manzanas enteras, con los faros de los coches pasando a mi lado como manchas de luz en la niebla, hasta que el cansancio me obligó a detenerme bajo el toldo de una farmacia cerrada.

Saqué el móvil del bolso con los dedos entumecidos por el frío y pedí un coche desde una aplicación.

El trayecto de vuelta a la mansión de mi padre fue una tortura silenciosa. Apoyé la cabeza contra la luneta húmeda del coche, observando cómo pasaban los barrios residenciales, mientras una nueva y aterradora realidad empezaba a tomar forma en mi mente.

Si Henrique no iba a protegerme, estaba sola.

Absoluta y atterradoramente sola.

Me bajé una manzana antes de llegar a casa y recorrí el resto del camino a pie. La calle estaba desierta. Abrí la verja lateral con mi llave en silencio y entré por el jardín trasero, evitando la puerta principal.

La casa estaba sumida en un silencio denso y opresivo. Las luces del salón estaban apagadas, pero podía ver el resquicio de luz dorada que se colaba por debajo de la puerta de la biblioteca de mi padre. El olor a cera de suelo y lirios blancos, que siempre había sido el aroma oficial de nuestro arresto domiciliario, me golpeó con una intensidad nauseabunda.

Me quedé parada en el pasillo, mirando la puerta de aquel despacho.

Mi mente, frenética y presa del pánico, simuló la escena. Podría abrir aquella puerta. Podría entrar, sentarme en el sillón de cuero frente a mi padre y decirle la verdad. *Papá, estoy embarazada. Y el padre es tu socio, tu mejor amigo, el hombre al que le confías tus cuentas y tus secretos.*

La imagen de su reacción se formó con una claridad dolorosa. El doctor Roberto no me abrazaría. No me daría apoyo. Su rostro se pondría morado de odio. El escándalo sería colosal. La vergüenza pública, la humillación ante la sociedad de Curitiba, la mancha en el impecable nombre del bufete... Preferiría verme muerta antes que permitir que yo llevara esa deshonra a su casa.

Tras el estallido de furia, vendría la represalia. Henrique y mi padre eran hombres del mismo molde, hechos de la misma arcilla de poder y control. Mi padre nunca creería que yo fui la víctima de aquella seducción. Creería a Henrique, que lo negaría todo. Y aunque la verdad fuera irrefutable, la solución del doctor Roberto sería aún más brutal que la de su socio. Me encerraría en una habitación, me arrastraría a una de esas clínicas clandestinas de lujo en plena madrugada y me obligaría a arrancarme a mi bebé del vientre para limpiar la suciedad. ¿Y si me negara? Me echaría a la calle, sin un céntimo, sin mis documentos, maldiciendo mi nombre para siempre.

Cerré los ojos y, instintivamente, llevé mis manos heladas a mi vientre.

Había sido una hija sumisa toda mi vida. Había estudiado sus normas, me había vestido con la ropa que él aprobaba, había acallado mi propia voz para encajar en el marco perfecto de aquella familia enferma. Sin embargo, la sumisión murió en aquel pasillo. Un instinto feroz, primitivo e incontrolable rugió en mi sangre. El instinto maternal. Protegería a ese bebé, lo único que me quedaba en el mundo que fuera puramente mío, con mi propia vida.

No podía quedarme allí.

Subí las escaleras de mármol de puntillas, como un fantasma en mi propia casa. Entré en mi habitación y cerré la puerta con llave, sintiendo cómo el corazón me latía con tanta fuerza contra las costillas que creí que me iba a romper los huesos.

No encendí las luces. Avancé a tientas en la oscuridad hasta mi armario y saqué una pequeña maleta de lona oscura que solía

usar para los viajes cortos del instituto.

¿Qué te llevas cuando huyes para siempre?

Me temblaban las manos mientras abría los cajones. Dejé atrás los vestidos de diseño, los zapatos de tacón y los bolsos de piel importada que el dinero de mi padre había comprado. Eso ya no me pertenecía. Solo cogí lo imprescindible para sobrevivir a un invierno riguroso: tres pantalones vaqueros, jerséis de lana gruesa, calcetines gruesos, ropa interior, un par de zapatillas gastadas y el abrigo más abrigado que tenía.

Me acerqué a mi escritorio. La pálida luz de la luna entraba por la ventana, iluminando el pesado vademécum que descansaba sobre la mesa, rodeado de decenas de cuadernos de apuntes y tratados jurídicos. La brillante carrera, el destino que se había trazado para mí a base de sangre y sudor. Pasé los dedos temblorosos por la cubierta del libro de leyes. Aline, la estudiante de Derecho, estaba muerta.

Abrí el cajón secreto, el mismo en el que, durante meses, había guardado las notas y los recuerdos de mi romance con Henrique. Había una pequeña caja de terciopelo en su interior. El collar de perlas que él me había regalado. Miré la joya en la oscuridad, con el estómago revuelto por el asco. No quería ni un solo céntimo de aquel hombre. No quería nada que él hubiera tocado. Dejé la cajita allí dentro y cogí solo el sobre marrón donde estaba parte de la paga que había sacado del cajero automático. No era una fortuna, pero tendría que bastar. Metí el sobre en el bolso junto con mis documentos de identidad y mi pasaporte.

Miré a mi alrededor, a las paredes de mi habitación, ese santuario que parecía una jaula de cristal. Una lágrima caliente y solitaria resbaló por mi rostro, despidiéndose de la chica ingenua que murió aquella noche.

Respiré hondo, me eché la mochila al hombro, cogí la maleta pequeña y abrí la puerta.

La huida fue tan silenciosa como lo había sido siempre mi presencia en aquella casa. Bajé las escaleras entre las sombras, me deslicé por el pasillo de la cocina y salí por la puerta de servicio. La lluvia seguía cayendo, borrando mis huellas mientras atravesaba el jardín y salía a la calle, sumergiéndome en la oscuridad.

Era una fugitiva.

Caminé durante diez minutos bajo la lluvia antes de pedir otro coche. El destino que introduje en la aplicación era la única ruta de huida que mi mente, presa del pánico, fue capaz de trazar: *la estación intermodal de Curitiba*.

El inmenso vestíbulo de la estación de autobuses estaba sumido en una atmósfera desoladora cuando llegué. Las luces fluorescentes blancas y estériles parpadeaban en el alto techo, iluminando a decenas de personas dormidas sobre sus mochilas, viajeros nocturnos de rostros cansados y el suelo de terrazo manchado de huellas mojadas. El olor a café recalentado, gasóleo y desinfectante rancio impregnaba el aire.

Caminé hasta uno de los bancos de metal perforado en la zona de embarque interestatal. El frío del cemento se irradiaba por el suelo. Me senté, abrazando mi pequeña maleta y mis propias rodillas. Mi abrigo estaba húmedo y el pelo se me pegaba a la cara, pero la sensación térmica exterior no se comparaba con el hielo que me congelaba los huesos por dentro.

Miré los paneles electrónicos que anunciaban salidas hacia São Paulo, Río de Janeiro, Florianópolis y el interior de Paraná. ¿Adónde iría? ¿Cómo me escondería del doctor Roberto, un hombre que tenía suficiente influencia en la policía y en las altas esferas de la ciudad como para localizarme en cualquier estado del país? Y aunque lograra desaparecer en los suburbios de una metrópoli... ¿cómo viviría? El dinero del sobre marrón solo duraría unos meses. Estaba embarazada. Por lo tanto, no podría trabajar en un empleo físico, necesitaría citas médicas, un techo seguro.

El pánico volvió a clavar sus garras en mi garganta, asfixiándome. La magnitud de lo que acababa de hacer se abatió sobre mí. Estaba sentada en un banco metálico de una estación de autobuses por la noche, embarazada de un hombre que me había abandonado, condenada a la ruina por mi propio padre, sin rumbo, sin amigos, sin nadie.

Me abracé el vientre con fuerza e incliné el cuerpo hacia delante, con las lágrimas calientes goteando sobre la tela de mis vaqueros. El agotamiento emocional, el shock y el dolor físico del abandono me arrastraron al fondo de un pozo oscuro y sin fondo. No quería morir. Quería vivir por mi hijo. Pero no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Saqué el móvil del bolso con las manos temblorosas. La pantalla brilló, deslumbrando mi vista empañada por las lágrimas. Tenía cinco llamadas perdidas de mi madre; debía de haber ido a mi habitación y no me había encontrado.

Abrí el navegador de Internet. Mis dedos, entumecidos sobre el teclado digital, temblaban sin control.

Refugio para embarazadas en Curitiba.

Ayuda para madres solteras.

Cómo desaparecer.

Leía artículos y foros de forma frenética, con la mirada recorriendo páginas de instituciones abarrotadas, albergues peligrosos, relatos de mujeres que volvían con sus maltratadores por falta de opciones. Ninguna de esas opciones me salvaría de la implacable persecución de mi padre. Me encontraría en un refugio público en cuestión de días.

La batería de mi móvil marcaba un dieciocho por ciento.

Mi corazón latía con fuerza, hasta dolerme. Estaba a punto de rendirme, de apagar la pantalla y aceptar la derrota silenciosa en aquel banco frío, cuando algo captó mi atención en lo más profundo

de un antiguo foro, perdido en la tercera página de resultados de búsqueda de un grupo de apoyo a mujeres víctimas de violencia doméstica y abandono.

Era un breve comentario, escrito hacía más de dos años por una usuaria anónima.

*«Estaba pasando por un momento de desesperación y no sabía qué hacer, hasta que envié una carta y una petición de ayuda al **Apartado Postal 104**. No imaginaba que me responderían, pero recibí un milagro».*

Un milagro...

Fruncí el ceño, con las lágrimas suspendidas en las pestañas. Deslicé la pantalla temblorosa hacia abajo, en busca de más información. Había una leyenda urbana, un mito que se susurraba entre las mujeres de aquel foro. Hablaban de un refugio intocable, aislado en el interior. Hablaban de una red invisible de protección, dirigida por una Señora de las Cartas. Decían que el Apartado Postal 104 era la última puerta de esperanza para aquellas a quienes el mundo había dejado fuera.

¿Sería una estafa? ¿Un delirio de Internet?

Miré el sucio vestíbulo de la estación de autobuses, la lluvia que azotaba los cristales allá fuera. Mis recursos eran limitados. El odio de mi padre y el desprecio de Henrique eran absolutos. No podía permitirme el lujo de dudar. Si había una mínima parte de verdad en esa leyenda, era la única oportunidad de supervivencia para mí y para el bebé que dormía en mi vientre.

La urgencia sustituyó a la apatía. Abrí mi mochila, rebuscando entre la ropa hasta encontrar un cuaderno que había metido allí por impulso y un bolígrafo negro.

Apoyé el cuaderno sobre mis muslos, apretando con los dedos el plástico del bolígrafo hasta que se me pusieron blancas las articulaciones. El frío de la estación de autobuses ya no importaba.

Se me cortó la respiración mientras posaba la punta del bolígrafo sobre la hoja de papel rayado.

No había formalidades legales que cumplir, tesis, artículos de ley ni citas rebuscadas para impresionar a mi padre o seducir a Henrique. Solo había la desesperación cruda y sangrienta de una chica de dieciocho años que acababa de ver cómo todo su mundo se hacía añicos.

Escribí con letra temblorosa, rasgando el papel con la fuerza de mi pánico y mi dolor:

«No tengo adónde ir. El hombre al que amaba y que prometió protegerme se rió en mi cara cuando le dije que esperaba un hijo suyo y me ordenó que me deshiciera del embarazo, porque arruinaría su imperio de poder. Si mi padre descubre la verdad, me destruirá, borrará mi existencia o me obligará a matar a mi bebé para limpiar el nombre de la familia. No tengo medios para esconderme durante mucho tiempo. Son hombres ricos, influyentes y crueles. Me perseguirán y me arrebatarán lo único que me queda.

»Estoy sentada en un banco de la estación de autobuses de Curitiba. Tengo frío, no he dejado de llorar desde que me echaron de su piso, y tengo mucho miedo. Pero prefiero morir antes que volver allí. Por favor, si este buzón es real, si realmente existís... ayudadme.

»Me llamo Aline. Y solo quiero vivir en paz».

Arranqué la hoja del cuaderno con violencia y la doblé con las manos heladas.

Me levanté del banco de metal. Me dolía todo el cuerpo; el agotamiento físico y mental me estaba pasando una factura insoportable, pero obligué a mis pies a moverse. Caminé por los pasillos de la terminal, con mis zapatillas chirriando sobre el suelo húmedo, hasta encontrar un pequeño quiosco que aún tenía las luces encendidas.

Compré un sobre marrón sencillo y un sello. Metí la hoja rayada dentro, lo cerré y pegué el pequeño sello en la esquina superior, escribiendo la dirección del Apartado Postal 104 con letra temblorosa.

Volví a caminar por las instalaciones desiertas hasta encontrar un buzón amarillo de Correios situado junto a la zona de taquillas.

Me detuve ante la pequeña ranura de metal oxidado.

Mi corazón latía a toda velocidad contra mi pecho. Estaba a punto de enviar mi vida, mi dolor y mi último hilo de esperanza a la nada. A una leyenda de Internet.

Cerré los ojos, recé en silencio por el alma del hijo que crecía en mi interior y empujé el sobre por la rendija.

El papel sellado cayó en la oscuridad del buzón metálico con un ruido seco.

Volví a mi frío asiento y me acurruqué sobre mi maleta. La lluvia seguía cayendo ahí fuera, castigando a la ciudad que un día llamé mi hogar, pero por la que ya no derramaría ni una sola lágrima. Estaba destrozada, perdida y en lo más bajo, pero mientras cerraba los ojos agotada, intentando proteger mi vientre con los brazos, sabía que mi carta estaba de camino y lo único que me quedaba era esperar que, al otro lado del mundo, alguien escuchara mi grito de auxilio.



Capítulo 10

El zumbido grave del tráfico de la avenida Cândido de Abreu se colaba por los cristales dobles de mi despacho, pero el sonido parecía lejano, amortiguado por una niebla invisible. El reloj de pulsera marcaba las nueve de la mañana. El café expreso doble que acababa de tomar sabía a cenizas, pero mantenía una postura impecable. La chaqueta azul marino perfectamente abrochada, la corbata bien alineada y la mandíbula apretada.

Había sobrevivido.

Eso fue lo que me repetí a mí mismo durante toda la madrugada de insomnio, paseándome de un lado a otro por mi ático después de que ella se marchara. *Supervivencia*. El mundo empresarial no perdonaba a los débiles, y la abogacía penal me había enseñado que, en momentos de crisis aguda, hay que amputar la extremidad para salvar el cuerpo. Aline era la extremidad

herida. Una pasión embriagadora, una adicción arrolladora, sí, pero que se había transformado de repente en un cáncer que amenazaba mi imperio.

Mi mente, extremadamente lógica, había trazado el escenario de las próximas veinticuatro horas con una frialdad calculada. Aline era inteligente. A pesar de la conmoción y la desesperación, era hija de Roberto. Conocía las reglas del juego y el peso de su propio apellido. Mi brutal negativa a asumir la paternidad la obligaría a actuar de forma pragmática. Lloraría, me odiaría, pero el problema se resolvería.

Le dolería, y una parte oscura de mí admitía que a mí también me dolería. Pero el dolor era temporal. La ruina pública, no. En unas semanas, las cosas volverían a la normalidad, se evitaría el escándalo y mi nombre seguiría intacto. Era la única salida racional.

El sonido metálico y agresivo del pomo de mi puerta al desbloquearse interrumpió mis ensoñaciones.

No hubo golpes en la puerta. No hubo el anuncio cortés de la secretaria. La puerta de roble macizo se abrió de par en par con violencia, golpeando contra el marco con un estruendo que resonó por toda la planta.

Levanté la vista de la pantalla del ordenador, con mi expresión congelada al instante en una máscara de pura indiferencia profesional.

Roberto entró en la sala.

Mi socio no caminaba con la altivez de siempre. Parecía haber envejecido diez años en una sola noche. Tenía el rostro enrojecido, las venas del cuello marcadas bajo el cuello de la camisa arrugada, un detalle impensable para el hombre que exigía perfección hasta en el pliegue de los pantalones. Sus ojos echaban chispas con una furia tan ciega e irracional que, durante una milésima de segundo aterradora, pensé que lo sabía.

Pensé que Aline había vuelto a casa y había soltado la verdad en la mesa del comedor. Se me pasó por la cabeza que había entrado en mi despacho para matarme.

Apreté las manos contra los reposabrazos de la silla de cuero, preparando los músculos para el impacto, sintiendo cómo se me paraba el corazón en el pecho.

—¿Roberto? —Mi voz sonó firme y serena, aunque la sangre se me había helado en las venas—. ¿Qué ha pasado?

Se detuvo en medio de la sala, jadeando, apoyando ambas manos sobre mi mesa de cristal con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos se le pusieron blancos.

—¡Esa chica desagradecida... esa insolente irresponsable! —siseó, con la voz temblando de odio, no de tristeza.

El aire volvió a mis pulmones en una bocanada silenciosa y cortante. Él no sabía nada de mí. Su odio no iba dirigido a mi traición; iba dirigido a ella.

—¿De qué estás hablando? Siéntate, toma un poco de agua —le dije, levantándome lentamente y señalando la silla frente a la mesa.

Roberto no se sentó. Empezó a pasearse de un lado a otro por la sala, gesticulando frenéticamente, perdiendo por completo los estribos.

—¡Aline ha desaparecido, Henrique! —gritó, lanzando las palabras al aire como metralla—. ¡Ha desaparecido! Arlete fue a llamarla para el desayuno esta mañana temprano y la habitación estaba vacía. La cama estaba intacta. El chófer no la vio salir; las cámaras de seguridad mostraron que salió por la puerta trasera a última hora de la noche. ¡En medio de la lluvia!

Sus palabras no tuvieron sentido de inmediato. Mi mente lógica rechazó la información.

—¿Cómo que ha desaparecido? —Fruncí el ceño; mi máscara de frialdad empezó a resquebrajarse—. Debe de haberse ido temprano a la universidad. Quizá haya dormido en casa de alguna amiga por culpa de un trabajo...

—¡No seas ingenuo! —me interrumpió Roberto, con los ojos ardiendo de frustración—. ¡Se llevó una maleta! La ropa de invierno ha desaparecido del armario. Los documentos han desaparecido. No se ha ido a la universidad. ¡Se ha escapado! ¡Una rebeldía infantil, una rabieta ridícula y patética de una adolescente mimada que no soporta la presión de llevar mi apellido!

El suelo del despacho pareció desaparecer.

Se ha llevado una maleta.

La imagen de la clínica discreta, de la rápida recuperación y del encubrimiento del problema, que yo había construido con tanto cinismo para calmar mi conciencia, se evaporó al instante.

Aline no había ido a resolver el «problema», había cogido las pocas cosas que poseía y se había lanzado a la oscuridad de la madrugada, bajo la lluvia helada de Curitiba.

Embarazada, sola y aterrorizada.

Una punzada de pavor tan aguda, tan brutal e inesperada me atravesó el estómago que tuve que apoyar las manos en el borde de la mesa para no tambalearme. El aire se volvió enrarecido. ¿Qué haría una chica de dieciocho años, criada en una burbuja de cristal, en las calles de la capital en plena noche? ¿Adónde iría? ¿Quién la protegería de los atracos, del frío, de la violencia?

La respuesta resonó en mi mente, vil y acusadora: *Deberías haberla protegido, cobarde.*

—Seguramente quiere llamar la atención —me obligué a decir, tragándome el terror punzante que intentaba asfixiarme—. Es habitual a esa edad. Debe de haberse sentido presionada por los estudios de Derecho, por las expectativas...

—¡Se lo di todo! —Roberto dio un puñetazo en la mesa, cegado por la rabia, sin darse cuenta del dolor que le causaba la desaparición de su propia hija—. Le pagué los mejores colegios, le aseguré el futuro en este bufete, le di un techo por el que la mitad de esta ciudad mataría por tener. ¿Y así es como me lo agradece? ¿Huyendo? Si nuestros clientes descubren que ni siquiera soy capaz de controlar a mi propia hija, mi autoridad se convertirá en un chiste!

El asco que me subió por la garganta fue físico. Miré a Roberto, el hombre cuya moralidad y aprobación había antepuesto a Aline, y sentí repugnancia. Repugnancia hacia él, hacia el despacho... Pero, sobre todo, una repugnancia letal e irreversible hacia mí mismo. A Roberto solo le importaba su propia imagen. Y yo... había hecho exactamente lo mismo. Éramos dos monstruos en el mismo pozo de vanidad.

—¿Ya has avisado a la policía? —pregunté, sintiendo cómo me sudaban las manos. El pánico de que estuviera herida, tirada en algún rincón, empezó a carcomer mi cordura.

—¡No! ¡Ni hablar! —negó Roberto con vehemencia—. ¿Quieres que la prensa filtre la denuncia? «¡La hija del doctor Roberto se escapa de casa!». ¡Menudo titular maravilloso para mis enemigos! No vamos a involucrar a la policía. Voy a poner a mis guardias de seguridad privados y a algunos contactos extraoficiales a peinar la ciudad. No puede haber ido muy lejos. Es una chica sin recursos. El dinero de la paga no le durará mucho. Cuando le entre el hambre, cuando se dé cuenta de la tontería que ha cometido, volverá arrastrándose.

Asentí con un movimiento breve y mecánico, clavándome las uñas en las palmas de las manos, ocultas bajo los bolsillos de la chaqueta.

—Mantén la discreción, Roberto. Yo... yo también voy a recurrir a algunos contactos. Para asegurarme de que la encuentren rápido.

—Hazlo, Henrique. Trae a esa chica de vuelta para que yo pueda poner fin a esta locura.

Cuando por fin salió de mi despacho, cerré la puerta y eché el cerrojo.

Me quedé solo.

El silencio de mi despacho era ensordecedor. Mi respiración empezó a fallar, rápida y entrecortada. Me aflojé el nudo de la corbata de seda, alejándola del cuello de la camisa como si fuera una horca, sintiendo que me faltaba el aire.

Se ha escapado. Se ha escapado en plena noche.

Me acerqué a la ventana y apoyé la frente contra el cristal frío. El cielo allá fuera estaba cubierto de nubes oscuras. El instinto de supervivencia, que había acariciado con tanto orgullo, empezó a pudrirse, dando paso a una agonía asfixiante. Había empujado a la chica que me amaba, a la mujer que llevaba en su vientre a un hijo mío, hacia un abismo de peligro incalculable.

El resto del día fue un auténtico infierno. Cancelé mis reuniones, alegando una migraña repentina y severa. Contraté, en secreto, al investigador más caro y discreto de Curitiba, transfiriendo una fortuna a su cuenta con una única orden: «*Encuéntrala. Antes que su padre. Y sin que nadie se entere*».

Al caer la noche, volví en coche a mi ático.

El trayecto en ascensor fue un eco sombrío de la noche anterior. La puerta de caoba se abrió y entré en el piso. Las luces LED se encendieron automáticamente. El ambiente, antes sinónimo de lujo, control y éxito, me pareció una tumba helada.

Caminé hasta el salón. El disco de jazz que había amenizado nuestro último momento aún reposaba en el tocadiscos. Cerca de la barra, sobre el impecable suelo de mármol, aún yacían los fragmentos de cristal del vaso de whisky que había hecho añicos la

noche anterior. La empleada de la limpieza no había venido hoy. La prueba física de mi arretrato de odio y cobardía seguía allí, intacta.

Me agaché y empecé a recoger los trozos de cristal con mis propias manos. El silencio del piso era tan agudo que me zumbaba en los oídos. No se oía su risa ahogada, ni el sonido de sus tacones pisando con ligereza en el pasillo. Un trozo de cristal puntiagudo me cortó la punta del pulgar y una gota de sangre oscura y caliente brotó de la piel, pero el dolor físico era absolutamente insignificante comparado con el agujero negro que se abría en mi pecho.

Me limpié la sangre de los pantalones del traje. Tiré los fragmentos a la basura y caminé, casi en trance, hasta la suite principal.

Abrí la puerta del dormitorio. La cama estaba hecha, pero el aire... el aire aún conservaba su fantasma. El perfume dulce y embriagador, floral con un toque de vainilla, aún flotaba de forma fantasmal cerca de las almohadas.

Me detuve en medio de la habitación, mirando las sábanas de hilo egipcio donde la había convertido en una mujer.

El vacío del ático resonó en mí con violencia.

Ella no iba a volver, ni a dar marcha atrás y hacer lo que le había ordenado, ni a suplicarme que la ayudara de nuevo. Con una brutalidad que hizo añicos mi armadura de hielo en mil pedazos, mi subconsciente asimiló por fin el terror absoluto de mi pérdida.

No había salvado mi imperio. Había asesinado mi alma. Mientras caía de rodillas sobre el suelo de mi habitación vacía, con el pecho desgarrado por un pánico sombrío y devastador, el hombre frío, intocable y soltero que juraba no doblegarse ante ninguna mujer comenzó a desmoronarse.



ALINE
Ferraz

Capítulo 11

Tres días... viviendo como una auténtica fugitiva en las sombras de Curitiba.

El tiempo había dejado de medirse con relojes y pasaba a contarse por las breves estancias, pagadas estrictamente en efectivo, en los moteles baratos de la zona. Tenía un buen saldo en mi cuenta bancaria y tarjetas de crédito sin límite en la cartera, pero tocar cualquiera de ellas sería como encender una bengala. Cualquier transacción digital, cualquier céntimo gastado en el sistema, y mi padre me localizaría en cuestión de minutos, y eso era lo que más temía.

Sabía perfectamente de lo que era capaz el doctor Roberto. Si me encontraba, no habría diálogo ni acogida. Me arrastraría a una clínica privada en plena noche, me obligaría a abortar para eliminar el «problema» y me obligaría a volver a la jaula de oro, siguiendo al

pie de la letra el plan perfecto e intocable que había diseñado para mi futuro.

Por eso me escondía. Mi rutina se había reducido a entrar en aquellas habitaciones impersonales de alta rotación solo para dormir unas horas bajo sábanas de dudosa higiene, asearme en la ducha caliente y, nada más amanecer, volver caminando a los fríos pasillos de la estación Rodoferroviária de Curitiba.

Los primeros días, me pasaba horas sentada en esos bancos de metal perforado, con la mirada clavada en el buzón amarillo de Correios. Mi corazón se aceleraba con cada persona que pasaba, alimentando la esperanza ingenua y febril de que la leyenda de Internet fuera real. De que alguien apareciera como por arte de magia para sacarme de aquella pesadilla.

Pero la magia no existe en el mundo real. La mañana del cuarto día, el cansancio y el frío me devolvieron la cordura como un puñetazo en el estómago.

Había sido una idiota. Mi desesperación me había hecho creer en un delirio. A nadie en el mundo real le importaba una chica embarazada y sin rumbo. El dinero en efectivo que llevaba en el bolso se estaba acabando; lo había estado racionando meticulosamente, pagando el alojamiento y comprando agua y aperitivos insípidos en la cafetería de la terminal, obligando a mi estómago, revuelto por las náuseas matutinas, a retener alguna que otra caloría.

Me senté en un banco de la estación, abrazándome las rodillas, agotada. La realidad me golpeó con la fuerza de un yunque. Si seguía así, el poco efectivo que me quedaba se acabaría en pocos días y ya no tendría dónde esconderme. Acabaría durmiendo en la calle, expuesta al frío cortante del invierno de Paraná y a peligros mucho peores.

Y, sobre todo, ¿qué futuro le estaba ofreciendo a mi hijo? Ese destino sombrío no era vida para un bebé. No podría quedarme en

una estación de autobuses para siempre, huyendo de un motel a otro, sin techo y sin saber adónde ir.

Cerré los ojos, dejando que las lágrimas abundantes y desoladas resbalaran por mi rostro.

Era el final del camino. Volver a la cárcel y enfrentarme a la ira de mi padre parecía la única forma de no desmayarme de hambre en una acera. Se me partía el corazón y me sangraba solo de pensar en lo que intentaría hacernos a mí y al bebé, pero el pánico a perder a mi bebé a causa del frío de las calles pudo más. Intentaría luchar contra mi padre desde dentro de casa. Era mi última baza.

Respiré hondo, secándome la cara con la manga de mi abrigo de lana. Mi cuerpo temblaba de debilidad y pánico cuando me levanté, agarrando mi maleta de lona por el asa. Su peso parecía haberse triplicado.

Caminé arrastrando los pies hacia la puerta de salida de la terminal, dispuesta a gastar las últimas monedas que me quedaban en un taxi de vuelta al infierno.

—¿Aline?

Me detuve. La voz no era un grito, no era una orden como las que estaba acostumbrada a oír de mi padre o de Henrique. Era una voz femenina, suave, cargada de una urgencia maternal que me hizo quedarme paralizada en el sitio.

Pensé que era una alucinación provocada por el agotamiento. Pero, cuando me giré lentamente, mis ojos nublados se fijaron en una pareja que caminaba rápidamente hacia mí, abriéndose paso entre el flujo de viajeros apresurados.

La mujer tenía el pelo castaño y unos ojos tan expresivos y amables que, por un segundo, parecieron emitir luz propia. No parecía encajar en aquel entorno sucio y gris. A su lado iba un hombre alto, de hombros anchos y porte imponente. Llevaba un abrigo oscuro, y su presencia irradiaba una autoridad natural y

protectora, muy diferente de la fría arrogancia que yo conocía en los hombres de mi vida.

La mujer se detuvo a un paso de mí. Miró mi rostro agotado, mi ropa y mis manos temblorosas que apretaban el asa de la maleta. Vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas al instante.

—Oh, Dios mío. No eres más que una niña... —susurró con voz entrecortada, y antes de que pudiera retroceder o hacer ninguna pregunta, acortó la distancia y me envolvió en un abrazo.

El impacto del calor humano, del suave perfume y de la compasión de aquel abrazo fue tan abrumador que mis rodillas cedieron. No pude mantenerme en pie por mí misma; sus brazos me sostuvieron. Me derrumbé llorando sobre el hombro de aquella desconocida.

—¿Quiénes... quiénes sois? —sollocé, con una voz ronca y entrecortada—. ¿Os ha enviado mi padre?

—No, querida. No sabemos quién es tu padre —dijo el hombre. Su voz era grave e increíblemente segura. Se agachó y cogió mi maleta con una mano, como si no pesara nada—. Me llamo Arthur. Y ella es mi esposa, Ana.

Ana se apartó lo justo para sostenerme la cara con sus dos manos cálidas, secándome las lágrimas con los pulgares.

—Venimos del Apartado Postal 104, Aline —dijo ella, con una dulce sonrisa que le iluminaba el rostro—. Recibimos tu carta ayer por la tarde. Cogimos el primer vuelo disponible a Curitiba. Siento mucho que hayas tenido que esperar tanto tiempo en el frío. Pero ya se acabó. Ya no estás sola.

Miré de Ana a Arthur. Mi mente, entumecida por el agotamiento, luchaba por asimilar la magnitud de lo que estaba sucediendo. La leyenda era real. El ángel de ojos azules y el escudo humano que la protegía existían de verdad.

—Son... son poderosos —balbuceé, mientras el pánico volvía a recorrerme la espalda y miraba nerviosamente hacia las salidas de la estación de autobuses—. Henrique y mi padre. Me encontrarán y me obligarán a abortar a mi bebé. Tienen detectives, influencia en la policía...

—Que lo intenten —me interrumpió Arthur, con una voz suave, pero cargada de un tono de advertencia tan letal que no me quedó la más mínima duda de que no estaba fanfarroneando. Me tocó el hombro ligeramente, en un gesto de pura seguridad—. No hay dinero ni poder en el sur de Brasil que sea suficiente para sacarte de nuestra protección, Aline. Nadie te tocará, ni tocará a este bebé. Tienes mi palabra.

Una oleada de alivio tan colosal y profunda me invadió que perdí la capacidad de hablar. Solo asentí con la cabeza, llorando en silencio.

—Necesitas comer, darte un baño caliente y dormir en una cama de verdad —dijo Ana, rodeándome con el brazo por los hombros y apretándome contra ella como si fuéramos familia—. Vámonos de aquí.

—¿Adónde vamos? —pregunté, dejándome guiar por ellos hacia la salida de la terminal—. ¿Vamos a coger un autobús hacia el interior?

Arthur esbozó una leve sonrisa y negó con la cabeza, mientras caminaba a nuestro lado y se abría paso entre la gente con su imponente presencia.

—No iremos en autobús, Aline. Es peligroso y estás agotada —respondió—. En el aeropuerto nos espera un avión. Enseguida estarás en nuestra casa, en São Paulo, y esta pesadilla de Curitiba no será más que un mal recuerdo.

Me senté en el asiento trasero del coche con Ana; el suave cuero y el ambiente cálido me envolvieron al instante. Mientras el coche aceleraba por las calles lluviosas de Curitiba, dejando atrás la

sucia estación de autobuses, a mi padre y al hombre que me había destrozado el corazón, cerré los ojos.

Por primera vez en dieciocho años, no sentía miedo.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 12

Siete días...

Ciento sesenta y ocho horas de un infierno silencioso y absolutamente enloquecedor.

El whisky escocés ya no tenía la sofisticación de antes; no era más que un anestésico barato que me ayudaba a soportar mi propio reflejo en el espejo. Mi ático, que antes era el símbolo por excelencia de mi independencia, se había convertido en la escena de un crimen en el que yo era, al mismo tiempo, el asesino y el único testigo.

Apoyé la frente contra el cristal frío de la ventana, observando cómo la ciudad de Curitiba se movía allá abajo, ajena a la tormenta que estaba destrozando mi cordura.

—... una oportunidad ineludible en Ginebra —decía Roberto desde el pasillo, con una voz clara, pulida y perfectamente

ensayada. Podía imaginarlo sonriendo a los clientes en el vestíbulo —. Aline lo decidió a última hora. Ya sabes cómo son los jóvenes de hoy en día. Un intercambio centrado en Derecho Internacional...

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo se me revolvía el estómago en una mezcla de asco y desesperación.

Un intercambio en Ginebra.

Esa fue la brillante y repugnante maniobra de relaciones públicas que mi socio había ideado para encubrir la desaparición de su hija. Cuando se confirmaron las cuarenta y ocho horas de desaparición y el pánico amenazó con filtrarse a la crónica social, Roberto no acudió a la policía. Acudió a su equipo de prensa, mintió a sus amigos de la alta sociedad y mintió al mercado. Prefirió crear una ilusión de éxito europeo antes que admitir que su propia familia se estaba desmoronando.

¿Y yo? Yo era el mayor cobarde de todos.

Me sentaba con él en la mesa de reuniones todos los días, escuchaba sus mentiras, asentía con la cabeza y no decía ni una sola palabra. No daba un puñetazo en la mesa ni gritaba la verdad. No confesaba que su hija no estaba en Suiza estudiando tratados internacionales, sino perdida, embarazada y abandonada en el frío, porque yo la había descartado como si fuera basura. El miedo a perder mi participación en el bufete y mi reputación me había sellado los labios, convirtiéndome en un cómplice mudo de aquella farsa grotesca.

Mi móvil cifrado vibró sobre la mesa de cristal. El nombre del investigador privado parpadeó en la pantalla.

Contesté al primer tono, con la voz áspera y seca.

—Dime que has encontrado algo, Vargas.

—*Doctor Henrique, tiene que venir a mi despacho —dijo el exagente federal con voz grave al otro lado de la línea—. He*

conseguido las imágenes de las cámaras de seguridad que me pidió. Hemos localizado a la chica.

Una descarga de adrenalina tan violenta me golpeó el pecho que casi se me cae el teléfono.

—¿Dónde está? —exigí, agarrándome con la mano libre al borde de la mesa.

—*Aquí está el problema, señor. Prefiero que lo vea con sus propios ojos.*

No esperé más explicaciones. Salí por las puertas de mi despacho como un huracán, ignorando a la secretaria que intentó entregarme la agenda de la tarde, y bajé al garaje. Conduje por las calles de Curitiba, saltándome casi todos los límites de velocidad, con el corazón martilleándome las costillas de una forma casi salvaje.

Hemos localizado a la chica.

La esperanza es una droga peligrosa. Durante el trayecto, mi mente empezó a imaginar escenarios de rescate. Iría a buscarla. La sacaría de cualquier antro en el que se hubiera escondido, la metería en mi coche, la llevaría a mi ático y me haría cargo del bebé. Me enfrentaría a Roberto. La cobardía de los últimos siete días me había demostrado que vivir sin mi sociedad era posible, pero vivir con la certeza de que había destrozado a la mujer que me amaba era una sentencia de muerte.

Llegué a la discreta oficina de Vargas, situada en un antiguo edificio de oficinas del centro de la ciudad. Él ya me esperaba en la puerta de la sala, con una tableta en la mano.

—¿Qué tienes? —pregunté, entrando y cerrando la puerta con llave tras de mí.

Vargas dejó la tableta sobre la mesa y pulsó el botón de reproducción de un vídeo con el logotipo de la administración de la

estación Rodoferroviária de Curitiba. La fecha y la hora indicaban exactamente la madrugada en la que ella había huido de mi piso.

—Cruzamos la señal de su móvil antes de que se desactivara, junto con el recorrido del conductor de la aplicación que cogió en el barrio de su padre —explicó Vargas, con voz impasible—. Se dirigió directamente a la estación de autobuses.

Me incliné sobre la pantalla, con los ojos devorando las imágenes en blanco y negro.

Y allí estaba ella.

Se me encogió el pecho dolorosamente al ver la figura pálida y frágil de Aline cruzando el vestíbulo. Llevaba el mismo abrigo de lana que llevaba cuando la eché de mi casa. Sujetaba una maleta pequeña y parecía agotada. La cámara la siguió mientras se sentaba en uno de los fríos bancos metálicos de la zona de embarque, abrazándose las rodillas.

—Estaba esperando un autobús. ¿Hacia dónde compró el billete? —pregunté, con la ansiedad desgarrándome la garganta—. Consulta los registros de las empresas de autobuses. ¿Hacia el interior? ¿São Paulo?

Vargas suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—No compró ningún billete, doctor Henrique. He comprobado todas las empresas, he cotejado las listas de pasajeros con su número de identificación fiscal. Aline no subió a ningún autobús comercial esa noche y no utilizó ninguna tarjeta de crédito.

—¿Qué quieres decir con que no se subió? —Mi voz se elevó de tono, mientras el pánico empezaba a apoderarse de mí—. ¡No puede haberse esfumado, Vargas!

—Mira el resto de las imágenes. Fue y volvió varias veces, como si estuviera indecisa o esperando a alguien, pasando horas sentada en el banco.

Se me revolvió el estómago. *Cuatro días...* Mientras yo dormía en mi piso con calefacción central y Roberto difundía mentiras sobre un intercambio, la mujer que llevaba a mi hijo estaba tirada en un banco de metal, rodeada de desconocidos, pasando frío y hambre. El peso de mi crueldad cayó sobre mí como un yunque.

—Avanza el vídeo —murmuré, con la voz entrecortada, sintiendo un sudor frío en la nuca—. ¿Cómo salió de allí?

Vargas adelantó la grabación hasta la mañana del cuarto día.

Aline estaba de pie, como a punto de derrumbarse, arrastrando la maleta hacia la salida de la terminal. Entonces ocurrió algo absurdo. Una pareja —un hombre alto con un abrigo y una mujer de pelo castaño— la interceptó en medio del vestíbulo. No opuso resistencia. La mujer la abrazó y Aline se derrumbó llorando sobre su hombro.

—¿Quiénes son estas personas? —gruñí, señalando la pantalla—. ¿Familiares? ¿Amigos suyos?

—Ningún reconocimiento facial ha coincidido con el círculo social de su socio, doctor —respondió Vargas, con aire sombrío—. Y la cosa empeora. No han cogido ningún autobús. Las cámaras del exterior muestran que salieron de la terminal y se subieron a una berlina negra.

La pantalla pasó a mostrar el aparcamiento exterior. El hombre cogió la maleta de Aline, les abrió la puerta del coche a ella y a la mujer, y el vehículo aceleró, desapareciendo bajo la lluvia de Curitiba.

—Gracias a la matrícula del coche, hemos podido rastrear su destino final en la ciudad. Se dirigieron directamente al aeropuerto —concluyó Vargas, apagando la tableta—. Pero no a la terminal de pasajeros comunes. Entraron por la pista de vuelos chárter. Aline embarcó en un jet privado, doctor Henrique. El plan de vuelo no era público. Su rastro se pierde en la pista de despegue. Ha desaparecido.

Silencio.

Mi mente, entrenada para encontrar soluciones a cualquier problema jurídico, se bloqueó por completo.

—¿Un jet privado? —susurré, con la incredulidad y el terror dominando mi voz—. ¡Una chica de dieciocho años que se ha escapado de casa sin nada en el bolsillo no se sube a un jet privado, Vargas! ¡Eso es secuestro! ¡Tráfico de personas!

—No parecía un secuestro, doctor. Se fue por voluntad propia. Alguien con muchos recursos la encontró primero.

Me alejé bruscamente de la mesa, con las manos clavadas en el pelo. Parecía que se habían llevado todo el aire de la habitación. La imagen de ella abrazando a desconocidos en la estación de autobuses, desesperada, se me grababa a fuego en la retina. Mi cobardía había abierto las puertas a lo impensable. Tenía miedo de hacerme cargo de un bebé para no arruinar mi reputación y, al abandonarla, la había entregado en manos de desconocidos con poder suficiente para hacerla desaparecer del mapa.

¿Qué querían de ella? ¿Adónde se la habían llevado? ¿Estaba viva? ¿Estaba vivo mi hijo?

La bilis me subió a la garganta. La realidad de mis actos me golpeó con una fuerza que me dejó físicamente aturdido. El imperio que tanto deseaba proteger no valía absolutamente nada. Daría todo el dinero de mis cuentas bancarias, el nombre en la fachada del despacho y mi posición en la sociedad de Curitiba por una única oportunidad de traerla de vuelta.

—Sigue buscándola —ordené, con la voz temblorosa y mi máscara de abogado destrozada por las lágrimas de puro pánico que empezaban a arderme en los ojos—. No me importa lo que cueste. Soborna a quien sea necesario en los aeropuertos, encuentra el registro de ese avión. Encuéntrala, Vargas.

Salí de la oficina del investigador y volví a mi coche, pero no conseguí arrancarlo.

Me senté en el asiento de cuero del conductor, en la oscuridad del aparcamiento, y golpeé el volante con todas mis fuerzas. El sonido de la bocina rompió el silencio, seguido de un grito de furia, dolor y desesperación que me desgarró la garganta.

Estaba perdiendo la cabeza. El miedo que tenía a que Roberto descubriera la verdad era una broma de mal gusto comparado con el pavor de que Aline estuviera en peligro, perdida en un lugar donde mi influencia no pudiera alcanzarla.

Era un cobarde. Un ser humano despreciable que había arrojado a su propia familia a los lobos por vanidad.

El vacío ensordecedor de mi ático me esperaba, pero el verdadero infierno ya había comenzado dentro de mí. Aline se había esfumado, y con ella, cualquier atisbo de paz que pudiera tener en la vida. El peor castigo de todos era saber que no tenía a nadie a quien culpar más que a mí mismo.



ALINE
Ferraz

Capítulo 13

El vuelo chárter duró menos de una hora, pero para mí fue como cruzar un océano entre dos vidas completamente distintas. Cuando el jet aterrizó en el asfalto de la pista de São Paulo y subimos al coche que ya esperaba a Arthur, yo seguía agarrando con fuerza el asa de mi pequeña maleta de lona. Mi cuerpo estaba hundido en el asiento de cuero mullido, agotado hasta la última célula, pero mi mente seguía funcionando en un estado de alerta constante, como vestigio paranoico de aquellos días de terror en la estación de autobuses.

El contraste entre la Curitiba gris, húmeda y opresiva que había dejado atrás y la metrópolis de São Paulo era abrumador. El coche atravesó la ciudad hasta entrar en una urbanización cerrada, rodeada de altos muros, cámaras de seguridad y árboles inmensos. Las calles del interior eran tranquilas, anchas y silenciosas.

Cuando Arthur aparcó frente a una casa preciosa, de arquitectura moderna, con grandes ventanales de cristal y un extenso jardín que desprendía el aroma a césped recién cortado, solté el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. No había muros de ladrillo a la vista ni rastro del aire fúnebre de mausoleo de la mansión. Aquel lugar irradiaba vida.

—Ya hemos llegado, Aline —dijo Ana con una dulce sonrisa, abriendo la puerta del coche. El viento que me golpeó la cara no era el aire polar cortante del sur; era suave y acogedor.

Arthur sacó mi maleta del maletero y caminó a nuestro lado. En cuanto Ana abrió la puerta de madera maciza de la entrada, una explosión de sonido y movimiento se apoderó del ambiente.

—¡Mamá! ¡Papá!

Dos niños vinieron corriendo por el pasillo de suelo claro, con los pies descalzos golpeando la madera, trayendo consigo una energía caótica y maravillosa. El mayor debía de tener unos cinco años, con el pelo ligeramente revuelto y una amplia sonrisa; el más pequeño venía justo detrás, tropezando con sus propias piernas, con las mejillas sonrosadas de tanto reír.

Arthur, el hombre imponente que unas horas antes me había garantizado protección con la frialdad de un general, se derritió por completo. Dejó mi maleta en el suelo y se agachó, abriendo los brazos para recibir a los dos niños, levantándolos en el aire con una facilidad que les arrancó a ambos carcajadas sonoras.

—¿Qué tal, huracanes? ¿Nos habéis echado de menos? —preguntó Arthur, besando a cada uno en la cabeza.

—Léo no nos deja jugar —denunció inmediatamente el más pequeño, señalando a su hermano, lo que hizo que Ana se riera y sacudiera la cabeza mientras se quitaba el abrigo.

—Gabriel, eres un chivato —replicó Léo, cruzando los bracitos, antes de girar la cara y posar sus ojos curiosos en mí.

Me encogí ligeramente junto a la puerta. Estaba sucia, agotada, con la ropa arrugada y el rostro pálido. Me sentía como una intrusa, una mancha oscura en medio de aquel cuadro familiar perfecto. Sentí un pinchazo agudo en el pecho al pensar en el bebé que crecía en mi vientre. Eso era lo que quería. Era esa escena, un padre criando a sus hijos, una casa llena de luz y risas, la que mi mente ingenua había imaginado cuando le conté la verdad a Henrique. En cambio, él me había echado como si fuera un parásito.

Ana se dio cuenta de mi vacilación al instante. Me tocó el brazo con delicadeza y se agachó para ponerse a la altura de los niños.

—Léo, Gabi, esta es Aline. Va a pasar un tiempo con nosotros, en la habitación de invitados. Quiero que seáis muy amables con ella, ¿de acuerdo? Está muy cansada del viaje.

Léo, el mayor, se acercó despacio, mirándome con esos ojos grandes, con esa pureza que solo tienen los niños, y me tocó la punta de la chaqueta.

—Hola, Aline. ¿Te gusta jugar a los videojuegos? —preguntó el mayor.

Una sonrisa frágil, la primera que no me exigió ningún esfuerzo doloroso en semanas, se dibujó en mis labios agrietados.

—Hola, Léo. No se me da muy bien, pero puedo aprender si tú me enseñas.

Él esbozó una sonrisa desdentada y asintió frenéticamente, antes de que Arthur lo volviera a coger en brazos.

—Dejad que la chica respire, chicos. Vamos al salón, mamá va a llevar a Aline a su habitación ahora mismo —ordenó Arthur con dulzura, alejando a los niños y haciéndome un gesto reconfortante con la cabeza.

Ana cogió mi maleta y me condujo por un pasillo iluminado hasta el fondo de la casa, abriendo la puerta de una habitación

impecable. La cama era grande, cubierta por un edredón blanco y mullido; había un sillón de lectura en una esquina y una ventana con vistas a la parte trasera del jardín.

—Este es tu espacio, Aline. Aquí nadie te molestará —dijo Ana, colocando la maleta sobre un baúl a los pies de la cama. Se acercó al armario, sacó un juego de toallas suaves y se dirigió a la puerta del baño en suite—. Hay jabón, champú, todo lo que necesites. Date el baño más largo de tu vida. El agua caliente te ayudará a derretir ese frío de la estación de autobuses. Voy a prepararte algo caliente y sustancioso para comer.

—Ana... —Se me quebró la voz. El nudo en la garganta, que llevaba tragándome desde que dejé el banco de metal en Curitiba, por fin subió. Las lágrimas volvieron a llenarme los ojos—. No sé cómo agradecértelo. Ni siquiera sé qué decir...

Ella volvió hacia mí, me sujetó por los hombros y me dio un suave beso en la frente.

—No hace falta que digas nada ahora. Ve a darte una ducha.

Cuando se cerró la puerta del dormitorio, me quedé sola en el silencio reconfortante de aquella habitación. Caminé hasta el baño, abrí la ducha a la temperatura más alta que mi piel podía soportar y me metí bajo el chorro de agua.

Apoyé la frente contra los azulejos calientes y dejé que el agua lavara la suciedad, el olor a gasóleo y la humillación de aquellos días. Lloré hasta sollozar, dejando que el desagüe se llevara a la niña débil y aterrorizada que había sido. Me froté la piel con fuerza, intentando arrancar el tacto de Henrique, el recuerdo de su perfume amaderado, la suciedad moral de haber entregado mi cuerpo y mi alma a un hombre que me trató como basura.

Me puse la ropa limpia que tenía en la maleta, una sudadera holgada y unos pantalones de punto grueso, me sequé el pelo con una toalla mullida y me tumbé en la cama. La suavidad del colchón pareció abrazarme. Mi cuerpo cedió al agotamiento casi de

inmediato, y solo me desperté cuando oí tres ligeros golpecitos en la puerta, mucho tiempo después.

La luz del exterior ya había adquirido los tonos anaranjados del atardecer. Ana entró en la habitación sosteniendo una bandeja de madera. El aroma de la sopa de verduras, las tostadas calientes y el té de manzanilla inundó mis sentidos, y mi estómago gruñó con fuerza, recordándome que no solo tenía que alimentarme a mí misma.

—¿Has podido dormir un poco? —preguntó, colocando la bandeja sobre mis piernas en la cama y sentándose en el borde del colchón.

—Ha sido la primera vez que he dormido de verdad desde que todo se vino abajo —admití, acercándome el plato de sopa con las manos temblorosas por el hambre. Probé la primera cucharada. Estaba deliciosa. El calor de la comida se extendió por mi pecho, llenando el vacío helado.

Comí en silencio durante unos minutos, observando a Ana. Tenía una postura serena, pero había una fuerza incuestionable en su mirada. La mujer que había cruzado el país con su marido para rescatar a una desconocida en una estación de autobuses no era un ama de casa cualquiera. Había un pasado en sus ojos azules, una comprensión profunda del dolor que yo llevaba auestas.

Dejé la cuchara en el plato y me limpié los labios con la servilleta. La pregunta que me martilleaba la cabeza desde que los vi en la terminal por fin tenía que ser formulada.

—¿Por qué? —murmuré, fijando la mirada en sus manos, que descansaban sobre las rodillas—. ¿Por qué vinisteis a buscarme, Ana? No somos parientes. No me debíais nada. Coger un avión, gastaros una fortuna, traer a una mujer embarazada y fugitiva a vuestra casa, con vuestros hijos... ¿Por qué me estáis ayudando?

Ana no pareció sorprendida por la pregunta. Al contrario, sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica y llena de compasión.

—El Apartado Postal 104 no es una organización benéfica del Gobierno, Aline. Somos una red. Una red invisible tejida por mujeres que conocen de primera mano lo que es tocar fondo —comenzó, bajando la voz a un tono de confidencia—. Me preguntas por qué te estamos ayudando... Es porque hace unos años, yo era exactamente como tú.

Apreté las manos alrededor de la taza de té caliente.

—Estaba sola, herida y huyendo de una pesadilla que parecía no tener fin —continuó Ana, con la mirada perdida por un momento en recuerdos que yo sabía que le dolían—. No tenía techo, no tenía protección, y el hombre que debería haber cuidado de mí era la razón de mi desesperación. Entonces, cuando ya no me quedaban fuerzas para luchar, la Señora de las Cartas me encontró.

—¿La señora de las cartas? —repetí, con el corazón acelerado.

—La mujer que creó aquel buzón. La mujer que me miró, me tendió la mano y me ofreció un refugio, una nueva identidad y, sobre todo, la oportunidad de recomponerme sin juzgar mis errores —explicó Ana, volviéndome sus brillantes ojos azules—. Ella me salvó, Aline. Me devolvió la vida, el derecho a volver a amar y a tener la familia que hoy forman Arthur y los niños. Y cuando el dolor pasó, me hice una promesa a mí misma: nunca haría la vista gorda ante una carta de auxilio. La señora de las cartas me ayudó cuando no era nadie. Ahora me toca a mí devolverle el favor. Me toca a mí ser la mano tendida en la oscuridad.

La grandeza de aquella red de hermandad, de aquel pacto de sangre silencioso entre mujeres destrozadas, hizo que mis lágrimas volvieran a desbordarse, pero sin la desesperación de antes. Era una emoción profunda, un alivio saber que, en medio de un mundo gobernado por la frialdad de los hombres trajeados, aún había salvación.

—Mi padre... mi padre nunca le tendería la mano a nadie si no hubiera un contrato lucrativo en juego —confesé, con la defensa

cediendo por fin por completo. Dejé la bandeja sobre la mesita de noche y me llevé las rodillas al pecho, acurrucándome en la cama—. Es uno de los abogados más implacables de Curitiba. Toda mi vida, Ana, toda... me moldeó para ser una copia de él.

Ana se inclinó sobre la cama y me puso la mano en el tobillo, acariciándolo con suavidad y sin parar.

—Desde que aprendí a hablar, mi destino estaba sellado... — Las palabras comenzaron a brotar de mi boca, en un desahogo crudo y sangriento que nunca me había atrevido a expresar—. La ropa, los amigos, las lecturas. Llevaba un pesado vademécum de un lado a otro como si fuera la Biblia, leyendo comentarios y jurisprudencia hasta que me ardían los ojos. Me matriculé en la facultad de Derecho y exigí excelencia. No la aprobación, sino la perfección. Mi casa era un tribunal de la Inquisición a diario. La presión era asfixiante, paralizante. No podía cometer ni un solo desliz; tampoco podía permitirme ser sentimental. El Derecho, en sus propias palabras, no tenía cabida para la humanidad.

—Y tú odiabas eso —concluyó ella, no con una pregunta, sino con la certeza de quien lee mi alma.

—Con todas mis fuerzas —sollocé, frotándome el rostro mojado—. Odiaba los códigos, odiaba los fríos pasillos de la universidad, odiaba la falta de empatía del bufete. Y la verdad, Ana... la peor verdad de todas, es que me dejé seducir por Henrique, por su socio, porque él era lo único en mi mundo que me hacía sentir desafiante. Él era el que rompía las reglas. Él me veía. Henrique me hizo sentir que no era solo un boceto de abogada que mi padre había dibujado.

Me llevé las manos a la cabeza, con la vergüenza quemándome.

—Nunca supe si quería ser abogada. ¡Ni qué hacer con mi vida! No tengo una vocación, no tengo un sueño... solo era un robot que seguía su guion. Y cuando rompí el guion y me quedé

embarazada... el hombre que me utilizó me ordenó que matara lo único que había creado que no estaba en un papel con membrete.

Ana se levantó del borde de la cama y se sentó a mi lado. Me rodeó los hombros con los brazos y atrajo mi cabeza hacia su pecho, acunándome como lo haría una madre con su hija febril.

—No eres un robot, Aline, no eres el proyecto frustrado de tu padre —murmuró Ana contra mi cabello, con voz firme y segura—. Fuiste increíblemente valiente al salir a la lluvia y dejarlo todo atrás. Haber huido para proteger la vida que crece en tu interior fue la decisión más auténtica y valiente que has tomado jamás.

—¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer? No tengo profesión, no tengo nada... —sollocé, agarrándome a su camisa.

—¿Y ahora? —Ana se rió suavemente, apartándome el pelo de la cara—. Tienes la seguridad de esta casa, el apoyo de nuestra familia y ya no tienes a tu padre imponiéndote el yugo de la ley. El bebé lo va a cambiar todo, sí. Da miedo. Pero es tuyo y, por primera vez en tus dieciocho años de vida, tienes una página en blanco ante ti. Nadie va a escribir tu destino por ti aquí dentro. Vas a descubrir quién es Aline en realidad y qué le gusta hacer.

Cerré los ojos; mi respiración por fin se estabilizó bajo el acogedor abrazo de Ana. La llovizna golpeaba el cristal de la ventana de la habitación en São Paulo. Todavía estaba herida. El fantasma de Henrique y el dolor de aquel brutal rechazo seguirían atormentándome durante muchas noches. Pero, por primera vez desde que vi aquellas dos rayas rojas en la prueba de embarazo, el pánico fue sustituido por una chispa silenciosa y resistente.

Estaba a salvo y, bajo el techo de aquella casa, construiría mi propio hogar. No con leyes, ni con frialdad, sino con el amor que había decidido proteger.



ALINE
Ferraz

Capítulo 14

«Al Apartado Postal 104:

»No sé cómo se llama. No sé qué rostro tiene. Pero sé que, esté donde esté leyendo esta carta, mis palabras no bastarán para expresar la inmensidad de lo que ha hecho por mí. Envié un grito de auxilio una noche en la que mi propia existencia parecía haber llegado a su fin. No era más que una chica destrozada, huyendo, convencida de que el mundo entero estaba hecho de la misma frialdad implacable de los hombres que me habían destruido. Y entonces, usted me envió ángeles.

»Ana y Arthur no solo me abrieron la puerta de su casa; me abrieron las puertas de su propia vida. Hace tres semanas que duermo sin sobresaltos. Hace tres semanas que no lloro de terror. Llegué a São Paulo con una maleta sucia y el alma hecha trizas, y me recibieron con una calidez humana que nunca supe que existía.

Usted me salvó la vida, pero, sobre todo, salvó la vida de mi bebé. Por eso, le estaré eternamente agradecida. Que Dios la bendiga, Señora de las Cartas».

Doblé la hoja de papel con cuidado, pasé los dedos por el pliegue para alisarlo y la metí dentro del sobre blanco. Escribí el remitente y la legendaria dirección de aquel Apartado Postal. Solté un largo suspiro, recostándome en la silla del escritorio de mi habitación.

La luz de la mañana de São Paulo entraba por los grandes ventanales de cristal, bañando el suelo de madera clara con un tono dorado y reconfortante. Por la rendija de la puerta entreabierta, el aroma a café recién hecho y a bizcocho de naranja horneándose subía por las escaleras, mezclado con el inconfundible sonido de Léo y Gabriel corriendo por el pasillo de abajo.

El contraste entre mi antigua vida en Curitiba y mi nueva rutina en casa de los Albuquerque era tan abrumador que, a veces, todavía me parecía que estaba soñando.

En la mansión de mi padre, las mañanas eran funerales silenciosos. Mi padre leía el periódico económico con expresión severa, el tintineo de los cubiertos sonaba como advertencias, y la presión por ser perfecta era como un cinturón apretado alrededor de mis costillas. Allí, vestía cuellos altos y tejidos rígidos; leía tochos de Derecho que no me interesaban; medía cada palabra que salía de mi boca para que no me regañaran.

Aquí... la vida rebosaba, caótica, vibrante y absurdamente ligera.

Bajé las escaleras con unos vaqueros y una camiseta de algodón. Llevaba el pelo recogido en un moño sencillo. No llevaba maquillaje en la cara, ni la obligación de parecer una mujer intocable. En cuanto pisé la amplia y luminosa cocina, tuve que apartarme rápidamente para que Gabriel no me atropellara, ya que

corría tras su hermano sosteniendo amenazadoramente un dinosaurio de plástico.

—¡Vaya! ¡El cazador de dinosaurios ha caído en la trampa! — La voz grave y acogedora de Sônia resonó por la cocina. El ama de llaves de la familia, una mujer de amplia sonrisa y presencia maternal que cuidaba de aquella casa con una dedicación absoluta, interceptó a Gabriel en el aire, arrancándole una carcajada contagiosa antes de bajarlo al suelo con delicadeza.

—¡Eh, nada de correr cerca de la cocina, chicos! —advirtió Ana, girándose desde la encimera con una espátula en la mano y una sonrisa en el rostro. Llevaba un delantal de flores sobre la ropa de gimnasia e irradiaba esa energía maternal que me fascinaba cada día—. Buenos días, flor. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Te han dado un respiro las náuseas?

—Buenos días, Ana. Buenos días, Sônia —respondí, acercando un taburete para sentarme en la isla central—. Mucho mejor hoy. Creo que el té que me disteis anoche ha obrado un milagro.

—Es el jengibre con limón y una gotita de miel, Aline. Una receta infalible que yo usaba cuando estaba embarazada de los míos —respondió Sônia, guiñándome un ojo mientras se secaba las manos en su impecable delantal. Se acercó y deslizó hacia mí un plato de fruta troceada, seguido de una taza de café descafeinado humeante—. Cómelo todo. La señora Ana me ha dicho que tenéis una cita importante a las diez, y no quiero que nuestra embarazada se desmaye en la sala de espera. ¡Asegúrate de alimentar a ese bebecito!

Mi corazón dio un pequeño salto en el pecho.

Hoy era el día.

Aunque sabía que estaba embarazada desde hacía semanas, todavía no había ido al médico. La huida, el terror en la estación de autobuses y la adaptación me habían consumido todo mi tiempo y

mi cordura. Pero, en cuanto mi rutina se estabilizó, Ana tomó las riendas de la situación. Llamó a su propia obstetra, concertó una cita privada para la revisión de la gestación y exigió acompañarme. No tendría que usar el seguro médico de mi padre, que era mi mayor temor, ya que él detectaría el cargo al instante. Arthur había dejado claro que él se haría cargo de todos los gastos médicos, en un gesto de generosidad que me hizo llorar durante horas.

Mientras tomaba el café, mimada por la mirada atenta de Sônia, que enseguida se fue a preparar la fiambarrera de los niños, me empapé del ambiente. Arthur bajó las escaleras poco después, ya vestido con un traje impecable, pero con la corbata floja alrededor del cuello. Le dio un largo beso en los labios a Ana, acarició la cabeza de los niños prometiéndoles que jugarían al fútbol al final del día y me sonrió de forma alentadora antes de salir hacia la oficina.

No había formalismos enfermizos, ni órdenes. Había amor. Cada día que pasaba bajo ese techo, me daba cuenta de lo enfermizo que era el mundo en el que me habían criado, y de lo sombría que sería mi vida si me hubiera quedado al lado de Henrique.

A las nueve y media, Ana dejó a los niños al cuidado de Sônia, cogió las llaves de su todoterreno y nos fuimos.

El trayecto hasta la clínica lo amenizó la suave voz de Ana, que me contaba historias divertidas de sus propios embarazos para intentar distraer mis dedos inquietos, que se retorcían en mi regazo. La verdad es que estaba aterrorizada. Una parte de mí aún temía que se abriera la puerta de la consulta y mi padre, o Henrique, estuvieran allí dentro con sus expresiones de odio, listos para arrastrarme de vuelta a las sombras.

Pero la clínica era un oasis de tranquilidad. Las paredes eran de tonos pastel, sonaba música clásica a bajo volumen y el aroma a lavanda en el aire resultaba relajante. La doctora Mariana nos atendió casi de inmediato. Era una mujer de mediana edad, con ojos amables y una voz suave. Ana le había explicado lo básico sobre mi

«contexto de seguridad», y la doctora no hizo ninguna pregunta indiscreta sobre mi familia ni sobre el padre del niño. Se centró únicamente en mí.

Tras la entrevista inicial sobre mi historial médico y calcular el tiempo aproximado transcurrido desde mi última menstruación —unas ocho semanas—, sonrió.

—¿Vamos a echarle un vistazo a ese bebé, Aline? Puedes tumbarte en la camilla y levantarte la camiseta.

Obedecí con las piernas temblorosas. Me tumbé en la camilla cubierta con papel desechable. Ana acercó una silla y se sentó justo a mi lado, sujetándome con firmeza la mano derecha. Apreté sus dedos como si fueran mi ancla a la realidad.

La doctora Mariana me bajó ligeramente el borde de las mallas y me aplicó una generosa gota de gel transparente y helado en la parte inferior del vientre. Contuve la respiración. La doctora deslizó el transductor de la ecografía sobre mi piel, con la mirada fija en la pantalla del monitor que había junto a la camilla.

La sala quedó en silencio. Solo el sonido del aparato en funcionamiento llenaba el espacio. Mi corazón latía tan rápido y tan fuerte que temía que la doctora lo oyera en lugar del bebé.

¿Y si hay algún problema? ¿Y si los días en la estación de autobuses han hecho daño al bebé? ¿Y si el estrés...?

—Ahí está —dijo la doctora Mariana, rompiendo mi espiral de pánico. Giró ligeramente el monitor para que Ana y yo pudiéramos ver—. ¿Veis esa pequeña mancha gris dentro del saco gestacional? Mide poco más de un centímetro. Es tu bebé, Aline. Está perfectamente colocado.

Miré la pantalla. No era más que una mancha indefinida, un minúsculo punto brillante en medio de la oscuridad de la ecografía, pero la visión de esa manchita me golpeó con la fuerza de un huracán. Se me llenaron los ojos de lágrimas al instante, nublándome la vista.

—Es tan pequeño... —susurré con voz entrecortada, asimilando la realidad de forma definitiva e irrefutable. Había vida allí... una parte de mí que resistía.

—Sí, es pequeño, pero muy fuerte —dijo la doctora con una amplia sonrisa mientras pulsaba unos botones en el panel de la máquina—. ¿Queréis escucharlo?

Ni siquiera tuve fuerzas para responder. Solo asentí con la cabeza.

La doctora Mariana movió el transductor un milímetro hacia un lado, ajustó el volumen y, de repente, el silencio de la sala de exploración se rompió.

El sonido llenó cada rincón de la sala. Era rápido, frenético, constante y maravillosamente rítmico, como los cascos de un caballito galopando a toda velocidad.

Un fuerte sollozo se me escapó de la garganta.

—Ciento sesenta latidos por minuto. Un corazón perfectamente sano y vigoroso —anunció la doctora.

Ana me apretó la mano con fuerza y, cuando la miré, vi que ella también lloraba en silencio, sonriendo de oreja a oreja a la pantalla.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas resbalaran libremente por mis sienes, mojando el papel de la camilla. El sonido de aquel minúsculo corazón latiendo dentro de mí ahogó la voz cruel de Henrique, las amenazas de mi padre, toda la humillación, el dolor de la huida y el terror de las noches pasadas en el frío de la estación de autobuses.

En ese preciso instante, al escuchar el ritmo acelerado de la vida que las dos habíamos luchado por proteger, supe que había vencido. El hombre poderoso en lo alto de su ático acristalado en Curitiba podía quedarse con su dinero, su bufete y su reputación

impecable. Pero yo tenía aquello: el amor más absoluto, más puro e inquebrantable del universo creciendo en mi vientre.

Yo no era el error de nadie. Mi hijo no era un problema administrativo que se pudiera descartar.

Llevé mi mano libre hasta el vientre, cubriendo los dedos de la doctora que sostenía el ecógrafo, y lloré de gratitud. Había perdido mi hogar, a mi padre y la ilusión de un romance de cuento de hadas, pero nunca me había sentido tan completa y tan inquebrantable como en aquella camilla. La chica asustada ya no existía. El corazón que latía rápido y con fuerza en la pantalla acababa de forjar a una leona, y en silencio juré a los cielos que pasaría el resto de mis días siendo el escudo más feroz del mundo para mi bebé.



ALINE
Ferraz

Capítulo 15

La adaptación a la casa de los Albuquerque no fue un proceso que exigiera esfuerzo; fue como aprender a respirar aire puro tras dieciocho años encerrada en una habitación con poca ventilación. La mansión de São Paulo tenía una dinámica que desafiaba todo lo que yo sabía sobre el concepto de familia. No había silencios punitivos, ni exigencias veladas durante el desayuno, y el amor no era moneda de cambio por buenas notas o un comportamiento impecable.

En la tercera semana, mi rutina ya se había entrelazado con la de ellos de una forma sorprendentemente natural. Mis mañanas empezaron a llenarse con las risas de Léo y Gabriel. Sentarme en la mullida alfombra del salón para construir castillos de bloques con Gabriel o ayudar a Léo a colorear sus dibujos se convirtió en mi refugio favorito. Por no hablar de las constantes atenciones de Sônia. El ama de llaves parecía haberse propuesto como misión

personal asegurarse de que nunca más me sintiera desamparada. Ya fuera con un tentempié a media tarde o con los sabios consejos de quien ya había criado a muchos niños, Sônia era el abrazo de abuela que nunca tuve.

La inocencia de los niños y el regazo que me ofrecían Ana y Sônia eran un bálsamo para mi alma herida. Al verlos crecer rodeados de tanto cariño y libertad, mi mano se dirigía instintivamente hacia mi vientre, aún liso.

«Voy a ser fuerte por ti», me prometía en mi interior, todos los días, sintiendo cómo un valor recién nacido latía en mis venas. «Nunca conocerás el miedo que yo he conocido. Serás tan querido y tan libre como estos niños».

Aquella tarde de jueves, Ana me llamó a la mesa del comedor. Había abierto su portátil y tenía una taza de té humeante esperándome, preparada especialmente por Sônia.

—Ha llegado el momento de atar cabos sueltos, Aline —dijo con su dulzura habitual, pero con un pragmatismo que me transmitía mucha seguridad—. No podemos dejar activa tu matrícula en la Universidad Federal de Paraná. Si tu padre decide investigar a fondo, la universidad es el primer lugar donde intentará buscar información o controlar tu acceso.

Sentí un pequeño nudo en el estómago, pero asentí. Me senté a su lado y, con los dedos ligeramente temblorosos, introduje mi CPF y mi contraseña en el portal del estudiante de la UFPR. La pantalla se cargó, mostrando mi expediente académico impecable, mis buenas notas y las asignaturas del semestre. Todo el orgullo del Dr. Roberto se resumía en esos datos.

—Suspender la matrícula es lo más adecuado para tu seguridad ahora mismo, pero podemos buscar opciones para estudiar Derecho a distancia. Así, no perderás el semestre y podrás seguir estudiando desde aquí, a tu ritmo, sin tener que pisar un aula.

Miré la pantalla. *Grado en Derecho*. Esas palabras siempre me habían parecido una condena perpetua. Pero el miedo a lo desconocido seguía siendo fuerte. No sabía hacer otra cosa. Me habían entrenado toda la vida para leer códigos y memorizar leyes.

—Sí. Vamos a suspender el semestre y a ver las opciones de educación a distancia para trasladar el expediente y cambiar de carrera —respondí, tragando saliva.

Con un clic del ratón, solicité la suspensión de estudios por causas de fuerza mayor. El sistema procesó la solicitud en segundos. Cuando apareció la pantalla de confirmación, el peso invisible de un vademécum pareció desaparecer mágicamente de mis espaldas. Estaba oficialmente fuera de la jurisdicción de mi padre. Ana sonrió y me apretó la mano, y enseguida empezó a abrir pestañas de universidades de São Paulo que ofrecían estudios a distancia.

Más tarde, dejé a Ana en el salón organizando unas hojas de cálculo y fui a la cocina a devolverle la taza a Sônia. Al pasar por el pasillo, me di cuenta de que la puerta del despacho de Arthur estaba entreabierta.

Trabajaba en casa varias veces a la semana, gestionando los proyectos de su propio estudio de arquitectura. El ambiente en el interior era fascinante. A diferencia de la biblioteca oscura y opresiva de mi padre, llena de libros con lomos de cuero y un aire de mausoleo, el espacio de Arthur estaba inundado de luz natural. Había grandes tableros de dibujo, muestras de materiales, bocetos esparcidos por las mesas y dos monitores enormes que mostraban maquetas en 3D.

Me quedé en el umbral de la puerta, hipnotizada.

Arthur estaba concentrado, girando un modelo tridimensional de una casa en un programa de arquitectura. Ajustaba la incidencia de la luz del sol en las ventanas de un salón con unos cuantos clics rápidos.

—Puedes pasar, Aline —dijo sin apartar la vista de la pantalla, percibiendo mi sombra en la puerta con su aguda percepción de siempre—. No hace falta que te quedes ahí fuera.

—Perdona que te interrumpa, Arthur. Solo pasaba por aquí y... la imagen de la pantalla me llamó la atención —murmuré, dando unos tímidos pasos hacia el interior de la oficina.

Sonrió levemente y giró la silla con ruedas hacia mí, señalando el monitor.

—Es el proyecto de una vivienda para una pareja que vive en el campo. Estoy ajustando la planta baja para asegurarme de que la habitación de los niños reciba la luz de la mañana, pero sin que se caliente demasiado en verano —explicó, con la voz llena de pasión por su oficio—. De eso se trata la arquitectura. No es solo levantar paredes. Se trata de cómo se van a sentir las personas dentro de esos espacios. Se trata de crear el escenario donde transcurrirá su vida.

Observé cómo las líneas rectas de la pantalla se transformaban en ambientes virtuales con texturas, luces y sombras. Era casi mágico.

—Mi padre siempre decía que la única forma de construir algo duradero era redactando contratos a prueba de todo —dije, con las palabras escapándose en un susurro involuntario y reflexivo—. Su trabajo... y el de Henrique... consiste en buscar las fallas en las personas y en las leyes para destruir a los oponentes. Es un mundo en el que solo se gana si alguien pierde.

Arthur se recostó en la silla, con sus ojos oscuros y perspicaces evaluando mi expresión.

—¿Y qué opinas tú de su mundo, Aline? —preguntó con suavidad.

—Me parece gris. Frío —confesé, abrazándome a mí misma. Volví la mirada hacia su pantalla luminosa—. Lo que tú haces... es crear santuarios. Construyes desde cero. Tomas un terreno vacío y

diseñas un lugar donde una familia va a reír, va a crecer, va a sentirse segura. Como yo me siento segura en tu casa. Es precioso.

Arthur sonrió, una sonrisa sincera y orgullosa.

—Lleva tiempo descubrir lo que realmente queremos construir para nosotros mismos. Pero la ventaja de los terrenos vacíos es que admiten cualquier proyecto, siempre que los cimientos sean sólidos.

Salí del despacho de Arthur poco después, pero la conversación y las imágenes de esos planos y proyectos en 3D se me quedaron grabadas en la mente de forma abrumadora.

Cuando volví a mi habitación de invitados, me senté en el sillón junto a la ventana y cogí mi móvil. Abrí el navegador, donde aún estaban abiertas las pestañas de los cursos de Derecho a distancia que Ana había guardado. Me quedé mirando esos programas: *Derecho Civil III*, *Derecho Procesal Penal*, *Teoría General del Estado*.

Me invadió una ligera náusea y, esta vez, sabía que no era culpa del embarazo. Era mi alma rechazando ese futuro.

«Tienes una página en blanco delante de ti. Nadie va a escribir tu destino por ti aquí dentro».

Las palabras que Ana me había dicho en mi primer día en aquella casa resonaron con fuerza. Tenía dieciocho años. Acababa de huir de la casa de mi padre y había sobrevivido al cruel rechazo del hombre al que amaba. Llevaba una vida dentro de mí. Si había tenido el valor de dejar atrás todo mi pasado y subirme a un jet privado con desconocidos para proteger a mi bebé, ¿por qué me estaba obligando a seguir encadenada al sueño del hombre del que estaba huyendo?

No quería ser abogada.

Siempre lo había sabido en mi interior, pero la certeza me golpeó como una epifanía estruendosa. No quería los tribunales, los

trajes oscuros, las demandas y las interminables disputas por el dinero y el poder. Quería la luz, dibujar, crear santuarios y construir lugares seguros en el mundo para las personas que los necesitaban, igual que yo los había necesitado.

Con los dedos temblando de emoción y nerviosismo, cerré las pestañas del curso de Derecho. Todas ellas. Abrí una nueva pestaña en blanco y escribí lentamente: *Cursos de Arquitectura y Urbanismo en São Paulo*.

Apoyé la mano sobre mi vientre, sintiendo cómo mi corazón latía a un ritmo tranquilo y lleno de determinación. Mi pasado en Curitiba se había convertido en un terreno vacío y arrasado. Sin embargo, por fin estaba lista para dibujar el plano de mi nueva vida.



Capítulo 16

Treinta días...

Setecientas veinte horas de un silencio absoluto, aplastante y letal.

El otoño había llegado a Curitiba, tiñendo la ciudad de tonos grises y ocres, pero el verdadero invierno se había instalado para siempre en mi pecho. Seguía vistiendo mis trajes italianos, seguía dirigiendo las reuniones con los clientes millonarios y seguía ostentando el aura del abogado más implacable del estado. Sin embargo, bajo aquella armadura carísima, no era más que un caparazón vacío, pudriéndose lentamente bajo el peso de mi cobardía.

Mi despacho, que antes era mi trono de poder absoluto, se había convertido en mi celda de condena.

Estaba de pie frente a la ventana panorámica, sosteniendo una taza de café que se había enfriado hacía mucho tiempo, cuando se abrió la puerta de roble. No tuve que darme la vuelta para saber quién era. Los pasos de Roberto habían perdido la firmeza cadenciosa de antes; en ese momento, arrastraba los pies, calzados con zapatos de diseño, como un hombre condenado a la horca.

—Nada —anunció Roberto con voz áspera y débil.

Giré el cuerpo lentamente. Mi socio principal, el pilar de la moralidad y la arrogancia del mundo jurídico de Curitiba, parecía haber envejecido dos décadas en un solo mes. La farsa del «intercambio en Ginebra» se había mantenido ante la alta sociedad, pero, a puerta cerrada, la realidad estaba destrozando al hombre. Sus ojeras eran profundas y oscuras. La chaqueta le quedaba holgada en los hombros, que habían perdido peso.

—La policía federal, los investigadores privados... nadie tiene ni una sola pista, Henrique. Es como si mi hija se hubiera evaporado de la faz de la Tierra —se desplomó en la silla de cuero frente a mi escritorio, ocultando el rostro entre las manos temblorosas.

Me acerqué a mi silla y me senté, con el estómago revuelto como un charco de ácido.

Roberto negó con la cabeza, con lágrimas de agotamiento brillando en sus ojos enrojecidos.

—Fue culpa mía —susurró mi socio, y su confesión rompió el silencio de la sala. Apretó los puños sobre las rodillas—. Fui yo. Mi presión. Mi obsesión por la perfección. Asfixié a mi hija. Le exigí como si fuera una abogada en toda regla, olvidando que solo tenía dieciocho años. La eché de su propia casa con mi rigidez... Ella prefirió desaparecer en el mundo antes que vivir con mis expectativas.

Cada palabra que salía de su boca era como un clavo que se clavaba directamente en el centro de mi pecho.

La bilis me subió por la garganta, amarga y corrosiva. Las ganas de gritar, de dar un puñetazo en la mesa y escupir la verdad casi me asfixiaron.

No fue por tu presión, Roberto. Fui yo. Se escapó porque la hija a la que intentaste moldear estaba embarazada de tu mejor amigo. Se escapó porque, cuando vino a pedirme refugio con mi hijo en su vientre, la llamé mentirosa, la traté como un problema administrativo y le ordené que lo resolviera para no manchar el maldito nombre de este despacho.

Pero no dije nada.

Se me tensó la mandíbula hasta que me dolieron los dientes. Abrí la boca, pero la cobardía, mi maldito e inquebrantable instinto de supervivencia, me selló los labios. Dejé que un padre destrozado asumiera la culpa por la atrocidad que yo había cometido.

—No seas tan duro contigo mismo, Roberto. Aline es joven, impulsiva... La encontraremos —murmuré, ofreciéndole el consuelo más falso y repugnante que un ser humano pudiera pronunciar.

—¿Y si está muerta, Henrique? —Levantó la cara, y el terror puro en sus rasgos reflejaba el pánico que me devoraba por dentro todas las madrugadas—. Una chica sin experiencia, en las calles. ¿Y si la han secuestrado? ¿Y si ha caído en manos de traficantes?

La oficina pareció dar vueltas a mi alrededor. La mera mención de la palabra «muerte» hizo que mi visión se oscureciera por los bordes.

Llevaba los últimos treinta días luchando contra esos escenarios macabros. La mente de un abogado penalista está entrenada para visualizar lo peor, y la mía no me daba tregua. ¿Qué querría un grupo anónimo, capaz de borrar el rastro de un jet privado, de una chica vulnerable y embarazada? Las estadísticas sobre la trata de personas, la violencia urbana y el feminicidio pasaban por mi cabeza como una apisonadora cada vez que cerraba

los ojos. Si ella estuviera muerta, si mi hijo estuviera muerto... yo sería el verdugo que había atado la sogá.

—Está viva —afirmé. Mi voz sonó más dura y cortante de lo que pretendía. Una orden lanzada al universo, un intento desesperado por convencerme a mí mismo—. Está viva.

Roberto me miró con gratitud ciega, agradeciéndoselo a su leal amigo. Cuando por fin salió de mi despacho para acudir a otra reunión con detectives que no llevaría a ninguna parte, cerré con llave la puerta electrónica.

Me aflojé la corbata y caminé hasta el bar ejecutivo que había en la esquina de la sala. Cogí la botella de whisky, pero me temblaban tanto las manos que el líquido salpicó fuera del vaso de cristal. Me bebí el trago de un solo trago, dejando que el alcohol me desgarrara la garganta, intentando anestesiá el dolor punzante de la culpa.

No funcionó. Ya llevaba semanas sin funcionar.

Apoyé ambas manos en la encimera de mármol de la barra, bajé la cabeza y fijé la mirada en mi propio reflejo en el espejo tintado.

Era un monstruo.

Había construido toda mi vida basándome en la premisa de que era superior, de que controlaba todas las variables del juego. Me burlaba de los hombres que se dejaban dominar por los sentimientos y me enorgullecía de tener hielo corriendo por las venas. Para proteger la fachada de ese imperio hueco, cogí a la única mujer que me amó de verdad y la arrojé a la oscuridad. Elegí la mesa de caoba, el saldo bancario y la reverencia hipócrita de la sociedad. Y, a cambio, me gané el infierno en la Tierra.

Los recuerdos de nuestro último encuentro comenzaron a pasar como una secuencia tortuosa por mi cabeza. El rostro de Aline, pálido por la conmoción. Sus ojos castaños brillando entre

lágrimas mientras yo la descartaba. La frialdad con la que se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor.

—Tiene razón, doctor Henrique. Fue un error colosal. Y yo me encargaré de él.

Un sollozo áspero se me escapó de la garganta, rompiendo el silencio de mi intocable despacho. Me deslicé por la pared hasta sentarme en el suelo de mármol, con el carísimo traje italiano arrugándose y el vaso de cristal olvidado a mi lado.

Aline había desaparecido. Mi hijo estaba perdido en un mundo que me negué a proteger. Y el castigo supremo y merecido que el destino me reservó fue dejarme exactamente con lo que exigí: mi poder, mi empresa y la soledad más absoluta, sombría e irreversible que un hombre pudiera soportar.

El ardor del whisky y el frío del mármol bajo mi cuerpo no bastaban para adormecerme. Me quedé allí, tirado en el suelo de mi prisión de lujo, escuchando el tic-tac de mi carísimo reloj de pulsera. Cada segundo era un recordatorio del tiempo que Aline estaba pasando lejos, en la oscuridad, por mi culpa.

Fue entonces cuando el asco alcanzó su límite.

Miré el vaso de cristal vacío que tenía a mi lado y las impecables paredes de mi despacho. Todo aquello —la fama, el prestigio, la reverencia de Roberto— se erigía sobre unos cimientos podridos. Estaba permitiendo que el padre de ella se torturara con una culpa que no le correspondía, solo para mantener intacta una sociedad que ya no soportaba.

La cobardía me había arrebatado a Aline y a mi hijo. Si seguía callado, ella me quitaría el último vestigio de humanidad que me quedaba.

Me levanté del suelo. No me arreglé el traje, ni me ajusté la corbata que se me había aflojado, ni me sequé el sudor frío de la cara.

Desbloqueé la puerta y caminé por el pasillo central de la oficina. Los abogados júnior y las secretarias, que solían bajar la cabeza en señal de respeto cuando pasaba, en ese momento alzaban la vista, asustados por mi aspecto desaliñado, por la furia y la desolación que emanaban de mí con cada paso pesado.

No llamé a la puerta de Roberto. La abrí de un tirón, la cerré acto seguido y giré la llave en la cerradura. El clic metálico resonó con fuerza.

Roberto, que tenía los codos apoyados en la mesa y el rostro oculto entre las manos, levantó la cabeza de golpe, asustado.

—¿Henrique? ¿Qué significa esto? —Frunció el ceño, secándose rápidamente los ojos enrojecidos, tratando de recuperar la postura de patriarca inquebrantable—. Pareces...

—Se acabó, Roberto —dije; mi voz sonó ronca y grave, vibrando con la fuerza de una presa a punto de romperse.

Caminé hasta el centro de la sala y me detuve exactamente donde él había estado de pie unos minutos antes, cuando lloraba sintiéndose culpable por la huida de su hija.

—¿Qué se ha acabado? ¿De qué estás hablando? —Se levantó, y la confusión dio paso a una irritación defensiva.

—La mentira. La jodida mentira que los dos le contamos a la sociedad, y la mentira aún peor que te conté a ti —espeté, con los puños cerrados a los lados del cuerpo. Miré a mi socio a los ojos, no como a un aliado, sino como al verdugo que yo mismo asumiría ser—. Aline no se escapó porque tú la presionaras para que leyera manuales de Derecho. No se escapó porque no soportara tus expectativas.

El rostro de Roberto se paralizó. El ambiente se volvió de repente denso, como si el oxígeno se estuviera esfumando de la habitación.

—¿Cómo sabes por qué se escapó mi hija? —Su voz bajó un tono, su instinto de abogado captando el peligro inminente en mis palabras.

—Porque fue a mi ático aquella tarde en la que desapareció —confesé, sintiendo cómo el ardor de aquellas sílabas me desgarraba la garganta—. Aline vino a contarme la verdad. Tu hija ya no es la niña pequeña que creías controlar. Llevábamos meses teniendo una aventura.

El silencio que siguió no fue solo la ausencia de sonido; fue el vacío de una explosión nuclear antes de la onda de choque.

Roberto parpadeó, con los labios entreabiertos, mientras su mente se negaba a asimilar la información.

—¿Tú y... mi Aline? —balbuceó, palideciendo—. Tienes treinta y cuatro años. ¡Es una niña, Henrique! ¡Mi hija! ¿Qué le has hecho?

—Le quité la virginidad. —Las palabras salieron como cuchillas. No iba a andarme con rodeos. No habría eufemismos—. Me la tiré, pero ese no es el motivo de la huida.

La respiración de Roberto empezó a entrecortarse. Sus ojos, antes llenos de tristeza, se abrieron de par en par con un horror indescriptible; la furia primitiva y paternal comenzó a incendiar las venas de su cuello.

—Hijo de puta... —siseó, rodeando la mesa con pasos temblorosos y las manos clavadas en el aire como garras.

—Ella vino a buscarme aquella tarde porque estaba embarazada —escupí mi peor pecado a la cara del padre al que había traicionado—. ¡Aline esperaba un hijo mío! Pensó que yo la apoyaría, que juntos nos enfrentaríamos a ti. ¿Y sabes lo que hice, Roberto? ¿Tu leal socio? ¿El hombre blindado que protege este imperio de cristal?

El pecho de Roberto subía y bajaba violentamente, la conmoción lo paralizaba a un metro de distancia de mí.

—¡La llamé mentirosa! —continué, con las lágrimas de odio hacia mí mismo desbordándose por fin—. Le dije que el niño era un error que destruiría mi reputación. ¡Le ordené que se deshiciera del embarazo, que lo borrara, y la eché de mi piso! ¡La tiré a la calle, al frío, porque temía que el escándalo destruyera nuestra sociedad! ¡Yo soy la causa de tu pesadilla!

El gruñido que salió de la garganta de Roberto no era humano. Era el sonido de un animal al que acababan de desgarrarle las entrañas.

Se abalanzó sobre mí. Sus manos me agarraron por el cuello de la chaqueta con una fuerza aterradora para un hombre de su edad. Antes de que pudiera siquiera parpadear, el puño derecho de Roberto me golpeó en la cara con una explosión de dolor y brutalidad.

El impacto me hizo girar la cara hacia un lado. Sentí el sabor cálido y metálico de la sangre inundándome la boca. Me había rasgado el labio inferior con mis propios dientes. Me tambaleé hacia atrás, golpeándome la espalda contra una de las pesadas estanterías de roble, y los libros de Derecho cayeron al suelo a mi alrededor.

No levanté las manos. No me defendí.

Roberto volvió a abalanzarse, con el rostro morado de pura ira y la saliva salpicando, mientras gritaba a pleno pulmón.

—¡HAS TOCADO A MI HIJA! —Me asestó otro puñetazo, esta vez en el pómulos, haciendo que la habitación diera vueltas—. ¡HAS DEJADO EMBARAZADA A MI NIÑA Y LA HAS TIRADO A LA CALLE COMO A UN PERRO! ¡CONFIÉ EN TI! ¡TE DEJÉ ENTRAR EN MI CASA!

Me agarró por el cuello y me empujó con toda su furia contra la madera de la estantería. Tenía los ojos inyectados en sangre y las lágrimas de odio le resbalaban libremente por el rostro manchado.

—Pégame —susurré, con la sangre chorreándome del labio hasta la barbilla, mirando fijamente su furia sin apartar la vista—.

Pégame hasta matarme, Roberto. Me lo merezco. Soy la basura a la que debes culpar.

—¡Monstruo cobarde! —me escupió en la cara, empujándome con tanta violencia que caí al suelo, de rodillas entre los libros esparcidos. Se quedó de pie sobre mí, jadeando con fuerza, con el pecho retumbando de dolor y rabia—. ¿Te crees el rey del mundo? ¿Que tu poder compra la destrucción de mi familia?

—Creía que compraba mi seguridad. Y por eso, perdí mi alma —respondí, apoyando la mano en el suelo de madera, sintiendo cómo me latía y se hinchaba la cara con cada latido del corazón.

Alguien empezó a dar puñetazos a la puerta desde fuera. Los gritos de Roberto habían resonado por todo el piso. El pomo giraba frenéticamente.

—¡Doctor Roberto! ¡Doctor Henrique! ¿Qué está pasando? — La voz de la secretaria, chillona y presa del pánico, se coló en la sala.

Roberto no me quitaba los ojos de encima. El dolor por la pérdida de su hija, multiplicado por la peor traición imaginable, había transformado a aquel hombre rígido y comedido en una fuerza letal de venganza.

—La sociedad está destrozada —decretó, con voz temblorosa, señalándome con el dedo como si fuera un arma cargada—. A partir de hoy, ya no tienes nombre, ya no tienes despacho, ya no tienes nada en esta ciudad. Voy a convocar a la junta directiva, voy a abrir una investigación, voy a recurrir a cada favor, cada cliente, cada juez que conozco para aniquilarte. Voy a destruir tu carrera de tal manera que ni siquiera un bufete de barrio acepte tu currículum.

Levanté la cara. La sangre manchaba el cuello de mi camisa blanca de algodón egipcio. La promesa de destrucción de Roberto debería aterrorizarme; sin embargo, por primera vez en treinta y cuatro años, la idea de perder mi imperio no me provocó ni un solo escalofrío. El bufete ya estaba muerto para mí.

—Quédate con todo —dije, levantándome lentamente, con el cuerpo dolorido, pero el alma extrañamente ligera, despojada de aquella carga insoportable—. El nombre, el dinero, los clientes. Quítame todo. Ya no vale absolutamente nada.

Abrí la puerta bajo las miradas aterrorizadas de la mitad del equipo, que se agolpaba en el pasillo. Nadie se atrevió a decir una palabra. Mi aspecto —el rostro ensangrentado, el traje arrugado y el aire de ruina total— paralizó a toda la planta.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué la llave de mi despacho, mi tarjeta de socio sénior y la tarjeta de acceso corporativa. Lo dejé todo sobre el mostrador de recepción, ignorando a la secretaria temblorosa.

Recorrí los pasillos de la oficina que yo mismo había ayudado a construir, en dirección al ascensor, bajo la mirada silenciosa de mis antiguos empleados.

Mi imperio se había reducido a cenizas en cuestión de diez minutos. Mi reputación en Curitiba estaba a punto de ser arrasada por la maquinaria de guerra de Roberto. Ya no tenía sociedad, ya no tenía máscara y, sobre todo, ya no tenía a la mujer y al hijo que, por fin, comprendí que eran lo único que realmente importaba.

Sin embargo, mientras las puertas del ascensor se cerraban, aislándome del tribunal corporativo, me limpié la sangre de la cara con el dorso de la mano y respiré hondo. Al Henrique que quedaba, destrozado, sangrando y despojado de todo, solo le quedaba un único y desesperado propósito por el que luchar a partir de ese instante: buscar hasta en el infierno, si era necesario, para encontrar a la familia a la que él mismo había arrojado al abismo.



ALINE
Ferraz

Capítulo 17

El comedor de la familia Albuquerque era el epicentro de la vida en aquella casa. A diferencia de la inmensa mesa de caoba oscura de la mansión de Curitiba, donde los sitios estaban marcados por la jerarquía y el tintineo de los cubiertos sobre la porcelana resonaba como golpes de martillo en un tribunal, allí la mesa era redonda, de una madera rústica y clara, concebida para acercar a las personas.

La cena de aquella noche desprendía el reconfortante aroma del guiso de carne con patatas que Sônia había preparado con su habitual dedicación. Léo parloteaba animadamente sobre un proyecto de ciencias del colegio que tenía que ver con volcanes de arcilla y bicarbonato sódico, mientras Ana y Arthur escuchaban con

esa atención genuina que solo los padres profundamente enamorados de sus hijos son capaces de tener.

Yo hacía girar entre los dedos el vaso de zumo natural de maracuyá, sintiendo cómo mi corazón latía a un ritmo ligeramente más acelerado. Tenía una confesión atascada en la garganta. Un vestigio de mi trauma en Curitiba aún me hacía temer el momento de compartir mis decisiones. Toda mi vida, cada vez que expresaba un deseo auténtico que se salía del guion escrito por mi padre, me recibían con reproches, castigos o miradas de gélida decepción.

Pero tenía que hablar. Se lo debía a la página en blanco que me habían dado.

Aproveché el momento en que Gabriel corrió a la cocina con Sônia en busca del postre para carraspear suavemente, atrayendo las miradas de la pareja.

—Ana... Arthur... quería contaros algo —comencé, con la voz un poco más baja de lo habitual. Mis dedos se posaron instintivamente en el borde de la mesa.

Ana dejó los cubiertos inmediatamente; su dulce sonrisa de siempre dio paso a una mirada atenta. Arthur se recostó en la silla, con sus ojos oscuros fijos en mí con esa serenidad que siempre me desarmaba.

—Adelante, Aline. ¿Ha pasado algo? ¿Han vuelto las náuseas? —preguntó Ana, inclinándose ya hacia mí.

—No, no tiene nada que ver con el bebé. De hecho, me siento estupendamente —me apresuré a tranquilizarla, inspirando profundamente—. Es por la universidad. He hecho lo que habíamos hablado. He dado de baja mi matrícula en la Universidad Federal de Paraná de forma definitiva.

Ana asintió, animándose.

—Menos mal. Eso significa que has cortado oficialmente los lazos con tu pasado. Ahora podemos centrarnos en encontrar un

buen programa de Derecho a distancia por aquí, para que no te retrases en los semestres.

Tragué saliva, notando cómo me sudaban las palmas de las manos.

—Ahí está el problema, Ana... —La miré a ella y, a continuación, a Arthur—. No he buscado programas de Derecho. He cerrado todas las pestañas que teníamos guardadas. Yo... yo no quiero ser abogada.

El silencio se apoderó de la mesa redonda. Durante una fracción de segundo interminable, el fantasma del Dr. Roberto gritó en mi cabeza, prometiéndome furia y desprecio por estar desperdiciando un futuro brillante. Me encogí por dentro, esperando la reprimenda. Esperando a que Arthur dijera que estaba siendo inmadura al tirar por la borda años de estudio y que mi obligación como madre soltera sería buscar la carrera más estable y lucrativa posible.

Pero la ira nunca llegó.

En cambio, los labios de Ana se curvaron en una amplia y radiante sonrisa, y sus ojos brillaron con un orgullo que me dejó paralizada.

—¿Y qué quiere ser la verdadera Aline?

Apreté las manos sobre el regazo, sintiendo cómo las lágrimas de alivio me picaban en los ojos.

—No dejaba de pensar en nuestra conversación en tu despacho, Arthur —dije, volviéndome hacia él—. Sobre construir desde cero. Sobre coger un terreno vacío y levantar santuarios para que la gente se sienta segura. No quiero pasarme la vida luchando en los tribunales, destruyendo la paz de los demás. Quiero crear. Quiero diseñar. Me he pasado toda la tarde investigando los planes de estudios de las facultades de Arquitectura y Urbanismo de São Paulo. Y, por primera vez en mi vida, un programa académico no me ha hecho querer llorar, sino empezar.

Arthur esbozó una sonrisa fascinada. Su imponente postura se relajó y apoyó los brazos sobre la mesa, cruzando los dedos.

—Arquitectura —repitió, sopesando la palabra en el aire antes de lanzarme una mirada de puro ánimo—. Es una de las profesiones más bellas del mundo, Aline. Exige matemáticas, exige técnica, pero, sobre todo, exige alma. Tienes que ser capaz de ver el potencial donde los demás solo ven hormigón roto. Y, por lo poco que sé de ti, diría que tu capacidad de resiliencia y tu visión ya superan a las de muchos profesionales veteranos.

—¿De verdad lo crees? —susurré, con la incredulidad y la esperanza luchando en mi tono de voz—. No tengo ninguna base. Solo sé leer leyes y jurisprudencia. Tengo miedo de estar siendo ingenua y de no estar a la altura.

—El miedo forma parte del proceso de quien está construyendo nuevas bases —respondió Arthur, con un tono grave, pero impregnado de una confianza inquebrantable. Intercambió una mirada rápida y cómplice con Ana antes de volver a centrarse en mí—. Tengo una propuesta para ti. Si de verdad estás dispuesta a lanzarte de cabeza a este mundo, no esperes a que empiecen las clases para descubrir cómo funciona.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Como ya has visto en mi estudio aquí en casa, tengo mi propio estudio de arquitectura —explicó, con un tono de voz que denotaba entusiasmo profesional—. Y allí siempre necesitamos gente con ganas de aprender y con ideas frescas. Ven a mi despacho dos o tres veces por semana. Como becaria. Te pondré a trabajar con nuestros equipos de diseñadores...

Se me cortó la respiración. Se me abrió un poco la boca.

El hombre que tenía delante no solo validaba mi ruptura con el imperio de mi padre; me estaba abriendo las puertas de su propio imperio para enseñarme a volar. No era una caridad de cortesía. Era

una inversión real en mi potencial. Una creencia genuina en que yo era capaz.

—Arthur... yo... ni siquiera sé cómo darte las gracias. ¡Acepto! ¡Por supuesto que acepto! —exclamé, con la emoción dominándome de tal manera que me llevé las dos manos al rostro para ocultar el torrente de lágrimas de felicidad que amenazaban con mancharme las mejillas.

Ana se levantó de su silla, rodeó la mesa y me abrazó por detrás, besándome en la coronilla.

—¿No te dije que el terreno baldío era lo mejor? —susurró con dulzura—. Bienvenida al mundo real, Aline. Un mundo en el que puedes ser lo que quieras.

El resto de la cena fue una neblina de euforia. Hablamos de las corrientes arquitectónicas, de los plazos de los exámenes de acceso a la universidad y de cómo podría organizarme económicamente a largo plazo con el dinero que había ahorrado de mi paga. Por primera vez en mi vida, planificar el futuro no parecía una marcha hacia el corredor de la muerte; parecía un viaje lleno de emocionantes descubrimientos.

Más tarde, cuando la casa ya estaba sumida en el silencio nocturno, con los niños dormidos y Arthur trabajando en la planta baja, yo me encontraba en mi habitación de invitados. Estaba sentada en el suelo mullido, con decenas de folletos de universidades de São Paulo esparcidos a mi alrededor, dibujando líneas aleatorias y bocetos torpes de ventanas en un cuaderno en blanco, solo por el placer de sentir el lápiz deslizándose sobre el papel sin la obligación de acertar o equivocarme.

Se oyeron dos suaves golpes en la puerta entreabierta.

Ana entró con dos tazas humeantes en las manos. El aroma a leche caliente con canela inundó la habitación. Llevaba una bata de seda oscura y tenía el pelo suelto cayéndole sobre los hombros.

—He decidido traer un poco de combustible para la futura arquitecta de esta casa —dijo en tono divertido, sentándose en el suelo a mi lado y entregándome una de las tazas.

—Sônia se pondrá celosa si se entera de que te has hecho con el control de la cocina por la noche —bromeé, sujetando la taza caliente y sintiendo cómo el calor se irradiaba hacia mis palmas.

Ana se rió entre dientes y dio un sorbo. Su mirada recorrió los garabatos torpes de mi cuaderno.

—No te fijas en los garabatos —me apresuré a decir, sonrojándome ligeramente y cerrando el cuaderno—. Arthur va a tener que tener mucha paciencia conmigo. Mis trazos todavía parecen los de una niña de cinco años.

—El talento se va puliendo con el tiempo. Lo que importa es la chispa, y la tuya arde con fuerza —respondió ella, mientras su mirada se suavizaba, cargada de una empatía tan profunda que casi tocaba mi alma—. Estabas radiante ahí abajo, Aline. Nunca te había visto sonreír así. Tus ojos brillaban.

Bajé la taza hasta mi regazo. La euforia de la cena se había asentado, dando paso a una vulnerabilidad serena y absoluta. El silencio de la habitación envolvía el momento, y miré a la mujer que me había salvado del abismo.

—Pensé que mi vida había terminado en el momento en que se cerró la puerta del ascensor de su ático —confesé, en un susurro tembloroso—. Pensé que, al quedarme embarazada y ser expulsada de la forma tan cruel en que lo fui, estaba destinada a ser una mendiga, una marginada, la decepción absoluta que mi padre había profetizado. Henrique destruyó a la mujer que yo creía ser.

Respiré hondo, sintiendo cómo se me hinchaba el pecho.

—Pero hoy... sentada en esa mesa contigo y con Arthur... me he dado cuenta de que Henrique no destruyó mi vida. Destruyó la prisión en la que estaba encerrada. —Me acaricié el vientre, aún imperceptible para el mundo, pero ya el centro de gravedad de mi

universo—. Nunca habría sido libre si hubiera seguido en esa sucia relación. Nunca habría tenido el valor de abandonar el Derecho si no me hubieran obligado a huir. La verdad, Ana, es que por fin estoy descubriendo quién soy.

Dejé la taza a un lado y le cogí la mano, apretándole los dedos con toda la fuerza y el respeto de que era capaz.

—No tengo palabras, ni dinero ni forma de pagaros por lo que estáis haciendo por mí y por mi hijo —sollocé, mientras lágrimas cálidas de gratitud se abrían paso por mi rostro—. No solo me habéis dado una cama y comida. Me estáis devolviendo la dignidad y un futuro. Si hoy puedo apoyar la cabeza en la almohada y tener esperanza, es porque el Apartado Postal 104 me ha enviado a la mejor familia del mundo. Solo puedo darte las gracias, Ana. Para siempre.

Ana soltó su taza y entrelazó sus dos manos con las mías, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—Ya nos estás pagando, Aline —murmuró, con la voz cargada de emoción—. El Apartado Postal 104 no quiere tu dinero. Nuestra recompensa es ver precisamente eso. Es ver a una mujer destrozada levantarse, mirar a los ojos a sus fantasmas y decidir que va a construir su propio castillo en lugar de limpiar las mazmorras de hombres cobardes.

Se inclinó y me besó en la mejilla mojada.

—Sigue dibujando, querida. Construye tu nueva vida. Estaremos aquí para sujetar las paredes hasta que fragüen los cimientos.

Cuando Ana salió de la habitación, apagando la luz principal y dejando encendida solo la lámpara de mesa amarillenta, me recosté contra el borde de la cama. El silencio volvió a reinar, pero ya no había ecos de mi pasado en Curitiba. No estaba la voz gélida de Roberto ni el rechazo brutal de Henrique. Solo existía el ritmo tranquilo de mi respiración y la certeza inquebrantable de que la

niña sumisa había muerto de verdad aquella fría madrugada en la estación de autobuses.

Estaba preparada. La hoja estaba en blanco y mi lápiz, por fin, estaba en mis propias manos.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 18

Dos meses...

Sesenta días desde que la pesada puerta de roble de mi antigua oficina se cerró a mis espaldas por última vez. Sesenta días desde que el nombre «Henrique» dejó de ser sinónimo de poder en los tribunales del sur del país para convertirse en un fantasma del que se susurraba en los círculos de cotilleo de la alta sociedad de Curitiba.

Había liquidado mis cuentas bancarias personales, empaquetado media docena de prendas y dejado Curitiba atrás sin mirar por el retrovisor. Mi ático seguía allí, cerrado con llave, a oscuras e inútil. Mi destino, mi obsesión y mi purgatorio tenían un nuevo prefijo telefónico.

La capital de São Paulo.

La suite principal del hotel de cinco estrellas, que había alquilado por tiempo indefinido, no se parecía en nada al refugio de un hombre rico de vacaciones. Se había convertido en un búnker, en una sala de guerra caótica y sombría.

Estaba de pie frente a la pared de cristal que daba a la selva de asfalto de São Paulo, sosteniendo una taza de café amargo. La mesa de comedor de caoba que tenía detrás estaba sepultada bajo mapas de zonificación de la ciudad, listas impresas de urbanizaciones cerradas en las proximidades de aeropuertos ejecutivos, informes de investigadores privados y cientos de fotografías de cámaras de seguridad.

Mi reflejo en el cristal era el de un desconocido. El pelo oscuro estaba más largo y revuelto. La barba rala de varios días ensombrecía una mandíbula permanentemente tensa. Llevaba una camiseta negra sencilla y unos vaqueros oscuros; el traje italiano y la corbata de seda habían sido incinerados junto con mi antigua vida.

El sonido de la puerta de la suite al abrirse con la tarjeta electrónica me sacó de mi ensimismamiento.

Vargas, el investigador que había trasladado su base de operaciones a São Paulo exclusivamente para colaborar en mi búsqueda, entró en la habitación. Parecía agotado y dejó caer sobre el sofá de cuero un maletín marrón repleto de documentos.

—Dime que has encontrado algo, Vargas. Cualquier cosa — espeté, girándome y caminando hacia la mesa, con la voz áspera.

Vargas suspiró y se aflojó el cuello de la camisa.

—São Paulo es un monstruo, doctor Henrique. Es una metrópolis diseñada para tragarse a la gente. Tenemos a diez hombres infiltrados en las redes informáticas de clínicas obstétricas privadas y hospitales de vanguardia. Hemos sobornado a recepcionistas en los barrios de Moema, Jardins, Vila Nova Conceição y Morumbi. Hasta ahora, no hay ningún registro de seguimiento prenatal a nombre de Aline.

Di un puñetazo en la mesa, haciendo que la taza de café temblara.

—¡Está embarazada! —grité, con la frustración y el terror a punto de asfixiarme—. ¡Debe de estar entrando en el cuarto mes de gestación! Necesita seguimiento médico. A menos que... a menos que haya utilizado un nombre falso. O que esté recurriendo al sistema público en las afueras.

Se me revolvió el estómago con violencia. La imagen de la hija de Roberto, la heredera criada entre sábanas de seda, tirada en la cola de un centro de salud público, sin recursos, pasando necesidades por mi culpa, era una tortura física.

—No descartamos el sistema público, doctor. Pero quien la ha traído aquí tiene dinero —reflexionó Vargas, acercándose a la mesa y abriendo el maletín marrón—. Están protegiendo a la chica. Los gastos médicos no se están facturando a su nombre. Quien la protege lo está pagando todo en negro, en efectivo o por medio de cuentas de terceros.

Me pasé ambas manos por la cara, respirando con dificultad.

Quien la protege...

Esas palabras eran un recordatorio agridulce. Por un lado, daba gracias a Dios a cada segundo por saber que ella no estaba durmiendo en la calle. Por otro, los celos enfermizos, el instinto de posesión y la percepción de que un desconocido estaba desempeñando el papel de hombre y de escudo que yo había rechazado me consumían como el ácido. Había fracasado en mi única misión real.

—Pero no he venido aquí con las manos vacías —continuó Vargas, cambiando el tono de voz a uno más analítico. Sacó un documento impreso con el escudo de una universidad federal—. Hemos supervisado sus actividades académicas. Aline no ha solicitado el traslado a ninguna otra facultad de Derecho del país.

Fruncí el ceño mientras cogía el papel de sus manos.

—¿Qué quieres decir con que no ha solicitado el traslado? ¿Ha suspendido sus estudios en la Universidad Federal de Paraná, pero no ha solicitado la convalidación de créditos?

—Exactamente —explicó el investigador, señalando la pantalla de su tableta—. Accedió al portal de estudiantes de la UFPR, suspendió su matrícula por tiempo indefinido y, sencillamente, desapareció del mapa académico del ámbito jurídico. He hablado con algunos contactos en el Ministerio de Educación. No hay ninguna solicitud de traslado a otra facultad de Derecho del país.

Me quedé mirando el papel en blanco, con mi mente aguda de abogado penalista procesando la información, encajando las piezas de un rompecabezas invisible.

¿Por qué no se cambió de carrera?

Y entonces, lo comprendí de golpe, en silencio.

«Mi padre nunca me creería... Me moldearon para ser una copia de él».

Las conversaciones susurradas que mantuvimos en la oscuridad de mi ático de Curitiba volvieron a mi mente. Aline siempre había odiado los tribunales. Solo estudiaba Derecho porque Roberto la asfixiaba y las expectativas de la familia la encadenaban a ese maldito vademécum.

Aline no solo estaba huyendo de mí. Estaba huyendo de toda esa prisión. Aquella chica joven, valiente y desesperada, había utilizado el abismo al que la había arrojado como trampolín para hacer estallar su propio destino. No iba a ser abogada. Estaba cortando todos los lazos que la ataban al pasado.

Una sonrisa triste y vacía se dibujó en mis labios agrietados.

Me encontraba ante la prueba irrefutable de la extraordinaria fuerza de la mujer a la que amaba. Era una superviviente y la ironía era que estaba sobreviviendo a lo que yo le había hecho.

—No quiere que la encuentren por los métodos tradicionales, Vargas —murmuré, dejando caer el papel sobre la mesa—. No está en el ámbito jurídico. Su padre la buscaría en las facultades de Derecho. Nosotros la estábamos buscando en clínicas con su nombre. Olvídate de su número de identificación fiscal.

—Entonces, ¿qué sugiere usted? —preguntó Vargas, cruzando los brazos.

—Vamos a buscar la aguja en esa red de protección —ordené mientras la claridad volvía a mis ojos, agudizando mi obsesión—. Alguien pagó ese jet. Alguien la recogió en la estación de autobuses. Quiero que rastrees donaciones millonarias a ONG, redes de refugios extraoficiales, foros de la dark web que se ocupen del rescate de mujeres, refugios de protección para víctimas de violencia... Debe de haber pedido ayuda en algún sitio antes de huir.

Vargas asintió, con mirada decidida, mientras anotaba las coordenadas.

—Duplico el presupuesto del equipo de inteligencia, Vargas. Vendo mis acciones en fondos inmobiliarios, vendo el ático. Me gasto hasta el último céntimo. Pero encuentra la rendija en esa armadura que la está protegiendo.

Cuando el investigador salió de la suite, el silencio asfixiante volvió a inundar la estancia.

Volví a acercarme a la ventana panorámica. El sol se ponía en el horizonte de São Paulo, tiñendo los edificios con un brillo anaranjado y melancólico. Apoyé la mano abierta contra el cristal, contemplando las infinitas ventanas iluminadas que empezaban a salpicar la ciudad.

Ella estaba allí. Bajo ese mismo cielo, en algún lugar de aquella selva de asfalto, la mujer de mi vida llevaba a mi hijo en su vientre.

Se me hizo un nudo en la garganta. La nostalgia era una presencia física, un fantasma que se acostaba a mi lado en la cama

todas las noches, recordándome el dulce perfume y la suave piel que había profanado con mi vanidad.

—Te encontraré, Aline —susurré contra el cristal frío, una promesa solemne, la única oración que un pecador como yo conocía—. No quiero arrastrarte de vuelta. No quiero obligarte a nada. Solo necesito verte. Solo necesito mirarte a los ojos y suplicarte de rodillas para que sepas que, en el momento en que desapareciste, toda mi vida se acabó.



ALINE
Ferraz

Capítulo 19

El breve y metálico zumbido de mi móvil resonó contra la madera del escritorio. Estaba inclinada sobre un plano, intentando entender la escala de una fachada, pero el sonido me hizo soltar el escalímetro. Deslicé el dedo por la pantalla para desbloquearla. Era una notificación de la aplicación del banco.

Se me paró el corazón al ver el saldo actualizado.

Había un ingreso recién abonado. No era una cantidad astronómica. Si estuviera en Curitiba, mi padre probablemente se gastaría esa cantidad en una sola cena de negocios con clientes de alto nivel. Pero ese dinero, fruto de mi primer mes de prácticas en el estudio de arquitectura de Arthur, tenía el sabor de la libertad más pura, absoluta y embriagadora.

Por primera vez en mi vida, disponía de dinero que no estaba sujeto a condiciones, chantajes emocionales ni exigencias de perfección. En la mansión de Batel, mi paga era generosa, pero era un collar de oro; el Dr. Roberto la utilizaba para recordarme que le pertenecía, que mi techo, mi ropa y mi futuro eran concesiones de su generosidad.

Sin embargo, ese sueldo que aparecía en mi pantalla era solo mío. Era el resultado de mis horas descifrando programas de modelado, de mis bocetos rehechos decenas de veces, de mi propio sudor.

Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Dejé el móvil a un lado y me llevé ambas manos al vientre. Con casi cinco meses de embarazo, ya no podía ocultar el volumen bajo sudaderas holgadas. Era una curva innegable, firme y orgullosa.

—Lo hemos conseguido, mi pequeña —susurré al silencio de la habitación, sintiendo una ligera patada contra la palma de mi mano.

Mi pequeña...

La revelación había tenido lugar en la ecografía de la semana anterior. Cuando la doctora Mariana deslizó el transductor y, con una suave sonrisa, señaló la pantalla confirmando que esperaba una niña, mi mundo pareció entrar en una nueva órbita. Ver su pequeño perfil en blanco y negro despertó a una leona dentro de mí. Iba a criar a una mujer y me juré a mí misma que las cadenas de la sumisión que me habían atado toda la vida se habían roto en mi generación. Mi hija nunca bajaría la cabeza ante ningún hombre. Sería libre.

Aquella misma tarde, al salir de la oficina de Arthur en el centro de São Paulo, con el sol de invierno aún iluminando las calles, decidí dar un rodeo.

Entré en una de esas tiendas de artículos infantiles, sencillas pero acogedoras. El olor a talco, lavanda y algodón de azúcar casi

me derribó de tanta emoción. Recorrí los estantes con las manos temblorosas y la mirada perdida en un mar de encajes, prendas de punto y tejidos suaves. Ninguna de las niñeras de mi padre estaba allí para llevarme las bolsas. Ninguna tarjeta «black» de Henrique pagaría aquello para acallar su propia culpa.

Elegí cada prenda con una devoción casi religiosa. Cogí tres diminutos peleles de punto en tonos lila y amarillo claro, un par de zapatitos de ganchillo blancos que cabían en la palma de mi mano y dos mantas de algodón tan suaves que parecían hechas de nubes.

Cuando llegué a la caja y acerqué mi propia tarjeta de débito al terminal, el pitido de confirmación de la compra sonó como un grito de victoria. Yo era el escudo de mi hija y me las arreglaría.

Al llegar a casa de los Albuquerque, me encontré con Ana en el salón. La luz dorada del atardecer entraba por las ventanas de cristal, iluminando su perfil sereno mientras leía un libro de tapa dura en el sofá. En cuanto me vio entrar con las brillantes bolsas de la tienda, Ana cerró el libro y esbozó esa sonrisa reconfortante que siempre desarmaba mis defensas.

—No he podido resistirme... —confesé, riendo nerviosamente y esparciendo las bolsas sobre la alfombra mullida del salón.

Me senté en el suelo, sacando los peleles y las mantitas, mostrándole cada detalle con un entusiasmo desbordante. Ana se bajó del sofá y se sentó a mi lado, admirando cada prenda, pasando los dedos por la tela de los zapatitos blancos con los ojos azules llenos de lágrimas.

—Son divinos, Aline. Nuestra niña va a ser una auténtica princesa —murmuró, acariciando el pelele lila contra su propio pecho, como si ya la estuviera acunando.

Esas palabras, «*nuestra niña*», acabaron con lo que me quedaba de autocontrol. El entusiasmo dio paso a una oleada de gratitud tan intensa, tan ineludible, que el nudo que tenía en la garganta se volvió doloroso.

—Ana... —murmuré con la voz quebrada y bajé la cabeza, fijando la mirada en mis propias manos sobre la alfombra—. No sé cómo devolverte todo esto.

—¿Devolver qué? Lo has comprado con tu sueldo, tienes todo el derecho a estar orgullosa —replicó con dulzura.

—No es por la ropa. Es por todo... —Levanté la cara, y las lágrimas finalmente se desbordaron, dejando un rastro cálido sobre mis mejillas—. El techo que me habéis dado. La protección. El hecho de que Arthur me abriera las puertas de su oficina para enseñarme un oficio desde cero. El hecho de que me tratéis como a una hija... Miro este primer sueldo y, aunque siento un orgullo inmenso, sé que podría vivir diez vidas enteras y no conseguiría saldar la deuda que tengo con esta familia. Siento que soy una carga. Me gustaría poder hacer más por vosotros.

Ana soltó la ropita de bebé. Su expresión perdió la ligereza lúdica y adquirió la firmeza de una matriarca que conocía el dolor de quien ha sido destrozada por el mundo. Me sujetó la cara con sus dos manos cálidas, secándome las lágrimas con los pulgares.

—Escucha bien, Aline. La red que ha creado el Apartado Postal 104 funciona precisamente porque nadie cobra deudas a quienes aún están sufriendo —dijo, con voz baja y penetrante—. Llegará tu momento de devolver el favor. Te lo prometo. Un día, dentro de unos años, cuando seas una arquitecta titulada, cuando tu hija esté corriendo por un jardín que tú misma hayas comprado, sonará tu teléfono. Alguien necesitará tu mano en la oscuridad, una puerta abierta en una noche de lluvia. Y tú se la tenderás con la misma fuerza con la que nosotras te la tendimos a ti. Así es como gira la rueda.

Ella apoyó su frente contra la mía.

—Pero ese momento no es ahora. En este momento, tu única tarea es dejar que te cures. Acepta que te cuiden, Aline. Deja que Arthur y yo seamos tus cimientos hasta que tus muros sean lo

suficientemente fuertes como para sostenerse por sí solos. No eres una carga.

La abracé, hundiendo la cara en su hombro y llorando hasta que el peso de la culpa por la generosidad ajena se borró por completo de mi pecho.

Sin embargo, la curación es un proceso imperfecto. Durante el día, rodeada del amor de Ana, de Sônia y de los niños, me sentía invencible. Pero cuando llegaba la madrugada, trayendo consigo el silencio denso y aislado de la habitación de invitados, los fantasmas del pasado aún sabían exactamente cómo abrir la puerta.

Tumbada de lado en mi cama, me subí la manta hasta la barbilla y observé las sombras de las hojas meciéndose por la rendija de la cortina.

Un rato antes, justo después de cenar, fui testigo de una escena trivial en la cocina. Ana estaba lavando las copas de vino y Arthur, que había bajado a por agua, la abrazó por detrás. Apoyó la barbilla en el hombro de ella, le susurró algo que la hizo reír en voz baja y le dio un beso prolongado y devoto en el cuello. No había lujuria exhibicionista; solo una unión absoluta. Una intimidad propia de quienes ven el alma del otro y la consideran el lugar más seguro del mundo.

Aquella escena tan sencilla me había clavado una estaca en el pecho. Era imposible convivir con un amor tan sano y no poner mi propia tragedia bajo el microscopio.

Cerré los ojos con fuerza, pero la imagen de Henrique invadió mi mente con su arrogancia de siempre. El aroma cítrico y amaderado de su perfume importado pareció inundar la habitación. El recuerdo del peso de su cuerpo sobre el mío entre las sábanas de hilo egipcio, sus grandes manos apretando mi cintura y su voz grave susurrando que yo era suya, que nadie me alejaría jamás de él.

Una parte oscura, ingenua y estúpida de mi cerebro se atrevió a fantasear.

¿Y si él hubiera dicho que sí? ¿Y si se hubiera enfrentado a mi padre, me hubiera cogido de la mano y se hubiera hecho cargo de nuestra niña? ¿Dónde estaríamos viviendo ahora? ¿Estaríamos también abrazados en una cocina?

Apreté los ojos hasta ver puntos luminosos de colores, castigándome por aquella debilidad. Las lágrimas que resbalaban por mi almohada no eran de gratitud, sino de amargo duelo por una ilusión. Tenía que acabar con aquella fantasía antes de que me enfermara.

No estaba en Curitiba abrazada a Henrique porque él era una farsa. El hombre del que me había enamorado nunca existió de verdad; no era más que un producto de mi necesidad, una figura de autoridad rebelde que confundí con libertad.

Henrique no era Arthur.

Mientras Arthur construía santuarios, tanto literales como emocionales, para proteger a su familia de cualquier tormenta, Henrique levantaba murallas de vanidad para protegerse solo a sí mismo. Para Arthur, el imperio eran las sonrisas de Ana, Léo y Gabriel. Para Henrique, el imperio era el nombre en la puerta de un despacho, la aprobación de mi padre y el equilibrio de poder en el tribunal. Desde el momento en que mi embarazo amenazó con estropear su traje perfectamente planchado, pasé de ser «la mujer de su vida» a «un error colosal».

Me llevé la mano al vientre una vez más, acariciando el pequeño bulto con un gesto protector.

La amaba. Amaba a mi niña con una fuerza que trascendía mi propio cuerpo. Y no permitiría que el fantasma de un hombre tan cobarde ocupara ningún espacio en la increíble vida que las dos estábamos empezando a trazar. Respiré hondo, dejando que el frío del resentimiento endureciera lo que debía endurecerse, y me di la vuelta, decidida a cerrar para siempre en mi mente las puertas de Curitiba.



Capítulo 20

La llovizna que caía sobre São Paulo aquella mañana dejaba el cielo gris, pero dentro de la suite de mi hotel, el ambiente era denso y cargado de tensión.

Estaba sentado en el sillón junto a la ventana, con la mirada perdida en el tráfico atascado de la avenida, cuando la puerta se abrió con un clic seco. Vargas entró. No llevaba las carpetas repletas de documentos inútiles ni el semblante de frustración de los últimos meses. El investigador se dirigió al centro de la habitación, se detuvo frente a mí y, en un silencio cargado de gravedad, me tendió una tableta.

—El muro tenía una rendija, doctor Henrique —murmuró Vargas—. La hemos encontrado.

Mi corazón se detuvo. Literalmente se detuvo durante una fracción de segundo; la sangre se me heló en las venas antes de volver a brotar con la fuerza de un maremoto.

Cogí la tableta con las manos temblorosas. La pantalla mostraba la imagen de una cámara de seguridad de altísima resolución, captada en la acera de un edificio comercial de lujo en el centro de la ciudad.

Y allí estaba ella.

El aire se me escapó de los pulmones con una violencia física. Aline caminaba hacia las puertas de cristal del edificio. Llevaba unos pantalones holgados y un abrigo de lana abierto, con el pelo oscuro recogido en una sencilla coleta. No llevaba el pesado vademécum, ni la ropa rígida e impecable que Roberto la obligaba a llevar. En su lugar, llevaba un tubo cilíndrico con planos y una mochila de lona colgada del hombro.

Sin embargo, no fue la mochila lo que absorbió todo el oxígeno de la sala.

Fue la curva nítida, redondeada e innegable que se adivinaba bajo la camiseta de algodón. El embarazo. Mi hijo. El fruto de mi sangre, creciendo fuerte y protegido en el vientre de la mujer a la que había echado a la calle. Una lágrima caliente, pesada y solitaria se escapó de mis ojos, cayendo directamente sobre el cristal de la pantalla de la tableta.

Deslicé la imagen hasta la siguiente foto, que enfocaba su rostro.

Me preparé para ver los rasgos de la chica aterrorizada y destrozada que había abandonado mi ático. Sin embargo, el rostro que me miraba desde la pantalla no mostraba miedo. Aline estaba sonriendo. Era una sonrisa serena, radiante, mientras hablaba con el portero del edificio. Había un aura de paz a su alrededor que yo nunca, ni siquiera en nuestros momentos más íntimos y apasionados en Curitiba, había presenciado.

—¿Qué edificio es ese? —pregunté con una voz que no pasaba de ser un susurro ronco y entrecortado—. Eso no es un bufete de abogados, Vargas.

—No, señor. Es un prestigioso estudio de arquitectura, propiedad de un arquitecto llamado Arthur Albuquerque —explicó Vargas, cruzándose de brazos—. Hemos seguido su trayectoria. Aline no está estudiando Derecho. Está matriculada en un curso a distancia de Arquitectura y Urbanismo y realiza prácticas presenciales en ese estudio tres veces por semana. Vive con la familia de ese arquitecto en una urbanización cerrada. La acogieron y Aline abandonó el Derecho.

Recordé el asco que se reflejaba en sus ojos cada vez que hablábamos de las tácticas depredadoras del tribunal. Recordé el peso que cargaba por ser la heredera moldeada por Roberto. La huida no había sido solo para proteger al bebé de mí; había sido la ruptura brutal, aunque necesaria, con la prisión de un destino que ella nunca había elegido. Y, irónicamente, al destruirla, acabé dándole la llave de la celda. Ella floreció lejos de mi veneno. Construyó su propio santuario.

—Mis hombres ya han cartografiado las entradas del edificio y los recorridos del complejo residencial, doctor Henrique —continuó Vargas, recuperando un tono profesional y letal—. Podemos interceptarla hoy mismo, al salir de las prácticas. Puedo preparar el coche blindado, los guardias de seguridad... Usted podrá acorralarla en un entorno controlado antes de que la familia que la acoge pueda reaccionar.

Miré a Vargas y luego volví a fijar la vista en la foto de Aline sonriendo.

El viejo Henrique, ese monstruo arrogante que dictaba las reglas, que aplastaba a los testigos y que utilizaba el poder y la intimidación para arrastrar lo que quería de vuelta a su dominio, habría asintido, habría parado un coche negro delante de la oficina,

habría exigido que ella subiera y la habría asfixiado con promesas de dinero y control.

Sin embargo, ese hombre murió el día en que Roberto me dio un puñetazo en la oficina de Curitiba.

—No —respondí con firmeza, desconcertando al investigador. Le devolví la tableta—. Retira a los hombres, Vargas. A todos. Cancela la vigilancia. La caza ha terminado.

Vargas frunció el ceño, confundido.

—¿Doctor? Ha gastado mucho dinero, ha recurrido a sus contactos en la Policía Federal, ha puesto esta ciudad patas arriba durante meses para encontrarla, ¿y ahora quiere que retire al equipo?

—Quería saber si estaba viva. Si estaba a salvo. Y lo está. — Me levanté del sillón y me sequé la cara. El peso de la culpa, la realidad innegable de mis actos crueles, me aplastó de una forma dolorosa, pero necesaria—. Si me presento ante ella con guardias de seguridad e intimidación, no seré más que la continuación de la pesadilla de la que acaba de despertar. No voy a destruir la paz por la que tanto ha luchado.

—¿Y qué va a hacer usted? ¿Va a volver a Paraná?

Solté una risa ahogada y sin humor.

—No hay nada para mí en Paraná. Puede enviarme su factura final, Vargas. Su trabajo aquí ha terminado. Gracias, Vargas. Hoy me ha salvado el alma.

Cuando Vargas salió de la suite, cogí mi móvil y marqué el número de mi agente inmobiliario en Curitiba.

—¿Henrique? ¡Por Dios, hombre, toda la ciudad está hablando de tu desaparición! —La voz del agente sonaba estridente—. *La situación en la oficina de Roberto es un caos desde que te fuiste, y los rumores...*

—Escucha con atención —le interrumpí con frialdad—. Quiero que pongas mi ático a la venta hoy mismo.

—¿Qué?! Pero la escritura, los muebles importados... Henrique, el mercado está flojo, ivender rápido significaría aceptar al menos un treinta por ciento menos del valor de tasación!

—No me importa. Acepta la primera oferta que cubra el importe al contado. Vende también mis coches. Liquidada mis inversiones que aún están bloqueadas en las agencias de valores locales. Transfiere hasta el último céntimo a una nueva cuenta aquí, en el estado de São Paulo. No voy a volver a Curitiba.

Colgué el teléfono antes de que pudiera hacer más preguntas.

Estaba quemando mis propios puentes. No habría vías de escape. No habría ningún imperio al que volver cuando llegara su rechazo, porque sabía que llegaría. Mi orgullo me había costado mi familia, y la única forma de demostrar que mi redención era real era despojarme de toda la armadura que mi ego había forjado.

Dos días después, dejé la lujosa suite.

No compré una mansión en una urbanización cerrada ni un ático acristalado que gritara riqueza. Alquilé un piso modesto, limpio y extremadamente sencillo en la zona norte, a pocas manzanas del estudio de arquitectura de Arthur.

Mientras entraba en mi nuevo piso de dos habitaciones, cargando con mis pocas maletas, el silencio del lugar no me pareció opresivo como el del ático del sur. Parecía la base de una montaña que tendría que escalar descalzo.

Caminé hasta el pequeño balcón, abrí la puerta de cristal y dejé que la contaminación y el ruido del tráfico de São Paulo invadieran el ambiente. Hacia el este, unas cuantas manzanas más allá, los edificios comerciales con fachadas de cristal cortaban el cielo gris. Aline estaba allí. Respirando el mismo aire que yo, dibujando planos y llevando a nuestra hija en el vientre.

Apoyé los brazos en la barandilla metálica del balcón, con las lágrimas de añoranza nublándome la vista una vez más.

Te daré espacio, amor mío, prometí en silencio, mientras contemplaba la selva de asfalto. No voy a invadir tu santuario, no voy a gritar, no voy a exigirte nada. Sé qué monstruo he sido. Pero me quedaré aquí. Reconstruiré todo desde cero, a tus pies, para que el día que decidas mirar hacia abajo, veas que he quemado todo mi mundo solo para estar cerca de tu luz.



ALINE
Ferraz

Capítulo 21

El viento del mediodía en São Paulo soplabá con fuerza, trayendo consigo el aroma del café expreso, el asfalto caliente y el ajetreo característico de la metrópoli. Salí por las puertas acristaladas del edificio de oficinas donde se encontraba la empresa de Arthur, sintiendo cómo el sol de invierno me calentaba el rostro. El reloj marcaba la hora de comer, y mi barriga gruñó suavemente, recordándome que comía por dos.

Con cinco meses de embarazo, mi hija ya reclamaba su espacio. El volumen bajo mi vestido de punto color terracota era mi mayor orgullo. Ya no necesitaba esconderme bajo abrigos holgados ni encoger los hombros. Caminaba por la concurrida acera con la cabeza bien alta, sintiendo la brisa golpear me la cara, sujetando el asa de mi bolso de cuero con la firmeza de quien por fin se pertenecía a sí misma.

Me detuve en la esquina, esperando a que se pusiera en verde el semáforo de peatones para cruzar la calle hacia la panadería artesanal a la que solía ir con los demás becarios.

Fue entonces cuando el mundo se detuvo.

Los coches siguieron zumbando. La gente siguió chocando contra mis hombros. Pero, para mí, el oxígeno se esfumó de la atmósfera en una fracción de segundo aterradora.

Al otro lado de la calle, apoyado en una farola, con sus ojos oscuros clavados en mí, estaba *Henrique*...

El pánico fue primitivo e instintivo. Una descarga de adrenalina tan violenta que se me doblaron las piernas y un zumbido agudo se apoderó de mis oídos. Mi mano se llevó al instante al vientre, en un tembloroso escudo humano contra el monstruo de Curitiba. Mi mirada barrió la calle de forma caótica, buscando a sus guardias de seguridad, la figura austera de mi padre o el coche negro que me arrastraría de vuelta al infierno.

El semáforo se puso en verde. La multitud empezó a cruzar, formando un mar de cuerpos entre nosotros dos.

Di un paso atrás, dispuesta a correr de vuelta al interior del edificio, a gritar llamando a Arthur, a pedir ayuda en recepción. Pero no pude moverme. Porque, a medida que la acera se vaciaba, Henrique dio un paso al frente, y la luz del sol reveló lo que mis ojos aterrorizados no habían captado de inmediato.

El hombre que cruzó la calle lentamente y se detuvo a unos tres metros de mí —una distancia respetuosa— era un fantasma de aquel abogado implacable. No llevaba el traje italiano a medida, cortado con precisión quirúrgica. No llevaba el reloj de oro brillando en la muñeca, ni tenía la postura arrogante de quien se cree dueño del mundo.

Henrique llevaba unos vaqueros oscuros y un sencillo jersey de lana gris. Su pelo, siempre impecablemente peinado con gomina, estaba más largo y revuelto. Su mandíbula tensa estaba cubierta por

una barba rala, y su rostro... El rostro que tantas veces besé en la oscuridad estaba demacrado, envejecido y marcado por unas ojeras tan profundas que parecían manchas de hematomas.

Se detuvo, no se abalanzó sobre mí ni extendió las manos para agarrarme. Levantó las palmas abiertas a la altura del pecho, en un gesto universal de rendición.

—Aline... —Su voz falló. Sonó ronca, quebrada e irreconocible, como si no la hubiera usado en semanas.

El sonido de mi nombre en sus labios hizo que el corazón se me subiera a la garganta. Pero la ausencia de amenaza me dio los milisegundos necesarios para que el pánico retrocediera, dando paso a una fuerza que ni siquiera sabía que había consolidado tan bien. Ya no era la chica de dieciocho años empapada por la lluvia en una estación de autobuses. No iba a temblar.

—¿Qué haces aquí? —espeté, dura, gélida y cortante como cristal roto. Apreté los dedos alrededor de la tela de mi vestido, protegiendo a mi hija—. ¿Cómo me has encontrado?

Sus ojos oscuros, antes fríos y calculadores, bajaron hacia mi vientre. Vi el instante exacto en que reparó en mi vientre y aquello lo sacudió por dentro. Su amplio pecho subía y bajaba con una respiración entrecortada, y las lágrimas —abundantes, pesadas y desesperadas— comenzaron a resbalarle por el rostro, sin ningún intento de ocultarlas.

Henrique, el hombre que se reía de la debilidad ajena, estaba llorando en una concurrida acera de São Paulo.

—Te he buscado en cada sombra de este país —susurró, con las lágrimas mojándole la barba sin afeitar—. Solo necesitaba saber si estabas viva. Si nuestra hija estaba a salvo.

—Mi hija —le corregí de inmediato, con el amargo odio ardiendo en mis venas, borrando cualquier atisbo de conmoción—. ¡Es mía! La perdiste en el momento en que me ordenaste que salvara la fachada de tu maldito bufete.

Henrique cerró los ojos; el dolor le deformó el rostro como si acabara de clavarle un cuchillo en el estómago. Su cuerpo tembló.

—Fui un monstruo —confesó, abriendo los ojos llorosos, con la voz desgarrándole la garganta por tanto desprecio hacia sí mismo—. Fui un cobarde. Una auténtica basura. El miedo a perder el control me cegó, Aline. Mi vanidad me convirtió en un asesino de mi alma. En el instante en que se cerraron las puertas de aquel ascensor, alejándote de mí, todo mi imperio perdió sentido.

Me reí. Una risa breve, seca y sin una pizca de humor.

—Bonito alegato de tribunal, Henrique. ¿Quieres que sienta lástima por ti? ¿Quieres que aplauda tu tardía epifanía? ¡Me has destrozado! —Mi voz subió un tono, el dolor de aquella madrugada bajo la lluvia volvía a quemarme la piel, pero ahora convertido en pura furia—. ¡Fui a buscarte, sangrando de miedo, suplicándote que me ayudaras! ¡No solo me diste la espalda, sino que me trataste como un problema administrativo! ¿Y ahora vienes aquí con esa cara de perro abandonado?

—Lo sé. Sé que me merezco tu odio. —Dio medio paso hacia delante, pero se detuvo de inmediato cuando levanté la mano libre en señal de *que se detuviera*. Tragó saliva, sin dejar de derramar lágrimas—. Le conté la verdad a Roberto, Aline. Todo. Sobre nosotros, sobre el embarazo. Perdí mi participación en la sociedad, dejé mi bufete, mi casa y mi reputación. Todo. Nada de eso importaba si tú no estabas allí.

La revelación me golpeó como un puñetazo. ¿Se había enfrentado a mi padre? ¿Había renunciado a ese despacho intocable?

Pero endurecí mi expresión. No iba a dar marcha atrás.

—Enhorabuena, Henrique. Por fin has conocido las consecuencias de tus propias decisiones. Pero eso no me conmueve. Tu arrepentimiento no borra el frío que pasé. No borra el abandono que sentí al quedarme sola con mi hija —dije con la espalda erguida

y sin vacilar. Miré fijamente a esos ojos destrozados—. Mantente alejado de mí. Y mantente alejado de los Albuquerque. Si te atreves a aparecer en la puerta de la casa de Arthur y Ana, juro por Dios que llamaré a la policía y acabaré con la poca dignidad que te queda. Mi nueva familia es mi santuario, y tú no vas a ensuciar su suelo.

Henrique bajó la cabeza, aceptando cada palabra, cada golpe, como si fuera su justa penitencia.

—No me acercaré a tu casa. Te lo prometo, Aline —murmuró con voz sumisa, desprovista de todo orgullo. Henrique volvió a mirarme, y había un fuego silencioso, una devoción obstinada ardiendo en el fondo de sus ojos oscuros y enrojecidos—. No he venido aquí para arrastrarte al pasado. Acepto tu exigencia. Me mantendré alejado.

Dio un paso atrás y empezó a retroceder lentamente.

—Pero no voy a renunciar a demostrarte que me arrepiento —declaró, y su voz grave adquirió un matiz de determinación entre las lágrimas—. No tienes que mirarme ni perdonarme. Pero no dejaré de demostrarte, todos los días de mi vida, que el monstruo de Curitiba está muerto. Y que el hombre que queda solo respira por ti y por esta niña.

Me quedé paralizada.

Henrique no esperó mi respuesta. No intentó agarrarme para darme un abrazo forzado, ni recurrió a un chantaje emocional barato. Me dio la espalda. Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros raídos y se alejó por una concurrida acera de São Paulo, desapareciendo entre la multitud, tan destrozado y solitario como lo estuve yo la noche en que me echó.

Mi corazón latía tan rápido que me dolía el pecho. Respiré hondo, temblando, y apoyé ambas manos en mi vientre.

El pánico había desaparecido por completo. Había mirado a los ojos a mi peor pesadilla y no había cedido ni un milímetro. La

barrera se había levantado. Mientras daba media vuelta y caminaba hacia la panadería, con las piernas firmes y a mi hija protegida bajo mis manos, supe, con absoluta claridad, que el poder entre Henrique y yo no solo había cambiado de bando.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 22

Mi nuevo imperio no tenía suelos de mármol de Carrara, ni vistas panorámicas al barrio más caro de la ciudad. Era una oficina de cuarenta metros cuadrados en un edificio modesto de la zona norte de São Paulo. Había una mesa de madera oscura, dos sillas para clientes, un ordenador y una secretaria compartida con las demás oficinas de la planta.

Me había despojado de toda la pompa. Pero la mente aguda, la agresividad quirúrgica y el instinto depredador que me habían convertido en el mejor abogado del sur del país seguían intactos. De hecho, estaban aún más afilados, alimentados ya no por la vanidad, sino por una necesidad visceral de mantenerme ocupado para no volverme loco.

Y São Paulo, la selva de asfalto que nunca duerme, reconocía el talento al instante.

En los primeros treinta días, me hice cargo de casos penales y empresariales complejos que otros bufetes habían calificado de causas perdidas. Los desmenucé. Encontré las lagunas en los contratos, los vicios en las investigaciones, las brechas en la jurisprudencia. Empecé a ganar. Un caso, luego otro, y luego otro más. La noticia de un «abogado implacable de Paraná» comenzó a correr por los pasillos de los juzgados y por las mesas de los restaurantes.

En dos meses, mi agenda estaba llena. El dinero que había malgastado al dejar atrás mi vida en Curitiba empezó a volver rápidamente. Grandes corporaciones de São Paulo comenzaron a buscarme.

Pero las victorias en los tribunales ya no me provocaban ninguna euforia.

Cuando el reloj marcaba las diecinueve horas y la secretaria se marchaba, cerraba con llave la puerta de mi modesta oficina y volvía a mi piso de alquiler. Mi nuevo imperio venía acompañado de una vida personal que se reducía a pura penitencia. Comía en silencio la comida que pedía por una app, de cara a una pared blanca, y pasaba las madrugadas redactando documentos y planificando el futuro de una hija a la que ni siquiera sabía si se me permitiría tener en brazos.

Aquella tarde de jueves, decidí romper mi aislamiento.

Le había prometido a Aline que no invadiría su espacio y que me mantendría alejado de su nueva familia. Por eso, no subí a la planta del estudio de arquitectura. Me detuve en el vestíbulo del edificio de oficinas de Arthur, caminé hasta la recepción y saqué un sobre marrón grueso de mi maletín.

—Buenas tardes. ¿Podría entregar este sobre directamente al señor Arthur Albuquerque, por favor? —le pedí al portero—. Dígale que es del abogado Henrique. Son los documentos para la constitución de un fondo fiduciario. No hace falta que me anuncie.

Me di la vuelta, dispuesto a volver a mi rutina fantasma, cuando una voz grave e imponente resonó en el vestíbulo.

—Si vas a crear un fondo fiduciario para la niña que vive bajo mi techo, lo mínimo que me debes es una explicación cara a cara, Henrique.

Me quedé paralizado.

Me di la vuelta lentamente. Arthur Albuquerque estaba de pie junto a los torniquetes, sosteniendo una carpeta enrollada. Era tan alto como yo, pero sus hombros eran aún más anchos. Su postura no era la de un ejecutivo con traje y corbata, sino la de un hombre que construía cosas con sus propias manos. Sus ojos oscuros y perspicaces me evaluaron de arriba abajo con la precisión de un escáner.

Apreté el asa de mi maletín. Mi instinto de defensa estaba desactivado. Si él quisiera darme un puñetazo allí mismo, en medio del vestíbulo, aceptaría el dolor sin levantar las manos, exactamente como había hecho con Roberto.

—Hay una cafetería en la esquina —dijo Arthur con voz tranquila—. Ven. Yo invito al café.

No hubo discusión. Seguí al arquitecto fuera del edificio, manteniendo un paso de distancia. El ruido del tráfico ahogó nuestros pasos hasta que entramos en una pequeña cafetería de la esquina, donde Arthur pidió dos cafés expresos dobles y señaló una mesa apartada al fondo.

Me senté frente al hombre que había asumido el papel de padre y protector que Roberto y yo no habíamos sabido desempeñar.

Arthur cruzó los brazos sobre la mesa, con los músculos tensos bajo la camisa de vestir remangada hasta los codos. No parecía enfadado; parecía estar evaluando los cimientos del terreno que tenía delante.

—Aline me ha contado lo de vuestro encuentro en la calle —comenzó Arthur, yendo directo al grano. Cogió la taza de café, pero no bebió—. Llegó a la oficina temblando, pero, para mi sorpresa, el susto duró poco. Estaba orgullosa de no haber dado marcha atrás.

—Tiene todos los motivos para estar orgullosa —respondí con voz ronca, fijándome en el líquido oscuro de mi taza—. Voy a respetar cada línea que ella haya trazado. Los documentos que dejé en recepción son de un fondo fiduciario. Una aportación inicial millonaria a nombre del bebé, con aportaciones mensuales fijas. Quiero que la niña lo tenga todo, y no exijo nada a cambio. No necesita mi apellido y no tiene por qué mirarme a la cara si no quiere. Es su dinero.

Arthur entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Has renunciado a una prestigiosa sociedad en Paraná, has liquidado tus bienes y te has mudado a un piso minúsculo en la zona norte de São Paulo solo para depositar dinero en un fondo y observar desde la distancia? —preguntó, poniendo a prueba la veracidad de mis intenciones.

—Renuncié a una farsa. —Levanté la cabeza, sosteniendo su mirada con absoluta franqueza—. Fui un monstruo, Arthur. El miedo a arruinar mi propio imperio me llevó a echar a la mujer a la que amo a la calle. La traté como basura. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya era demasiado tarde. Si vivir en las sombras, redactando fondos de inversión en una oficina minúscula y consumiéndome solo por mi culpa es el precio que hay que pagar para garantizar que ella respire en paz... lo pagaré con mucho gusto.

El silencio reinó entre nosotros durante unos instantes. Esperé el sermón. Esperé a que me mandara de vuelta a Curitiba o me amenazara.

Pero Arthur Albuquerque suspiró, y su postura defensiva se relajó sutilmente.

—Trato con estructuras todos los días, Henrique. Sé reconocer cuándo unos cimientos están podridos —dijo, con una sabiduría que parecía ancestral—. El hombre que echó a Aline de casa tenía unos cimientos podridos. Pero ese no es el hombre que está sentado ahora frente a mí.

Fruncí el ceño, sorprendido por la ausencia de hostilidad.

—Ana y yo conocemos muy bien las historias de personas destrozadas —continuó Arthur, girando la taza lentamente—. Nosotros también estuvimos destrozados un día. Sé lo que es destruirlo todo a tu alrededor por ceguera y vanidad. No soy un santo, y mi casa no es un tribunal. No estoy aquí para juzgar tus pecados. He venido aquí para decirte que Aline es el terreno más firme y valioso que he encontrado en mi vida. Si intentas invadir su espacio con la misma arrogancia de antes y le haces daño, acabaré contigo.

—Yo te ayudaría a hacerlo —afirmé sin dudar.

Arthur esbozó una media sonrisa y, por fin, dio un sorbo a su café.

—Creo que sí. —Apoyó las manos en la mesa, inclinándose ligeramente hacia mí, con una mirada que adquirió un tono alentador que me tomó completamente desprevenido—. La culpa es una carga pesada, Henrique. Sirve para despertarnos, pero no puede ser el hogar en el que vayas a vivir para siempre. La penitencia no cambia el pasado.

—¿Y qué cambia? —pregunté, con la vulnerabilidad rasgándome la voz.

—La redención —respondió Arthur con firmeza—. La verdadera redención no se consigue con palabras, ni ocurre de la noche a la mañana. Es una construcción lenta, hecha de actos coherentes. Ya has empezado a clavar los pilotes de tus nuevos cimientos. Has dejado a un lado tu ego y no has intentado obligarla a nada. Sigue así.

Se levantó de la mesa y cogió la cuenta del café.

—Merece la pena buscar la redención, Henrique. Sigue construyendo tu nuevo camino. Sigue demostrando quién has elegido ser ahora —dijo Arthur, dándome una ligera palmada en el hombro antes de darse la vuelta—. El tiempo y la constancia son los únicos arquitectos capaces de reconstruir un puente derribado. Buena suerte en tu nueva oficina. Nos veremos por ahí.

Me quedé sentado en la pequeña cafetería, observando cómo Arthur cruzaba la calle de vuelta a su edificio.

La opresión que me aplastaba el pecho se había aliviado. Arthur no me había concedido el perdón de Aline; nunca lo haría, pues sabía que no le pertenecía; sin embargo, aquel hombre me dio algo casi tan vital como eso: el permiso tácito para luchar.

Me tomé el resto del café amargo, sintiendo cómo un calor olvidado se reavivaba en mis venas. La penitencia estaba cumplida. Los cimientos estaban echados. A partir de ese momento, construiría mi nuevo castillo en São Paulo, no solo para sobrevivir, sino para ser digno, algún día, de invitar a la mujer de mi vida a entrar por la puerta principal.



ALINE
Ferraz

Capítulo 23

La pantalla de mi ordenador mostraba el modelo tridimensional de una casa de una sola planta. Con el ratón, giré la estructura, ajustando la posición de una gran ventana de cristal en el salón para asegurarme de que la luz del sol de la mañana inundara la estancia sin calentar demasiado las habitaciones contiguas.

Mi rutina había encontrado un ritmo perfecto. Las mañanas y las noches las dedicaba a las clases a distancia de la facultad de Arquitectura, donde devoraba libros de teoría e historia del arte con un apetito que el vademécum nunca había despertado en mí. Y mis tardes las pasaba allí, en el estudio de Arthur, trasladando la teoría al mundo real.

—Tienes una sensibilidad poco común, Aline. —La voz de Arthur resonó justo detrás de mí. Apoyó las manos en el respaldo de

mi silla, analizando mi pantalla—. La mayoría de los becarios se centran en la estética de la fachada y se olvidan del flujo de quienes van a vivir ahí dentro. Tienes una visión espacial impresionante. Sabes instintivamente dónde situar los espacios comunes.

Volví la cara hacia él, con una sonrisa de orgullo iluminando mis rasgos.

—Creo que, al haber crecido en una casa tan fría y silenciosa, acabé aprendiendo exactamente lo que no hay que hacer en un proyecto residencial —respondí, acariciándome la barriga, que, con seis meses, ya era una presencia redondeada y constante bajo mi vestido premamá—. Quiero diseñar casas en las que la gente quiera estar en los salones, y no encerrada en sus propias habitaciones.

—Y lo estás consiguiendo. Al equipo de paisajismo le encantó tu sugerencia para el jardín de invierno —me elogió, dándome dos palmaditas en el hombro antes de volver a su despacho.

Debería estar en la gloria. Mi crecimiento profesional era innegable, y el orgullo de Arthur era el mayor reconocimiento que podía recibir. Sin embargo, en cuanto se alejó, mi sonrisa vaciló ligeramente y mi mente se vio arrastrada a un torbellino que luchaba a diario por ignorar.

Henrique...

En las últimas semanas, su acercamiento silencioso y respetuoso había trastornado mi estabilidad. Sabía lo del fondo fiduciario que había abierto para nuestra hija. Arthur me había entregado los documentos, y la suma millonaria depositada allí, sin ninguna cláusula de custodia ni exigencia de contacto, me había dejado sin aliento.

Estaba cumpliendo su promesa. Henrique no intentó llamarme, no se presentó en la puerta del estudio ni envió flores extravagantes. Simplemente... estaba ahí. Trabajando en una oficina minúscula y llevando una rutina invisible.

Aquella noche, tras la cena en casa de los Albuquerque, me senté en el porche trasero. El frío viento del otoño de São Paulo mecía las hojas de los árboles. Tenía una taza de té en las manos y la mirada perdida en la oscuridad del jardín.

La puerta de cristal se deslizó por los rieles y Ana salió, trayendo consigo una manta de lana. Me la colocó sobre los hombros y se sentó en la silla de mimbre a mi lado, envolviéndose en su propio abrigo.

—¿La mente de la futura arquitecta está haciendo horas extras hoy? —preguntó con voz suave, ofreciéndome ese espacio seguro que solo ella sabía crear.

Dejé escapar un largo suspiro, dejando que el vapor del té se dissipara en el aire frío.

—No es la arquitectura, Ana —confesé, sintiendo cómo el peso de la duda me oprimía el pecho—. Es Henrique.

Ana no pareció sorprendida. Se limitó a inclinar la cabeza, esperando a que continuara.

—Estoy tan confundida —admití, con la voz entrecortada—. Cuando me encontré en la calle, pensé que mi rechazo sería eterno. Pero... Arthur me enseñó los papeles del fondo para la niña. Oí a los becarios del estudio comentar sobre un «abogado de Paraná» que está ganando casos imposibles en la zona norte, pero que se niega a ir a las fiestas del bufete y vive aislado. Lo ha dejado todo. Ha quebrado su propio ego. Y una parte de mí... una parte de mí no puede dejar de pensar en él.

Miré mis propias manos temblorosas.

—Me siento una traidora, Ana. Creo que, si cedo, si tan solo me planteo perdonar lo que hizo, estaré traicionando a la chica que pasó por un calvario en aquella estación de autobuses. Estaré siendo la mujer débil y sumisa que juré no volver a ser jamás.

Ana se quedó en silencio un momento, absorbiendo mi dolor con esa profunda empatía que la caracterizaba. Entonces, extendió la mano y me tomó los dedos fríos.

—Aline, mírame —me pidió, y alcé la cara para encontrar sus ojos sabios—. El perdón no significa debilidad. Y, sobre todo, el perdón no es una goma de borrar que borra el pasado. Perdonar no es decir «lo que hiciste no me dolió».

Me apretó la mano.

—El perdón es la decisión de no dejar que el dolor del pasado dicte tu futuro. La chica de la estación de autobuses ya se ha salvado; ya no necesita que vivas a la defensiva por ella. Has forjado tu fuerza, tu escudo. Y es precisamente por ser fuerte por lo que tienes el poder de mirar a un hombre que está de rodillas y decidir si quieres tenderle la mano o no. No hay sumisión alguna en una elección que es total y absolutamente tuya.

Las palabras de Ana penetraron en mi alma, deshaciendo un nudo que me asfixiaba desde hacía meses.

—Ha cambiado, Ana. El Henrique que me echó ya no existe. Lo vi en sus ojos en la calle —susurré.

—Pues obsérvalo —me aconsejó con una dulce sonrisa—. El tiempo es el revelador de todos los caracteres. Cuando sientas que tu corazón late más fuerte por la paz que por el resentimiento, sabrás qué hacer.

Respiré hondo; el aire frío de la noche me llenó los pulmones de un nuevo valor. Antes de que pudiera pensármelo mejor o dejar que el miedo tomara el control, crucé la calle.

La campana metálica de la cafetería sonó cuando empujé la puerta de cristal. Henrique no levantó la vista de inmediato; seguía frotándose las sienes, sumido en su propio agotamiento, ajeno al ajetreo del local.

Me acerqué a él y me detuve frente a la mesa de fórmica.

—Vas a acabar agujereando el papel si sigues marcando la misma línea con tanta fuerza.

Henrique se quedó paralizado. Sus anchos hombros se tensaron bajo la camisa arrugada. Bajó las manos lentamente y levantó la cara. Cuando sus ojos oscuros y cansados se encontraron con los míos, la sorpresa lo dejó completamente mudo. Se le cortó la respiración. Henrique tragó saliva, mirándome como si fuera un espejismo que desaparecería si parpadeaba.

—Aline... —murmuró, con la voz quebrada por el cansancio y la absoluta sorpresa. Instintivamente, empezó a levantarse, torpe, a punto de volcar su propia silla—. ¿Qué... qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Necesitas algo?

—Siéntate, Henrique —le pedí con voz suave, señalando la silla.

Obedeció al instante, con esa postura defensiva e imponente de antaño totalmente desarmada. Acerqué la silla a su lado y me senté. La cercanía trajo consigo el olor familiar de su perfume amaderado, mezclado con el aroma a café fuerte del local.

—Salía de las prácticas —expliqué, apoyando el bolso en el regazo—. Decidí dar un paseo. Y acabé pasando por aquí.

Su mirada se posó rápidamente en mi barriga, que rozaba el borde de la mesa, y un destello inconfundible de adoración suavizó los rasgos duros de su rostro antes de que volviera a mirarme a los ojos.

—No deberías estar paseando sola por las calles a estas horas —murmuró. Su preocupación era genuina, sin ningún rastro del tono de orden que solía emplear en el pasado; era pura preocupación—. Puedo pedirte un taxi. O acompañarte hasta la estación, si lo prefieres. Desde lejos.

—Estoy bien —respondí, fijándome en el bolígrafo tirado, el tentempié a medio comer y los expedientes apilados que ocupaban casi todo el espacio—. Pareces agotado.

Una sonrisa triste, casi autocrítica, le curvó los labios.

—Es el precio de la reconstrucción. Pero merece la pena. Cada segundo.

Nos quedamos en silencio un momento. No era un silencio pesado y opresivo, sino uno cargado de palabras no dichas, de un arrepentimiento denso y de una vulnerabilidad cruda.

—El fondo fiduciario... —comencé, eligiendo las palabras con cuidado, sin apartar la mirada de la suya—. Arthur me entregó los papeles. Ahí está todo tu nuevo comienzo, Henrique. Todo tu capital.

—Es el futuro del bebé —me corrigió, con una voz grave e inquebrantable en su convicción. Apoyó los brazos sobre la mesa, manteniendo las manos bien a la vista, sin intentar invadir mi espacio—. Mi nuevo comienzo no importa, Aline. Solo importa el vuestro.

Apoyé la mano sobre mi barriga y, en ese preciso instante, sentí que mi hija daba una pequeña patada, como si reconociera la presencia de su padre. Henrique siguió mi movimiento con la mirada, con los ojos llenos de lágrimas que luchaba por no derramar. No intentó tocarme, ni exigió el derecho a sentir. Simplemente esperó, sumiso y agradecido por el mero hecho de que yo estuviera allí.

Por primera vez en más de seis meses, el muro de hielo y dolor que había levantado alrededor de mi corazón comenzó, en silencio y de forma definitiva, a derretirse.



HENRIQUE *Castilho*

Capítulo 24

Llegué a la pequeña cafetería cuarenta y cinco minutos antes de la hora acordada. El local, elegido única y exclusivamente por ella, era luminoso, ruidoso y estaba situado en una esquina concurrida a pocas manzanas de la Avenida Paulista. Un territorio público, neutral y seguro. La elección del escenario era un recordatorio silencioso y letal de que la dinámica había cambiado de forma irreversible.

Ya no era el socio principal en la cima de la cadena alimentaria, dictando normas en la penumbra de un ático de lujo. En aquella mesa de madera desgastada, con las manos sudando frío y el corazón martilleándome contra las costillas, no era más que un acusado a la espera de la sentencia del único juez que importaba.

La puerta de cristal del local se abrió y sonó la campanilla metálica.

Alcé la vista y, de inmediato, se me cortó la respiración. Entró Aline. Llevaba un vestido de punto en un tono verde esmeralda que resaltaba su piel. Llevaba el pelo suelto, cayéndole en ondas naturales sobre los hombros, y su rostro, sin maquillaje recargado, irradiaba una madurez y una paz que me dejaron paralizado. Y allí, evidente e innegable bajo la suave tela del vestido, estaba la prominente curva del séptimo mes de embarazo. Mi hija...

Me levanté con un sobresalto torpe y le acerqué la silla.

Aline aceptó el asiento con un gesto contenido y dejó el bolso de cuero sobre la mesa. No retrocedió ante mi mirada, no bajó la cabeza ni cruzó los brazos en una postura defensiva. Simplemente me miró a los ojos, con una fuerza soberana.

—Buenas tardes, Henrique —dijo con calma, manteniendo el control, sin el odio descarnado de nuestro primer encuentro en la calle meses atrás, pero tampoco con ninguna familiaridad fácil.

—Buenas tardes, Aline. Gracias por aceptar verme —murmuré, volviendo a sentarme, con las manos apoyadas, abiertas y visibles sobre la mesa, en una rendición física total.

La camarera se acercó. Aline pidió un té de menta y un trozo de tarta de zanahoria. Yo solo pedí una botella de agua. Tenía el estómago tan retorcido por la ansiedad que me habría sido imposible tragar nada más.

En cuanto la camarera se alejó, Aline tomó las riendas de la conversación.

—Desde que fui a tu nueva oficina y hablamos, no he dejado de pensar en ello —comenzó, analizando cada microexpresión de mi rostro—. Verte en ese estado, sepultado en expedientes hasta el agotamiento... y el fondo fiduciario que creaste sin ninguna cláusula ni exigencia por tu parte. Eso me conmovió.

Bajé la mirada hacia mis propios nudillos. La vergüenza por el monstruo en el que me había convertido aún me quemaba en la piel.

—Ya te lo dije en mi despacho, Aline. Lo dejé todo atrás, porque todo mi imperio no era más que una mentira sin ti —dije en un susurro áspero—. Sé que mi dinero no compra tu perdón. Sé que humillarme no borra las barbaridades que te dije la noche en que te eché. Acepto mi castigo. Pasaría el resto de mi vida trabajando solo para garantizar vuestro bienestar, aunque eso significara pasar desapercibido.

Aline suspiró. Se estaba formando una dulzura vacilante en esos ojos castaños que antes solo me dirigían resentimiento. Sus dedos recorrieron el borde de la taza de té.

—Esa es la cuestión. No quiero que seas invisible, Henrique —dijo, y sus palabras cayeron sobre la mesa con el peso de un ancla salvadora.

Levanté la cara de golpe, con los pulmones paralizados.

—¿Qué quieres decir?

—He decidido que no voy a cargar con el lastre del odio. Es demasiado pesado, y no quiero que mi hija nazca en un ambiente contaminado por fantasmas —explicó Aline con voz suave, pero firme, dueña de sí misma—. No vas a volver a mi vida imponiendo normas. No tenemos una relación. Pero... tú eres su padre. Y has demostrado que estás dispuesto a asumir ese papel. Si quieres formar parte de su vida, no te lo voy a impedir.

Las lágrimas, aquellas que había contenido durante todo mi solitario castigo en São Paulo, comenzaron a arderme en los ojos.

—Es lo único que te ruego, Aline —dije, y la voz se me quebró por el llanto atascado en la garganta—. La oportunidad de ser un padre presente. La oportunidad de demostraros a las dos, cada día, que puedo protegeros del mundo entero. Incluso de mí mismo.

La emoción aplastó el último vestigio de protocolo que me mantenía atado a aquella silla.

No pensé en las decenas de personas que tomaban café a nuestro alrededor. No pensé en mi antigua reputación letal ni en mantener las apariencias. Empujé la silla hacia atrás, me levanté y rodeé la mesita.

Me detuve junto a su silla y, ante toda la cafetería, me arrodillé en el suelo.

Aline dio un pequeño grito ahogado, con la sorpresa reflejada en su rostro. Mis piernas, envueltas en unos vaqueros raídos, descansaban sobre el suelo de baldosas. Apoyé las manos en los reposabrazos de su silla, manteniendo mi rostro a la altura de su vientre.

—¿Puedo? —susurré, con los ojos enrojecidos y rebosantes de lágrimas, alzados hacia ella en una súplica silenciosa y devastadora—. Por favor, Aline. ¿Puedo tocarla?

Aline no respondió con palabras. Se limitó a asentir ligeramente con la cabeza, con los ojos brillando por las lágrimas contenidas, y apartó la mano que descansaba sobre el vestido verde.

Con las manos temblando tanto que apenas podía coordinar los movimientos, levanté la derecha. Acerqué la palma de mi mano lentamente, temiendo que, si la tocaba demasiado rápido, la ilusión desapareciera.

Cuando mis dedos tocaron por fin la tela del vestido, y el calor del vientre firme de Aline me calentó la piel, mi pecho se derrumbó. Cerré los ojos, dejando que el torrente de lágrimas corriera libremente, lavando mi alma envenenada.

De repente, lo sentí.

Fue una pequeña sacudida, un empujón sutil contra el centro de mi palma.

Abrí los ojos, atónito, y miré mi mano. Volvió a ocurrir. Una patada nítida, fuerte y llena de vida, directamente contra mis dedos.

—Dios mío... —La voz se me quebró en un sollozo alto, gutural y desgarrador. Incliné el cuerpo hacia delante, apoyando la frente con reverencia en el borde de sus rodillas, mientras mantenía la mano sobre su vientre—. Mi hija. Mi niña.

Oí a Aline sollozar en voz baja por encima de mí. Por primera vez desde aquella maldita madrugada en Curitiba, sentí su delicada mano posarse sobre mi cabeza. Sus finos dedos se enredaron en mi largo cabello, en una caricia leve, casi imperceptible, como un primer gesto de ese perdón por el que yo había sangrado.

El muro de hielo se había resquebrajado por completo. No habría atajos, no habría un regreso mágico al romance apasionado e irreflexivo que habíamos vivido en el pasado. El camino para reconstruir nuestra historia sería largo, meticuloso y basado únicamente en la más profunda vulnerabilidad.

Sin embargo, arrodillado en el suelo de aquella ruidosa cafetería, recibiendo la patada de mi hija y el roce vacilante de la única mujer a la que amaría en mi vida, supe que cada pedazo de mi ego destrozado había merecido la pena. El verdadero Henrique acababa de nacer y dedicaría hasta el último latido de mi corazón a honrar aquel milagro.



ALINE
Ferraz

Capítulo 25

Los dos meses que siguieron a aquel encuentro en la cafetería fueron la prueba silenciosa e irrefutable de que la redención no es un acontecimiento, sino un proceso diario. Henrique cumplió cada una de sus promesas con una devoción casi religiosa. No impuso su presencia, pero se convirtió en un punto de apoyo constante. Me acompañó a todas las citas médicas, sentándose siempre a un paso de distancia, con la mirada fija en la pantalla de la ecografía y un bloc de notas en las manos; compró la cuna, los pañales y la ropita sin exigir nunca que se quedaran en su piso, y se convirtió en un pilar sólido en el que, poco a poco, empecé a apoyarme.

Entonces, a las dos de la madrugada de un martes, con treinta y nueve semanas de gestación, la tregua pacífica llegó a su fin.

Me desperté con un pinchazo agudo y brutal que se extendía desde la base de la espalda hasta la parte inferior del vientre. Un gemido ahogado se me escapó de la garganta y me encogí en la cama de la habitación de invitados, agarrándome a las sábanas. Cuando la contracción cedió, un alivio momentáneo me permitió respirar, pero justo después sentí un líquido caliente e incontrolable que mojaba el colchón.

Se me había roto la bolsa.

—¡Ana! —grité, con la voz rompiendo el silencio de la mansión de los Albuquerque.

En menos de un minuto, unos pasos apresurados resonaron por el pasillo. La puerta se abrió y Ana entró con Arthur justo detrás. La dinámica de aquella casa se puso en marcha como un engranaje perfectamente engrasado. Sônia ya estaba de pie, cogiendo la maleta para el hospital que habíamos preparado semanas atrás, mientras Arthur arrancaba el coche en el garaje y Ana me ayudaba a ponerme un vestido holgado y cómodo.

—Respira, Aline. Lo estás haciendo muy bien —me susurró Ana, cogiéndome de la mano mientras bajábamos las escaleras. Me asaltó otra contracción que me dejó sin aliento, y me apoyé en la barandilla.

—Henrique... —jadeé, con el dolor que me mareaba—. Tienes que llamar a Henrique.

—Arthur ya lo ha llamado. Está de camino a la maternidad —me aseguró, guiándome hasta el asiento trasero del todoterreno.

El trayecto hasta el hospital fue un borrón de luces de la ciudad, dolor agudo y los susurros de ánimo de Ana. Cuando por fin cruzamos las puertas de urgencias de la maternidad, el equipo de la doctora Mariana ya nos estaba esperando. Me subieron a una silla de ruedas y me llevaron directamente a un paritorio de parto respetado, amplio, con luces tenues y un ambiente tranquilo.

Pero no recuperé la calma de verdad hasta cinco minutos después, cuando la puerta de la sala se abrió de golpe.

Entró Henrique. No llevaba traje, sino unos pantalones de chándal oscuros y una camiseta arrugada, como si se hubiera levantado de un salto de la cama y hubiera corrido por las calles de São Paulo. Estaba jadeando, con el pelo revuelto y los ojos muy abiertos, escudriñando la habitación hasta que me vio tumbada en la cama del hospital.

El alivio que se dibujó en su rostro fue tan palpable que pude sentirlo desde el otro lado de la habitación.

No dudó. Atravesó la sala a zancadas, ignorando el mundo que lo rodeaba, y se detuvo junto a mi cama. Henrique no miró las máquinas, no interrogó a los médicos con su habitual arrogancia jurídica. Simplemente me miró. Se arrodilló en el frío suelo del hospital, a la altura de mi cara, y me tomó la mano con sus dos manos grandes y cálidas, apretándola contra sus propios labios.

—Estoy aquí —susurró, con voz ronca y temblorosa—. Estoy aquí, mi amor. No me voy a ir a ninguna parte.

Me asaltó una nueva contracción, la más fuerte hasta entonces. Grité, apretándole la mano con una fuerza que probablemente le habría aplastado los huesos, pero Henrique no vaciló. Se levantó, se inclinó sobre mí y me besó la frente sudorosa, mientras con la otra mano me acariciaba el pelo con infinita ternura.

—Respira conmigo, Aline. Mírame —me ordenó con suavidad, con sus ojos oscuros clavados en los míos, convirtiéndose en mi ancla en la tormenta de dolor—. Eres la mujer más fuerte que he conocido jamás. Tú puedes.

Las horas que siguieron fueron una batalla agotadora y primitiva. El dolor era desgarrador, un fuego que consumía mi cuerpo, pero a cada segundo, a cada grito, Henrique estaba allí. El abogado frío que un día me ordenó que abortara para no arruinar su imperio había muerto para siempre. El hombre que me sostenía la

cara lloraba conmigo, me secaba el sudor, me susurraba promesas de devoción y se dejaba abrumar por mi dolor sin retroceder ni un milímetro. Era la vulnerabilidad en su forma más pura.

—La dilatación está completa, Aline —anunció la doctora Mariana, colocándose en posición—. En la próxima contracción, necesito que empujes con todas tus fuerzas.

—No puedo... me duele demasiado —sollocé, con la cabeza cayendo hacia atrás sobre la almohada, mientras el agotamiento consumía mis últimas reservas.

Henrique apoyó la frente contra la mía. El sudor y las lágrimas de los dos se mezclaban.

—Puedes hacerlo —murmuró contra mis labios, con la voz quebrada por la emoción—. Estamos juntos en esto. Hazlo por nuestra niña. Yo te sostengo. Sostendré al mundo entero si es necesario. ¡Empuja, Aline!

La contracción en mi vientre llegó como un maremoto. Reuní el último vestigio de energía de mi alma, apreté las manos de Henrique y empujé, lanzando un grito largo y desgarrador que resonó en los azulejos del paritorio.

Y entonces... el milagro.

La sala se llenó de repente con el sonido más agudo, estridente y espectacular que había oído en toda mi vida. El llanto de un bebé.

Mi cuerpo se derrumbó al instante sobre la cama, jadeando, con los ojos pesados abriéndose justo a tiempo para ver a la doctora Mariana levantar en el aire a una pequeña criatura rojiza, resbaladiza y llorona.

—Es una niña fuerte y preciosa, mamá y papá —dijo la doctora, sonriendo tras la mascarilla.

Puso a mi hija directamente sobre mi pecho desnudo. El calor de ese cuerpecito minúsculo contra mi piel fue como una descarga

eléctrica que reinició mi corazón. La envolví con mis brazos temblorosos, llorando sin control, besando la coronilla de su cabecita, que estaba cubierta por un fino vello oscuro.

—Henrique... —susurré, mirando de reojo entre lágrimas.

Henrique estaba destrozado. Lloraba entre sollozos, con los anchos hombros temblando violentamente, mientras contemplaba el milagro que yacía sobre mi pecho. Extendió una mano temblorosa, como si temiera romper a la niña, y le rozó la diminuta espalda con el dedo índice. Nuestra hija dejó de llorar poco a poco, reconociendo el calor y la seguridad que la rodeaban.

Inclinó la cabeza y besó la cabecita de nuestra niña; luego buscó mis labios en un beso salado por las lágrimas, tembloroso y reverente. No era un beso de posesión. Era un beso de gratitud absoluta.

—Gracias —susurró contra mi boca, con los ojos oscuros brillando con un amor que por fin sabía que era real e inquebrantable—. Gracias por haber sido fuerte por los dos y por dejarme estar aquí.

Apoyé mi mano en su rostro barbudo, manteniéndolo cerca. El paritorio, los médicos, los años de opresión en Curitiba... todo desapareció. Solo estábamos nosotros tres. Una mujer que había encontrado su propia voz, un hombre que había quemado su propio ego y la vida que había florecido en medio de las ruinas.

Habíamos sobrevivido al invierno más crudo de nuestras almas. Allí, con nuestra niña respirando tranquilamente contra mi corazón y su padre sosteniendo nuestras manos, la primavera por fin había comenzado.

Unas horas más tarde, el maravilloso caos del parto había dado paso a una calma casi sagrada. Nos trasladaron a la habitación privada de la maternidad. Nuestra niña, limpia, vestida con su primer conjunto amarillo y agotada tras su gran viaje, dormía plácidamente en la pequeña cuna de acrílico junto a mi cama.

Yo estaba recostada sobre las almohadas, con el cuerpo dolorido, pero con el alma flotando en un letargo delicioso e indescriptible.

Henrique había acercado un sillón y se había sentado lo más cerca posible. No me había soltado la mano ni un solo momento desde que salimos del paritorio. Su pulgar acariciaba mis dedos con una devoción silenciosa. La habitación estaba en penumbra, y cuando giré la cara para mirarlo, descubrí que sus ojos ya estaban fijos en mí. Había allí una vulnerabilidad cruda que aún me dejaba sin aliento.

—Deberías tumbarte en ese sofá y descansar un poco —susurré, con la voz ronca y cansada.

Henrique negó con la cabeza lentamente.

—No quiero cerrar los ojos y correr el riesgo de despertarme y descubrir que todo esto no ha sido más que un sueño —respondió en voz baja. Henrique se llevó mi mano a los labios y besó el centro de mi palma con una reverencia prolongada—. Te quiero, Aline.

Esas palabras, que un día fueron mi mayor miedo y mi mayor deseo, llenaron el silencio de la habitación del hospital con una fuerza arrolladora.

—Sé que he intentado demostrártelo con mis actos, pero necesitas oír cada palabra —continuó, con los ojos oscuros brillando con lágrimas contenidas—. Te quiero con cada fibra de mi ser. Amo a la mujer increíblemente fuerte en la que te has convertido, amo a la brillante futura arquitecta que eres y amo a esa madre feroz que acaba de nacer aquí hoy. Mi único propósito en esta vida es ser digno de ti.

Sentí un nudo que me oprimía la garganta. Miré al hombre que tenía delante. El abogado implacable y frío que me había echado ya no existía. En su lugar, había un compañero, un hombre forjado en el arrepentimiento, el respeto y el amor más puro.

—Luché contra esto con todas mis fuerzas —confesé, sintiendo cómo una lágrima caliente resbalaba por mi sien hasta la almohada—. Le juré a Ana, y a mí misma, que nunca más dejaría que me rompieras el corazón. Pero... te he visto construirlo todo desde cero. Te he visto tragarte tu propio ego por nosotros, todos los días.

Le apreté la mano, y una sonrisa tímida, pero radiante, se dibujó en mis labios.

—Yo también te quiero, Henrique. Creo que, en el fondo, en medio de todo ese dolor, nunca dejé de quererte.

Su pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración temblorosa, como si llevara meses conteniendo el aliento, a la espera de su juicio final. Henrique se levantó del sillón, se inclinó sobre la cama y me besó la frente con infinita ternura.

—Entonces no me dejes volver solo a ese piso, Aline —me pidió, con la frente apoyada en la mía—. Ya no quiero verte desde lejos. Ni quiero ser solo el padre que mantiene un fondo fiduciario y os visita los fines de semana. Ven a vivir conmigo. Déjame ser el refugio seguro para las dos, todos los días de mi vida. Te juro que haré de nuestro hogar el mejor y más seguro lugar del mundo.

Giré ligeramente la cabeza, mirando a nuestra hija, la pequeña Kelly, que respiraba tranquilamente en la cuna, y luego volví a posar la mirada en los ojos llenos de lágrimas del hombre al que amaba. El último vestigio de frialdad y miedo había desaparecido. La chica aterrorizada de la estación de autobuses por fin había encontrado la paz.

—Sí —susurré, levantando la mano libre para acariciarle el rostro, sintiendo la textura de la barba contra mis dedos—. Vamos a vivir juntos. Nos vamos a casa contigo, Henrique.

Henrique cerró los ojos, con una amplia sonrisa de alivio que iluminaba las arrugas de cansancio de su rostro. Unió nuestros labios en un beso apasionado, tranquilo y cargado de promesas

inquebrantables. Y, en aquella habitación, rodeados por el silencio de la madrugada, por fin terminamos de asentar los cimientos de nuestra nueva familia.



Capítulo 26

El trayecto desde la habitación de la maternidad hasta el aparcamiento me pareció el recorrido más largo y solemne de mi vida. Caminaba con pasos medidos, con los hombros tensos y todos los sentidos en alerta, sujetando el portabebés por las asas con la firmeza de quien lleva la joya más rara y frágil del universo.

Allí dentro, protegida del mundo bajo una manta rosa de suave algodón, estaba nuestra pequeña Kelly.

Miré a un lado. Aline caminaba a mi lado. Avanzaba despacio, aún recuperándose del esfuerzo colosal de las últimas cuarenta y ocho horas, pero su postura irradiaba una fuerza silenciosa e imponente. Me sonrió cuando se dio cuenta de que la miraba, y esa sonrisa sencilla, libre del resentimiento que antes me dirigía, me oprimió el pecho de pura gratitud.

Cuando llegamos al todoterreno en el aparcamiento, desbloqueé las puertas y abrí la puerta trasera con un cuidado casi reverencial. Instalé la sillita de bebé en la base de seguridad, comprobando los cinturones y los cierres no solo una, sino tres veces, hasta tener la absoluta certeza de que mi hija estaba perfectamente segura. Aline se acomodó en el asiento trasero, junto a Kelly, negándose a ir delante.

Di la vuelta y me puse al volante. El olor a coche nuevo, mezclado con el suave aroma a lavanda de la niña, inundó el habitáculo. Arranqué el motor y miré por el retrovisor.

Aline estaba inclinada sobre la sillita, ajustándole el gorrito a Kelly. La imagen de las dos reflejada en el pequeño espejo rectangular me golpeó con la fuerza de un maremoto.

Apreté el volante forrado de cuero, sintiendo cómo se me formaba un nudo en la garganta. El implacable abogado que acumulaba victorias en los tribunales y trataba los sentimientos ajenos como meros daños colaterales se había desvanecido. Solía pensar que la cima del mundo era un ático en el barrio más caro y una cuenta bancaria inagotable. No sabía absolutamente nada.

La cima del mundo era aquel asiento trasero.

Conduje el coche por las concurridas calles de São Paulo con una cautela que rayaba en la paranoia. Por primera vez en mi vida, el caótico tráfico no me irritaba; me daba más tiempo para asimilar el milagro que estaba ocurriendo. Era un hombre indigno al que le habían dado una segunda oportunidad en la vida. Había destrozado a Aline en mil pedazos, había abandonado a la madre de mi hija en el frío y la oscuridad y, aun así, el destino —y la infinita misericordia de la mujer a la que amaba— me habían permitido estar allí.

—Estás conduciendo a veinte por hora, Henrique —comentó Aline desde el asiento trasero, con un tono desenfadado y cansado.

Busqué sus ojos castaños por el retrovisor.

—Conduciría a diez si no fuera por entorpecer el tráfico —respondí, esbozando una sonrisa autocrítica—. Ahora llevo el mundo entero en este coche, Aline. No me pidas que me dé prisa.

Ella sonrió, bajando la mirada hacia Kelly de nuevo, y el silencio cálido y reconfortante volvió a envolvernos.

Cuando por fin llegamos al edificio y entramos en nuestro piso, la sensación fue indescriptible. El silencio del lugar parecía estar esperando nuestra llegada. Cerré la puerta con llave tras de nosotros, dejando las llaves y mi maletín sobre el aparador del recibidor.

Aline sacó a Kelly de la sillita y la levantó en brazos, acurrucando al pequeño bulto contra su pecho. Nuestra hija protestó con un gemidito durante el cambio, abriendo los ojos solo un segundo para revelar un tono oscuro, idéntico al mío, antes de volver a dormirse profundamente.

Me acerqué a las dos en medio del salón. El sol del atardecer entraba por las amplias ventanas, bañando la escena con una luz dorada.

Rodeé con cuidado la cintura de Aline y apoyé la barbilla en su hombro, contemplando la carita tranquila de Kelly. Su pequeño pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración. Abracé a mis dos mujeres, sintiendo un honor tan profundo, tan abrumador, que llegué a temblar.

—Bienvenidas a casa —murmuré contra la suave piel del cuello de Aline—. Gracias.

Aline volvió la cara hacia mí, rozándome la mejilla con los labios.

—¿Por qué?

—Por permitirme ser el padre de Kelly —respondí, con la voz entrecortada, despojándome de todo orgullo—. Por dejarme ser tu compañero. No os merecía. Pero te lo juro, Aline... te lo juro por la

vida de nuestra hija: dedicaré cada segundo del resto de mi existencia a honrar esta oportunidad. Seré vuestro escudo. Vuestro puerto seguro. Para siempre.

Aline se giró un poco más, sosteniendo mi mirada. No había dudas, solo certeza.

—Lo sabemos, Henrique —susurró, apoyando su frente contra la mía mientras Kelly suspiraba en sus brazos—. Ya estamos a salvo.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas de puro alivio resbalaran libremente por mi rostro. En ese instante, en medio de nuestro salón iluminado por la puesta de sol de São Paulo, mi nuevo imperio había sido coronado oficialmente. No estaba hecho de mármol frío ni de acuerdos judiciales implacables. Estaba hecho de amor, de perdón y de la suave respiración de la pequeña Kelly. Y era, sin lugar a dudas, la mayor victoria de mi vida.



ALINE
Ferraz

Capítulo 27

La suave luz de la lámpara proyectaba cálidas sombras sobre las paredes de nuestra habitación. Habían pasado exactamente dos meses desde que nació nuestra hija y desde que cruzamos el umbral de aquel piso de São Paulo, no solo como padres, sino como una familia. La rutina con un recién nacido era agotadora, pero el silencio de aquella noche de sábado transmitía una paz que nunca antes había experimentado.

En la habitación de al lado, el vigilabebés descansaba en silencio sobre la mesita de noche. Nuestra niña dormía profundamente después de que Henrique la hubiera mecido durante casi una hora.

Salí de la ducha caliente con la piel aún húmeda, envuelta únicamente en una toalla mullida. Cuando entré en el dormitorio, Henrique estaba sentado en el borde de nuestra cama. Llevaba solo

unos pantalones de chándal grises, y su amplio pecho desnudo revelaba el ritmo tranquilo de su respiración. En cuanto crucé la puerta, sus ojos oscuros se encontraron con los míos, y el aire a nuestro alrededor pareció cambiar de densidad.

Compartíamos la cama todas las noches, intercambiábamos caricias cansadas y besos llenos de cariño, pero nuestro contacto físico no había ido más allá. Henrique me dio todo el tiempo del mundo para que mi cuerpo se recuperara del parto y para que mi mente asimilara nuestra nueva realidad. Nunca me presionó. Nunca me metió prisa.

Pero esa noche, su mirada transmitía un deseo contenido y una devoción que hizo que mi corazón se acelerara.

Me detuve frente a él, a solo unos pasos de distancia. No había prisa, ni el miedo a que nos pillaran que solía marcar nuestros encuentros furtivos en la biblioteca de mi padre en Curitiba. Éramos dueños de nuestro tiempo.

Lentamente, llevé las manos al nudo de la toalla que cubría mis pechos y dejé que la tela afelpada se deslizara por mi cuerpo, cayendo con un golpe sordo sobre el suelo de madera.

Me quedé desnuda ante él. Mi cuerpo había cambiado. Había suavidad donde antes había firmeza, y pequeñas estrías rodeaban mi vientre. La antigua Aline habría cruzado los brazos para esconderse. Pero la mujer en la que me había convertido mantenía la cabeza alta, orgullosa del templo que había dado vida a un ser.

Henrique exhaló con fuerza. Su mirada no era la de un depredador; era la de un fiel ante su altar.

Henrique se levantó lentamente, acortando la distancia entre nosotros, y sus manos grandes y cálidas se posaron en mi cintura con una delicadeza que me hizo jadear.

—Eres divina —susurró con voz grave y entrecortada. Incluyó el rostro y me besó el cuello, inhalando el aroma de mi jabón—. Te miro, Aline, y solo consigo ver el milagro que eres.

Sus manos bajaron por mi espalda, trazando la curva de mi columna, mientras sus cálidos labios besaban mis hombros y descendían hacia mi pecho. El recuerdo de aquella noche lluviosa en la que me echó a la calle con palabras crueles intentó cruzarse por mi mente, pero quedó instantáneamente pulverizado por el calor de aquella adoración. El hombre arrogante había muerto; quien me tocaba era el hombre que había reconstruido su alma para merecerme.

Henrique dio un paso atrás, sin apartar la mirada de la mía, y se arrodilló en el suelo.

Mis dedos buscaron instintivamente su cabello oscuro y ligeramente largo, enredándose en los suaves mechones. Él miró hacia mi vientre, trazando las marcas de la maternidad con la yema de sus dedos temblorosos, y depositó allí besos lentos y prolongados.

—Déjame adorarte —me suplicó en un susurro ahogado contra mi piel, deslizando las manos por los costados de mis muslos.

Me atrajo suavemente hacia él y su boca encontró mi intimidad con una reverencia que me dejó sin aliento.

Un gemido largo, tembloroso y rendido se escapó de mi garganta, y arqueé la espalda, cerrando los ojos, mientras la maravillosa sensación se apoderaba de cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Henrique era paciente, metódico y estaba absolutamente centrado en darme placer. Su lengua caliente se movía a un ritmo lento y torturante, saboreándome, mientras sus manos firmes me sujetaban las caderas para que no retrocediera.

El placer se fue acumulando en la base de mi vientre, una llama que se extendía por mis venas, borrando cualquier sombra del pasado. No había nada salvaje ni dominante; era puro romanticismo, una forma de sanar mediante el tacto. Todo mi cuerpo empezó a vibrar bajo su atención.

—Henrique... por favor —jadeé, clavándole ligeramente las uñas en los hombros, con las piernas temblorosas.

Él lamió mi clítoris y aceleró el ritmo lo justo para empujarme al abismo. La ola del clímax me golpeó con una fuerza aturdidora. Mi cuerpo tembló violentamente contra su boca, y grité su nombre entre jadeos, sintiendo cómo la plenitud inundaba mi alma.

Henrique se levantó lentamente. Sus labios brillaban y su mirada estaba cargada de un amor posesivo y dulce. Henrique me levantó en brazos con la misma facilidad de siempre y me llevó hasta la cama, tumbándome sobre las sábanas de algodón.

Se quitó los pantalones de chándal de un solo movimiento y cubrió mi cuerpo con el suyo, sosteniendo su propio peso con los antebrazos para no aplastarme. Cuando por fin nos unimos, fue con un deslizamiento suave y perfecto, arrancándonos a ambos un gemido ronco y sincronizado.

La sensación de tenerlo dentro de mí de nuevo, en ese momento, libre de cualquier secreto, era indescriptible. Henrique no cerró los ojos. Clavó su mirada en la mía, moviéndose con embestidas lentas y profundas que parecían llegar hasta mi corazón.

—Te quiero —jadeó, con el rostro contraído por el intenso placer, depositando besos tiernos por toda mi cara.

Levanté las caderas, siguiendo su ritmo tranquilo y apasionado, perdiéndome en la inmensidad de esos ojos oscuros. Con cada movimiento, reafirmaba su promesa. Con cada beso, curaba una vieja herida.

El clímax nos alcanzó juntos. Henrique hundió el rostro en la curva de mi cuello, su cuerpo se retorció mientras un gemido gutural le rasgaba la garganta, y yo me desmoroné bajo él una vez más, acogiendo su semilla y su amor con los brazos abiertos.

Se derrumbó a mi lado, atrayéndome inmediatamente hacia su pecho, con nuestras pieles sudorosas pegadas y nuestras respiraciones intentando encontrar el mismo ritmo.

Me quedé allí, acurrucada en el refugio seguro en el que Henrique se había convertido, escuchando cómo su corazón latía con fuerza contra mi rostro. En aquella habitación a oscuras, llena únicamente del aroma de nuestro amor y de la certeza del mañana, el frío y el rechazo de Curitiba eran, por fin, cenizas arrastradas por el viento. Habíamos sobrevivido a la tormenta, y nuestra recompensa era toda una vida de días soleados.



ALINE
Ferraz

Capítulo 28

La luz natural de la tarde se colaba por los amplios ventanales del estudio de arquitectura, iluminando la gran mesa de dibujo de cristal donde tenía abierto mi primer proyecto conceptual propio. Recorría con los dedos las líneas impresas del plano de planta, sintiendo cómo un orgullo efervescente bullía en mi pecho. Había diseñado un centro de acogida, un espacio con jardines interiores, mucha luz y ambientes que transmitían seguridad. A Arthur le había encantado.

Estaba revisando el pliego de condiciones cuando la voz de la recepcionista sonó vacilante a mis espaldas.

—¿Aline? Hay un señor aquí que insiste en hablar contigo. Le he dicho que estabas ocupada con el cierre del proyecto, pero él...

No hizo falta que terminara la frase.

El ambiente del estudio pareció de repente más pesado, denso y gélido. Unos pasos firmes y autoritarios resonaron sobre el suelo de gres porcelánico, a un ritmo que todo mi cuerpo había sido condicionado a temer durante dieciocho años.

Me di la vuelta lentamente.

El doctor Roberto estaba de pie en el centro del pasillo de puestos de trabajo. Llevaba un traje oscuro e impecable, con una postura rígida como la columna de un tribunal, pero su rostro contaba una historia diferente. Mi padre había envejecido. Tenía el pelo más canoso, las arrugas alrededor de la boca más profundas y los ojos reflejaban una sombra de agotamiento que la arrogancia intentaba disimular.

Por un segundo, el instinto primario de encoger los hombros y bajar la cabeza intentó dominarme. Pero duró solo eso: un segundo. La mujer que estaba allí de pie no era la chica aterrorizada de Curitiba; era una madre, una futura arquitecta y dueña de su propia vida.

—Puedes volver a recepción, Marta. Todo va bien —le dije a la recepcionista, con una voz firme, madura e inquebrantable.

Me acerqué a él, deteniéndome a una distancia segura, cruzando los brazos en un gesto defensivo, pero altivo.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté, sosteniendo su mirada sin pestañear.

Roberto miró a su alrededor, con el ceño ligeramente fruncido, evaluando la oficina iluminada, las maquetas de colores y los tableros de dibujo con un desdén mal disimulado.

—He venido a buscar a mi hija y a mi nieta —declaró con voz grave, que resonaba con la misma autoridad de siempre. Volvió la mirada hacia mí—. Ya basta de rebeldía infantil, Aline. Has demostrado lo que querías demostrar. Has montado tu espectáculo, has castigado a tu padre y has asustado a todo el mundo. Pero se acabó el juego.

Sentí cómo una risa seca y sin humor me arañaba la garganta.

—¿Juego? ¿Cree usted que huir para que no me obligaran a abortar a mi hija, pasar frío en una estación de autobuses y reconstruir toda mi vida desde cero fue un juego?

—Fue un tropiezo que estamos dispuestos a olvidar —replicó, dando un paso al frente y adoptando ese tono profesoral que solía emplear para manipular al jurado—. Henrique me hundió cuando se marchó de Curitiba. El bufete perdió fuerza. Pero he seguido de cerca su crecimiento aquí en São Paulo. Es un tiburón. Vosotros dos juntos, con la niña... sois la imagen perfecta de una familia bien estructurada.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un documento doblado, tendiéndomelo. No lo cogí.

—Te estoy ofreciendo recuperar el imperio, Aline. Le devuelvo su participación en el bufete a Henrique. Volvéis a Curitiba, a nuestra antigua vida. Tú retomas tus estudios en la Universidad Federal, arreglas tu futuro y dejas de jugar a dibujar casitas aquí. Conviértete en la abogada firme, implacable y brillante para la que naciste. Tu lugar está en lo más alto de la cadena alimentaria.

Miré el documento que sostenía frente a mí y, a continuación, a los ojos del hombre que me había traído al mundo.

Por primera vez en mi vida, no sentí miedo, ira ni dolor. Solo sentí una profunda y desgarradora lástima. Roberto era un hombre tan prisionero de su propio ego que no podía concebir la idea de que su «imperio» fuera, para mí, el infierno en la Tierra.

—Guarda tu papel —ordené, en voz baja, pero cargada de una autoridad que le hizo vacilar y bajar la mano lentamente—. No tengo ningún futuro que arreglar, papá. Porque mi futuro no está roto.

Descrucé los brazos y señalé la mesa de cristal que tenía detrás.

—Ese dibujo de ahí no es una broma. Es el plano de un santuario. Es mi trabajo. No nací para destruir a la gente en los tribunales, y mucho menos para ser el títere de tus ambiciones. Soy arquitecta en formación. Construyo espacios donde la gente pueda ser libre y estar a salvo... exactamente lo contrario de la casa en la que me criaste.

A Roberto se le tensó la mandíbula. La indignación empezó a teñirle el rostro de rojo.

—¡Estás tirando tu herencia a la basura por terquedad! Henrique nunca se conformará con una vida mediocre por mucho tiempo. ¡Está hecho de la misma pasta que yo!

—Henrique le cedió su parte del bufete y renunció a cada céntimo que tenía en Curitiba precisamente para no volver a ser como usted —le interrumpí, implacable, sintiendo un inmenso orgullo por el hombre con el que compartía mi cama y la crianza de mi hija—. Se ha labrado su propio nombre aquí, con dignidad. No necesitamos su dinero. No necesitamos su despacho. Y, desde luego, no necesitamos su apellido para tener valor.

Di un paso hacia él, obligándole a retroceder un centímetro, marcando mi territorio.

—Mi hija es feliz, está sana y rodeada de amor, algo que el dinero de su despacho nunca podría comprar. Vuelva a Curitiba y no se atreva a volver aquí creyendo que puede dictar las reglas de mi vida. Por fin he encontrado mi lugar y mi vocación. Y usted no forma parte de mi familia.

El silencio que se apoderó del pasillo fue ensordecedor. Roberto me miró fijamente, buscando cualquier atisbo de vacilación, cualquier vestigio de la chica sumisa que él había moldeado. Cuando se dio cuenta de que solo encontraría acero y hormigón en la mujer que tenía delante, su postura altiva se desvaneció.

Mi padre guardó el documento de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. No dijo ni una sola palabra. Me dio la espalda, con los

hombros ligeramente caídos, y se dirigió hacia los ascensores, desapareciendo de mi vida de la misma forma intrusiva con la que había entrado.

Me quedé parada en medio del pasillo. El sonido de las puertas del ascensor al cerrarse resonó como un punto final definitivo.

Respiré hondo, sintiendo cómo el aire llenaba cada rincón de mis pulmones con una ligereza embriagadora. Me di la vuelta, volví a mi puesto de trabajo y pasé la mano por las líneas de mi proyecto impreso. Mi pasado acababa de intentar arrastrarme de nuevo hacia las sombras, pero mis cimientos eran demasiado sólidos como para ceder. Por fin, y para siempre, era libre.



ALINE
Ferraz

Epílogo

El sonido de risas sinceras y el tintineo de las copas llenaban cada rincón de nuestro piso en São Paulo. El soleado domingo había convertido nuestro espacioso comedor en el escenario perfecto para celebrar la vida que, con tanto esfuerzo, habíamos construido.

Henrique estaba de pie junto a la isla de la cocina, sirviéndole una copa de vino tinto a Arthur. El hombre que antes aterrizzaba a los tribunales del sur del país lucía una sonrisa relajada, vestido con una camisa de lino con las mangas remangadas y riéndose de un chiste que el arquitecto acababa de contar. Sobre la mullida alfombra del salón, Léo y Gabriel construían una torre de bloques de colores, mientras Ana estaba sentada a mi lado en el sofá, con la pequeña Kelly, de un añito, en el regazo, haciéndola reír a carcajadas con cosquillas en la barriga.

Contemplar aquella escena me llenaba el corazón de una forma indescriptible. La familia Albuquerque: los ángeles que me rescataron cuando no era más que una chica embarazada y aterrorizada. En ese momento, compartía la mesa con ellos no como salvadores, sino como familia.

—Tu proyecto conceptual para la nueva galería de arte del centro ha sido elogiado por todo el comité, Aline —comentó Arthur, levantando la copa en mi dirección—. En cuanto recojas tu título, ya tienes un puesto de arquitecta júnior reservado para ti. Eres la becaria más brillante que ha tenido este estudio. Estoy muy orgulloso.

—Tengo el mejor mentor que cualquiera podría pedir —respondí, sonriendo y levantando mi vaso de agua con gas para brindar con él en el aire.

La comida se prolongó durante horas, amenizada por conversaciones distendidas, planes y la reconfortante certeza de que el sombrío pasado en Curitiba no era más que un fantasma lejano e impotente. Cuando empezó a caer la tarde, tiñendo el cielo de la metrópoli de tonos anaranjados, Arthur y Ana se despidieron, recogieron a los niños y prometieron volver el fin de semana siguiente.

En cuanto se cerró la puerta, el piso se sumió en un silencio acogedor y tranquilo.

Henrique cogió a Kelly, que ya se frotaba los ojitos con sueño, y me dio un beso en la coronilla.

—Voy a acostarla en la cuna y vuelvo enseguida para ayudarte con los platos —susurró, con la mirada rebotante de esa devoción silenciosa e inquebrantable que me dedicaba cada día.

—No te preocupes, yo me encargo de esto —respondí con una dulce sonrisa.

Mientras Henrique caminaba por el pasillo con nuestra niña en brazos, empecé a recoger las copas y los platos. Fui a mi pequeño

despacho, integrado en el salón, para guardar los papeles del proyecto de la galería que le había enseñado a Arthur. Fue entonces cuando mis ojos repararon en algo inusual encima de mi escritorio.

Junto a mi escalímetro, había un sobre marrón, grueso y sin remitente oficial.

Se me paró el corazón por un instante. El escalofrío que me recorrió la espalda no era de miedo, sino de un profundo y solemne reconocimiento. Conocía ese tipo de papel. Conocía el peso de esa ausencia de sellos.

Dejé a un lado los papeles del proyecto y cogí el sobre con las manos ligeramente temblorosas. Deslicé el dedo bajo el borde del papel y saqué la hoja pautada que había dentro. La elegante e inconfundible caligrafía confirmó mis sospechas de inmediato.

Mi querida Aline,

He seguido desde la distancia la preciosa historia que has reescrito. Tu castillo tiene ahora cimientos de acero, y tu niña crece en un hogar lleno de amor verdadero. Ya no eres la joven desesperada; eres dueña de tu propio destino.

Es precisamente por eso por lo que te escribo hoy. La rueda tiene que girar. Ha llegado tu momento de tender la mano en la oscuridad.

Esta madrugada he recibido una petición de ayuda. Una mujer acaba de ser expulsada de su casa por su marido, un hombre poderoso e implacable que la ha descartado como si no fuera nada. Ha huido solo con la ropa que llevaba puesta y el terror clavado en el alma. No tiene dinero y, en este momento, se encuentra escondida en un refugio temporal aquí mismo, en São Paulo, paralizada por el frío y por el miedo a que él la encuentre.

¿Está libre la habitación de invitados de tu casa? ¿Estarías dispuesta a ser el refugio que tanto necesita esta noche?

Con cariño,

La Señora de las Cartas

Bajé la carta lentamente, con las lágrimas calientes que ya me nublaban la vista.

Los recuerdos del frío cortante y del terror absoluto que sentí hace años volvieron a aflorar, pero ahora solo servían como combustible para una determinación implacable. Había llegado el momento de cumplir la promesa silenciosa que le había hecho a Ana hacía mucho tiempo.

Doblé la carta con cuidado y la guardé en el cajón.

Oí los pasos descalzos de Henrique al volver por el pasillo. Se detuvo en la puerta del despacho, secándose las manos con un paño de cocina; su sonrisa espontánea se desvaneció enseguida al percibir la emoción reflejada en mi rostro. Su actitud se volvió protectora al instante.

—¿Cariño? ¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose rápidamente a mí.

Sonreí, secándome una lágrima rebelde que se me había escapado por la mejilla, y miré profundamente a los ojos oscuros del hombre que había destrozado su propio ego para verme feliz.

—Henrique —dije, con la voz entrecortada, pero vibrando con una fuerza absoluta—. Cámbiate de ropa y llama a Ana. Tendremos que dejar a Kelly con ella esta noche. Tenemos que salir.

Frunció el ceño, confundido.

—¿Salir? ¿Ahora? ¿Adónde? Y Kelly acaba de dormirse...

Me acerqué al perchero, cogí mi abrigo más cálido y las llaves de nuestro coche.

—Voy a llamar a Ana. Hay una mujer esperando en la oscuridad, pensando que su vida se ha acabado, y vamos a ir allí a demostrarle que su propio refugio no ha hecho más que empezar a construirse.

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios.

A Él le corresponde todo el honor, toda la gloria y todo el mérito por este nuevo libro. Gracias por permitirme vivir de lo que amo, por poner historias en mi corazón, por sostenerme en los días agotadores y por seguir haciendo realidad sueños que, a menudo, nacieron pequeños dentro de mí, pero que Él siempre vio más grandes.

Nada de esto existiría sin su presencia, sin su cuidado y sin los caminos que Él abre incluso cuando yo aún no consigo ver una salida. Este libro es una prueba más de que los planes de Dios siempre llegan a lugares que nuestra imaginación no alcanza por sí sola.

Escribir esta historia ha tenido un sabor muy especial. Quizá porque, detrás del rechazo implacable, de la huida en plena noche y de las heridas que parecen imposibles de curar, también hay un mensaje que me conmueve profundamente: la fuerza extraordinaria de una mujer dispuesta a todo para proteger a quien ama, y la capacidad del amor para reconstruir aquello que la vida y el orgullo han destrozado. Aline y Henrique han recorrido un camino arduo. Ella tuvo que dejar de ser la chica asustada para construir sus propios cimientos y ser dueña de su propio destino. Él tuvo que ver cómo se derrumbaba su imperio y despojarse de su propio ego para descubrir que el verdadero poder estaba en la familia que casi dejó escapar.

Esta no es solo una historia sobre un abogado implacable que descartó a la mujer a la que amaba. Trata sobre el perdón verdadero, sobre la redención y sobre la vulnerabilidad necesaria para empezar de cero. Trata de una mujer que decide levantarse, luchar por su hija y no conformarse con migajas. Trata de la pequeña Kelly, que se convirtió en la luz de este viaje. Y trata de un hombre que descubre, de la peor manera posible, que todo el éxito del mundo no vale nada si la mujer de su vida no está a su lado.

A los lectores que han llegado hasta aquí, mi más sincero agradecimiento. Gracias por hacer espacio para otra historia mía, por confiar en mis personajes y por vivir conmigo cada lanzamiento, cada expectativa y cada nueva emoción. Vosotros lo hacéis todo más grande. Un libro nace de la escritura, pero solo encuentra su verdadero lugar en el mundo cuando llega al corazón de quien lo lee.

Mi cariño especial va dirigido a las lectoras de WhatsApp que me acompañan, me animan, me acogen, se emocionan y forman parte de este viaje de una manera tan bonita: Patrícia Castelli, Elenice Cristina, Amélia Luize, Raquel, Elaine Wacholz, Priscilla Gonçalves, Leidiana, Daniela Bispo, Camila Perna, Cláudia García, Francine, Jéssica, Ilza Mendes, Josy Guimarães, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Juliana Lélis, Maria Cristina (Andrômeda), Thaty, Ivana Sandez, Priscila, Cleusa Santana, Mariza y Daniele Bispo.

Gracias por estar ahí, por cada mensaje, cada palabra de ánimo, cada muestra de cariño y por cada vez que hacéis que una de mis historias llegue más lejos. Vosotras marcáis la diferencia. Formáis parte de la energía que me impulsa a seguir creando, soñando y creyendo.

A Rosi, mi amiga, mi compañera, mi apoyo entre bastidores. Gracias por estar conmigo en tantos procesos, por compartir preocupaciones, decisiones y alegrías, y por ser una presencia tan firme en mi camino. Tenerte a mi lado lo hace todo más llevadero.

A mi familia, por ser mi cimiento, mi refugio y la certeza de que siempre hay un lugar lleno de amor al que volver.

A Gabriel, por ser mi refugio en medio del caos, por apoyarme incluso en los días más ajetreados, por creer en mis sueños y por acompañarme mientras muchos de ellos dejan de ser promesas y se convierten en realidad.

A mi Aurora, mi luz más hermosa. Eres parte de todo lo que construyo, la inspiración silenciosa que hay detrás de tantos pasos y el recordatorio diario de que merece la pena soñar a lo grande. Ojalá algún día leas estas páginas y sepas que tu madre creyó, insistió y fue a por la vida que deseaba vivir.

Y, una vez más, gracias a Dios.

Por todo. Por el don, por el valor, por los encuentros, por las puertas, por las páginas y por cada lector que llega hasta mí. Que nunca olvide que todo logro comienza y termina en Él.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y sus personajes cautivadores. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su inclusión en la lista Forbes Under 30. Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como «Rejeitada no Altar» y «Virgen Prometida»; sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en seis idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida tanto por el público joven como por el adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público a nivel mundial gracias a la autoedición y ya figura entre las autoras más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una nueva era para la literatura nacional en el extranjero.

Descubre más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

Facebook - <http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/>

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon

- <https://amzn.to/2MevtwY>

Jessica
Maceda
escritora

Lee también



Los bebés comprados del italiano

Disponible en: <https://amzn.eu/d/0bkHHWqB>

UN MAGNATE DE HIELO.

UNA VENDEDORA DE QUESOS IMPOSIBLE DE CONTROLAR.

UN CONTRATO MILLONARIO A PUNTO DE ROMPERSE.

Lorenzo Rossi es frío, calculador e implacable. Como CEO de un imperio europeo de la marroquinería, no tiene tiempo para el amor, pero sí un plazo muy ajustado para presentar un heredero ante el consejo de la empresa y garantizar su sucesión. Para él, tener un hijo no es más que otra transacción comercial. Todo lo que necesita es una incubadora perfecta, firmar el cheque y mantener el control absoluto.

Marina Costa está desesperada. Para salvar de la quiebra el puesto de quesos de su padre y pagar una deuda astronómica, la chica acepta la propuesta más absurda de su vida: alquilar su vientre a un

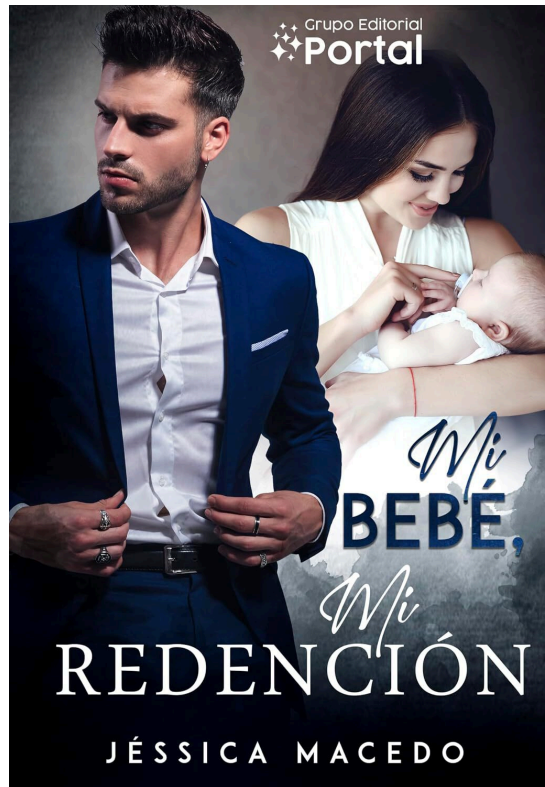
italiano arrogante que se cree el dueño del mundo. La regla es clara: ella lleva el embarazo a término, cobra el dinero y desaparece. Sin ataduras. Sin sentimientos.

Pero la logística perfecta del multimillonario se viene abajo con el primer fallo del sistema.

Obligada a vivir en el ático impecable y aséptico de Lorenzo por exigencia del contrato, Marina convierte el silencio del CEO en un infierno con su música a todo volumen, comida casera de contrabando y un loro malhablado. Peor que la convivencia caótica es la química explosiva e innegable que empieza a encender la guerra fría entre ellos.

Por si fuera poco, el destino decide burlarse de Lorenzo Rossi. La ecografía no muestra un heredero. Muestra dos. Y cuando una filtración a los medios amenaza el imperio familiar, Lorenzo toma una decisión drástica para calmar a los accionistas: presenta a Marina al mundo como su prometida enamorada.

Ahora deben fingir un romance de cuento de hadas ante las cámaras, mientras luchan contra el deseo brutal que los consume entre cuatro paredes. Lorenzo siempre creyó que podía controlarlo todo. Pero ¿cómo puede un hombre de hielo mantener la frialdad cuando se da cuenta de que está perdidamente obsesionado con la madre de sus hijos?



Disponible en: <https://amzn.eu/d/01J6Vo5c>

Malvado y multimillonario, soy el rey de Texas! Como director ejecutivo y principal propietario de Global Oils, una enorme petrolera, siempre he tenido todo lo que he querido, con el dinero suficiente para eliminar cualquier obstáculo. La belleza y el encanto también son algunas de mis cualidades, lo que hacía que las mujeres se lanzaran a mis pies.

A punto de comenzar la extracción de un nuevo yacimiento petrolífero, que me haría aún más rico y poderoso, Olivia García se convirtió en un obstáculo en mi camino. La pobre ranchera se negaba a vender la propiedad a mi empresa, pero ella descubriría que el dinero no era mi único poder.

Dispuesto a todo para conseguir lo que quería, me hice pasar por un vaquero, la seduje y la convencí de que me diera lo que quería.

El destino siempre estuvo en mis manos, o eso creía yo, hasta que una reunión de negocios en un restaurante me hizo reencontrarme

con ella con un bebé en brazos, que tenía mis mismos ojos azules,
cambiando instantáneamente mi noción del amor...
